

# Reunión de narrativa guerrerense

Silvia Guadalupe  
Alarcón Sánchez



narrativa

Universidad Autónoma de Guerrero

Unidad Académica de Filosofía y Letras

Cuerpo Académico Estudios Literarios y Filosóficos



Diseño y producción editorial: *Ediciones Eón*

Imagen de la portada: *Ninfas costeñas*, de Julia López

ISBN: 978-607-9124-86-1

Primera edición: julio de 2012

© Ediciones y Gráficos Eón, S.A. de C.V.  
Av. México-Coyoacán No. 421  
Col. Xoco, Deleg. Benito Juárez  
México, D.F., C.P. 03330  
Tels.: 5604-1204 / 5688-9112  
administracion@edicioneon.com.mx  
www.edicioneon.com.mx

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

## ÍNDICE

Agradecimientos	11
Prólogo	13
Introducción	15
Reunión de narrativa guerrerense	19
Semblanzas biográficas	139
Conclusiones	161
Bibliohemerografía	163

## AGRADECIMIENTOS

AGRADEZCO AMPLIAMENTE el apoyo efectivo de la Dirección General de Planeación y Evaluación Institucional y de su director, el M. C. Javier Saldaña Almazán, quien continuamente ha impulsado y apoyado la labor investigativa. Asimismo, reconozco la intervención del M. C. Abraham Garay Velázquez y del Lic. Margarito Radilla Romero por la gestión de los recursos.

*Reunión de narrativa guerrerense* no hubiera sido posible sin el apoyo de la directora de las revistas *Amate. Arte, cultura y sociedad en Guerrero* y *Hojas de Amate. Arte y cultura de Guerrero*: la Dra. María de los Ángeles Silvina Manzano Añorve, quien me otorgó desinteresadamente varios números con el fin de reunir la mayoría de los textos antologados.

En la labor de recopilación y estudio de algunos textos, estuvieron los alumnos Jorge Véjar Ayala y Diana

Karen Ignacio Hernández, quienes me ayudaron como adjuntos de investigación.

Asimismo, agradezco profundamente a aquellos escritores que, de manera entusiasta, me enviaron sus cuentos y novelas. Como son varios, temo no mencionar a todos, por lo que sólo me limito a hacer patente mi reconocimiento.

Por otro lado, Vicky Enríquez es una escritora guerrerense que me proporcionó algunas novelas y cuentos que, sin su ayuda, no hubiera sido fácil conseguir.

Sé que varios escritos han quedado fuera de esta *Reunión*, pero debido a la falta de tiempo y a la imposibilidad de acceder a ellos, no han quedado incluidos, lo cual no significa que no tengan valor literario; simplemente, el tiempo me rebasó.

## PRÓLOGO

SIEMPRE ES BUENA LA LLEGADA de un nuevo libro, y cuando éste es fruto de la investigación y abre camino a nuevas visiones de las producciones literarias es aún mejor. En este texto, Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez nos da su apreciación crítica de distintos textos literarios narrativos de plumas guerrerenses de la segunda mitad del siglo XX y la primera década del XXI.

Las edades de los escritores son distintas, por tanto, es muy acertado el análisis literario para apreciar dichas obras, que ofrecen la recreación de la realidad guerrerense de maneras variadas y de acuerdo con las vivencias y la formación de quienes las escriben.

Las temáticas dan también una muestra de las visiones de mujeres y hombres, quienes a veces escriben en sus historias literarias el fruto de sus experiencias vividas en su cotidianidad, y otras se vuelven profesio-

nales de la pluma al recrear las realidades, vividas o no; pero siempre la meta es utilizar el lenguaje literario y sus elementos estéticos para plasmar sus conocimientos y sentimientos en textos literarios como los que ahora han servido de análisis. Así, las temáticas hablan de la soledad, la mujer, el destino, la fatalidad, la violencia, la nostalgia, la sensualidad, la política, la violencia, entre otras no menos importantes.

Destacan, en especial, la descripción y la nostalgia del terruño guerrerense, elementos que son expuestos y valorados por Alarcón Sánchez, trabajo que es bienvenido dentro de los estudios literarios, ya que las producciones de los ámbitos regionales en el país han sido dejadas un tanto a la deriva por los especialistas, por lo cual, al incorporarlas en el presente libro, la autora retoma la importancia que a la literatura regional se le debiera dar en los estudios formales, pues siempre será necesario vincular la escritura de los escritores guerrerenses a las producciones nacionales; como es el caso de la temática de la violencia, que en otras regiones del país ha florecido favorablemente para sus autores, formando grupos sólidos y logrando una proyección nacional e internacional.

Finalmente, me parece importante resaltar que con este trabajo de investigación se fortalece la relación entre la investigación y la creación literarias guerrerenses en las cuales se mueve Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez en su vivir diario.

ZENaida CUENCA FIGUEROA  
Chilpancingo, Guerrero, febrero de 2012

## INTRODUCCIÓN

EL ESTUDIO QUE AQUÍ SE REALIZA delimita un periodo: 1950-2009. Se trata de un límite que en ocasiones se pierde en razón del interés particular que despiertan las obras, pues no tiene la intención de ser rígido. Es importante mencionar que los textos estudiados se han recogido de manera aleatoria, buscando a los autores, indagando en bibliotecas públicas y privadas, y no se trata propiamente de una selección, sino de una muestra de literatura dispersa por diferentes regiones del estado que, si bien no ha sido posible recurrir a todas por el hecho de estar muy apartadas, se ha trabajado con aquellos textos que han estado al alcance. En algunos casos, localicé más de una obra de un autor; en otros, la búsqueda fue infructuosa. Consideré a algunos escritores que no nacieron en Guerrero, pero cuya larga estancia en el estado los ha hecho acreedores a ser paisanos nuestros.

La literatura guerrerense nos indica el camino para referirnos a esa impronta que nos define como mexicanos. Existen elementos que nos acercan más a quienes viven en otros espacios de México que aquellos que nos separan. Para ello elegí una muestra que de ninguna manera es exhaustiva. En realidad, es resultado de una búsqueda limitada por el tiempo, el espacio y el dinero. Este estudio abarca la creación literaria en prosa —cuento y novela—, con la pretensión de localizar autores guerrerenses que tengan obra publicada, nacidos a partir de la segunda mitad del siglo xx. La mayoría de los textos analizados son cuentos, muy pocos son novelas. Debo precisar que este límite obedece a necesidades antes expuestas y que, en ocasiones, rebasan esa línea que pretende limitar, aunque la subjetividad me atrapó en varias ocasiones.

El análisis literario definirá las características de la literatura guerrerense; con éste se estudiará la manera en que está estructurado el texto, el tipo de lenguaje utilizado y adaptado a los personajes, los temas preferidos, la utilización de los distintos espacios, el uso de la descripción, entre otros factores. La importancia está en la búsqueda de elementos que recreen una poética guerrerense, ello nos dará respuestas para encontrar las características que permitan definirla.

Guerrero cuenta con varios autores (algunos de ellos reconocidos a nivel nacional e internacional, y otros más conocidos en el ámbito estatal) que son artífices de la escritura y que se dedican profesionalmente a ella, que han sido merecedores de premios nacionales y estatales; algunos se dedican al periodismo y escriben

en importantes diarios de la entidad; otros han estado directamente vinculados con la cultura. Una mayoría hubiera llegado a más lectores si se contase con un apoyo decidido y eficaz de las autoridades, pero el factor económico siempre ha sido una valla infranqueable. No es la pretensión de este trabajo dar cuenta de todos los autores, ese es un trabajo imposible, algunos son retomados como representación de particularidades que me ayudan a definir la literatura guerrerense.

En años remotos, las letras guerrerenses presentaban características y temáticas que aludían a tiempos ya rebasados en otras regiones de Hispanoamérica; un estudio somero revela que esa narrativa no constituía un grupo homogéneo, pues en su discurso se notan diversas preferencias temáticas, manejo desigual de técnicas, en algunos casos, prevalecía la importancia del tema sobre la técnica y la emotividad era notoria. Las causas presentaban muchas aristas, entre ellas se encuentran la falta de estudios universitarios, la poca importancia que se prestaba a la educación femenina, la influencia nociva del medio ambiente cultural y geográfico, ya que en el estado de Guerrero el analfabetismo es acentuado y la geografía agreste, propiciando la falta de comunicación entre las diferentes zonas de la región. Una buena parte de las obras estudiadas tendía a la expresión de un criollismo en el que la intensidad del tema disminuía la importancia de la técnica.

Un tema repetido por la mayoría de los autores fue la pobreza y ello, aunque de un modo colateral, está vinculado con aquellos valores que perseguía la Revolución y que denota que no se cumplieron. Los narradores

insisten en ella presentándola como característica de los pobladores originarios de la región, como una forma de beligerancia que se limita a mostrar a los indígenas con muchísimas carencias. Este aspecto aún no ha sido resuelto y se enarbola en varias ocasiones. La pobreza determina la vida y el destino de las personas y esto queda de manifiesto en varios cuentos.

Esta recopilación es un trabajo inconcluso que pretende dar al lector una breve muestra de la temática que ha abordado la narrativa guerrerense en los últimos años. Algunos textos recibieron más atención que otros debido a que, en algún momento, tuve la oportunidad de hacer más amplio el análisis.

He dedicado la última parte a las semblanzas biográficas proporcionadas por los autores, en las que dan muestra de su creatividad al hablar de sí mismos como personajes y en la que revelan el esfuerzo de los autores en contraste con la escasa recepción de un público lector que domina el estado. Como se podrá notar, estas líneas sobre una vida literaria no responden a un formato homogéneo en cuanto a la extensión dedicada a cada autor. De hecho, la localización de los datos tuvo que ver con las mismas limitaciones de las obras literarias.

Insisto en que este trabajo no puede ser considerado una antología en la medida en que deja fuera muchas obras literarias que, por falta de tiempo o de dinero, no pude conseguir. No obstante, espero que sea un estímulo para futuras investigaciones que den cuenta de nuestra literatura guerrerense.

## REUNIÓN DE NARRATIVA GUERRERENSE

DIFERENTES HAN SIDO los caminos que han tomado los escritores guerrerenses en los últimos años. A principios del siglo pasado se percibía cierta similitud en el manejo de las técnicas narrativas y de la trama. A partir de la segunda mitad, los escritores buscaron nuevas vetas, sondearon en otras temáticas. El resultado es prolífero. La muestra es la literatura publicada cuyos fragmentos tienen en sus manos.

El tema sobre la mujer denota la manera en que ésta es concebida en distintas épocas. En años anteriores, los narradores la presentaban como complemento, sin mucha importancia; en los textos estudiados se nota el papel especial que ocupa y, en ocasiones, es descrita con una mirada poética. Las escritoras muestran una actitud más consciente de la importancia de su papel en la vida política, en la profesional o en la vida diaria, si bien la cotidianidad todavía prevalece como parte de su

expresión. “La llamada”, de Salinas, es un texto donde el amor trastorna los límites de la espera:

Caminé por las calles que huelen a flores nocturnas perfumadas. La luz ambarina de un farol iluminaba la esquina bajo la cual el plateado artefacto me aguardaba. Me detuve. Respiré. Cerré los ojos y apreté los puños sudorosos. No va a poder, me dije, lo vas a importunar. No. Mejor no llamo. Son casi las once de la noche. ¿Y si ya se acostó? ¿Y si está metidísimo en una de sus reuniones? No, seguramente, el maldito buzón con el que detesto hablar. Eso puede significar dos cosas. Una: sé que llamarás, pero no puedo o quiero atenderte ahora, ya sea por algún compromiso atravesado o porque estoy casado. O dos: estoy fuera de la ciudad. No. Mejor me regreso. Tiene que llamarme. Bueno, pero nunca lo hace. Ya sé. Y qué coraje conmigo misma. ¡Ten dignidad!, me digo para adentro. No llames, Mágina, no llames. Haz tus cosas como siempre. No lo esperes, a lo mejor ya ni se acuerda que quedó en llamarte. El pobre, tan apurado. Tampoco seas injusta. Te lo ha dicho mil veces: Está o-cu-pa-dí-si-mo. Deja de pensar como una mártir, no sufras por eso. Es sólo una llamada. Total, si no se puede pues ni modo. ¿Qué más puedes hacer? ¿Enojarte? ¿Y por qué habrías de enojarte? Tú no puedes competir con sus ocupaciones, eso sería un gravísimo error. No pues sí, ya lo sé. Pero qué mal que no llame, si me dijo. Aunque fuera para cancelar, me sentiría mejor. Bueno, pero son nimiedades. Esas cosas frente a todo el universo de compromisos y presiones que lleva encima, no deben significar nada, se desvanecen entre tanta cosa que ha-

cer y en qué pensar. Además, tú eres muy madura. Muy consciente de todo eso. Tú entiendes.

Aunque también me preocupa que no me hable casi de sus cosas, que se las guarde como si no confiara en mí, o en mi capacidad de entendimiento o en mi discreción. A veces se queda callado cuando le hago preguntas. Pensando, hablando para sí. Seguro deben preocuparle otras cosas aparte de su trabajo, no sé, su familia. Su mujer. Qué fantasma tan vívido y tan pesado para ti, ¿no? Sí. A veces sueño que regresas a su lado y me dejas así nomás, sin decir agua va. O diciéndolo, da igual: se va. Me deja. Cualquiera de estos días, pienso, me deja. Así como hoy me dejó esperándolo, un día no volverá. Por eso corro al teléfono con tanta rabia y angustia. Aunque me diga no puedo verte hoy, mejor tal día. Nada más quiero confirmar que aún está ahí, del otro lado de mi vida, lejos pero cerca.

Yo quisiera andar en su bolsillo todo el tiempo como su teléfono celular, lo más cerquita de su pecho posible. Pero bueno, es un decir.

Si no logro verlo ahora, tendré que esperar con los dedos cruzados a que el fin de semana entrante no me envíen de comisión fuera de la ciudad en el trabajo, abrazada a la esperanza de que tampoco él tenga que salir. O por lo menos pensar en que de ser así, me pida que lo acompañe.

¿Qué hora es? Y miro el reloj por segunda ocasión. 10:40 p.m. Casi es más tarde que temprano. La calle se siente a medio sueño. En la contra esquina del teléfono, los borrachos de la tiendita se hacen bromas pesadas, como para impresionar. Echan piropos vulgares que ya a esas horas mejor me dan risa. Si fueran las dos de la



tarde, tal vez me volvería y les mentaba la madre, como para descargar el cúmulo de presiones cotidianas que se me juntan con esta maldita indecisión de llamarle. También hay un perro comiendo amarrado al árbol de la tiendita, que no ha cesado de ladrar desde que estoy aquí parada.

Trato de calmar mis nervios. Pienso en el claro de luna de Beethoven. Y miro el teléfono. Hace un viento fuerte y entonces pienso en tus brazos, en tu pecho cálido, en tu boca besando mi cuello.

Tomo por fin el auricular, inserto la tarjeta con la foto de Tin Tan y espero. La verde pantalla se enciende con ironía y dice: FUERA DE SERVICIO (32, 34).

*Palabras que germinan* es un libro que atrapa. La lectura va transcurriendo sin que el lector perciba el paso del tiempo. Antolín Orozco, el autor, no puede desprenderse de la poesía y su narrativa pareciera estar confabulada con ella para no separarse. Es un escritor de recuerdos que va hilando la trama de manera fácil, como si la historia completa estuviera en su mente, lista para ser contada. Su narrativa es fresca y cautivante.

Para Antolín Orozco, la mujer como personaje es importante. En su obra narrativa la representa de manera sublimada, idealizada, y el último relato, titulado "Bajo el medio cielo de la mujer", está dedicado a ella, presente en cualquier espacio y tiempo del mundo. Es un autor enamorado del amor, que subraya la importancia de la mujer mostrándola de manera sugerente, no sólo a través de las palabras, sino de imágenes provocativas diseminadas en el texto a través de viñetas.

La narrativa guerrerense actual utiliza temas que son universales, como la fatalidad o el destino que acompaña a los hombres y los conduce por senderos que provocan infelicidad:

Después de entonces no volvimos a saber de él sino a través de Elena. Sólo a ella le escribía cartas sin remitente donde le contaba sus andanzas por el mundo, pero nunca le decía dónde encontrarlo, pues nunca estaba demasiado tiempo en el mismo lugar. Había prometido, y lo cumplió en parte, que nunca volvería y que nunca lo veríamos más con los pies sobre la tierra suelta, separados uno del otro, y con la mano en el sombrero de ala ancha como solía apostarse en las tardes de verano para ver a los niños jugar enfrente de las milpas. Yo era muy joven entonces para comprender los motivos que llevaron a mi hermano a tomar esa decisión tan drástica que trastocó por completo las costumbres de la casa y marcó para siempre un signo indeleble en los actos de toda la familia de generación en generación.

[...] Lo recuerdo ahora como si fuera un fantasma bueno que en mi infancia me levantaba con sus manos sobre su cabeza y jugaba conmigo haciéndome girar como un objeto volador, hasta que un día, sin que yo supiera cómo ni por qué, tomó una pequeña petaca de piel curtida y guardó en ella unas cuantas ropas. Luego pasó junto a mí sin verme y empezó a caminar deprisa rumbo a la Casa Grande donde vivía Elena, y después de entonces nadie más lo volvió a ver. Salieron al poco rato a buscarlo mis tíos y mis primos sin ningún resultado; se desparramaron por la Cañada del Venado, se remontaron a la Colina de los Buenos Deseos y no lo encontraron;

después pensaron que estaría en el monasterio abandonado de La Baldesa, pero tampoco estaba ahí. Entonces enviaron, a todos los pueblos vecinos, hombres que escudriñaban las barrancas, que preguntaban en las cantinas y ofrecían buenas recompensas a quien diera informes sobre su paradero, y a partir de entonces empezaron a llover personas comunicativas. Unos decían que lo habían visto tomar el último autobús hacia Tampico y que llevaba con él a una muchacha joven, otros decían que viajó a la capital del estado y que lo habían oído decir que nunca regresaría, otros que lo vieron por la huasteca recogiendo café, y no faltó quien dijera que había muerto al desbarrancarse en el despeñadero de Las Rosas y que su cuerpo fue hallado incognoscible por la acción de los zopilotes. Lo único cierto, sin embargo, es que el nombre de mi hermano recorrió los confines del universo sin que nadie lo volviera a ver jamás. La primer noticia que tuvimos de él fue por una carta que le escribió a Elena, donde le decía que andaba en el Japón, pero que antes estuvo en París junto al Sena sin un centavo en los bolsillos, y tuvo que robar en una tienda de alimentos para no morir de hambre; después viajó de contrabando en trenes de tercera hasta Venecia, donde en las altas horas de la noche perdía el tiempo bajo la luz de la luna fumando un cigarrillo y mirando a las góndolas en el agua tranquila y mansa. La leyenda de mi hermano rebasó las fronteras de mi imaginación y al paso del tiempo intenté descifrarla, pero fue inútil, pues mi madre era la única persona que conocía la razón de su partida y observó por siempre un silencio de tumba. Elena también lo sabía, por eso continuaba esperándolo aferrada a su fe que movía montañas, pero que nunca pudo hacer volver al ser amado.

[...] Pero Elena lo siguió esperando por todos los años de su vida y sólo tuvo el presentimiento de que había muerto cuando a su puerta se presentó una mariposa negra del mal augurio que anduvo dando vueltas alrededor del quinqué de petróleo hasta terminar posándose sobre la única fotografía que ella conservaba de mi hermano, y de ahí no se movió hasta que un escobazo repentino la despedazó y convirtió en añicos el cristal del retrato haciéndolo rodar por el suelo. Desde esa noche empezaron para Elena las pesadillas de la soledad y de la muerte. Soñó que volaba envuelta en una túnica transparente sobre un pájaro negro hasta un templo antiguo donde se veneraba a una deidad de los tiempos de las cavernas, y que el pájaro le hablaba y le decía que era inútil esperar, porque Gabriel jamás volvería vivo a su lado. Después se soñó caminando en un lugar de la India donde nunca había estado antes, pero que sabía de él por las cartas sin remitente que mi hermano le enviaba, y anduvo en un mercado pequeño donde había niños fumando y fakires sentados sobre agujas, y encantadores de serpientes, y toda clase de adivinos que leían las líneas de las manos, que leían las cartas y leían las miradas, y sólo sintió miedo y sintió desamparo cuando vio de frente al elefante monumental y deforme que levantó su trompa hacia ella y la izó como una banderita de circo, y la arrojó tan lejos que ella sintió que moriría, pero no murió, sino que al caer quedó adherida al piso sin poder moverse y desde su sitio vio la pesada figura del animal que se le acercó y puso su pata sobre su pecho y empezó a presionar, y entonces quiso huir, pero sólo emitió un grito sin sonido y antes de morir pensó en mi hermano, y aún después de despertar siguió

sintiendo adolorido el pecho y en sus oídos martillaba todavía el crujir de sus huesos en el piso.

[...] Con el tiempo perdió la frescura de su piel y su sonrisa alegre, y la voz se le desgajó y sus pasos se volvieron lentos y en su mirada hizo nido la soledad de la que nunca pudo escapar. Incontables veces me habló del pueblo viejo de su infancia, de la milpa fresca que había visto crecer y mecerse en el viento de marzo, del arroyo melodioso donde los niños jugaban a aventarse bolas de lodo y lavaban la ropa las mujeres; me habló de las parotas a cuya sombra ella me llevaba cuando era yo muy niño, y de las nubes blancas de sus tiempos, y del cielo transparente y de las mariposas de abril también me habló, pero nunca quiso mencionar a mi hermano y su noviazgo frustrado por las inclemencias de quién sabe qué oscuro infortunio, hasta un día, cuando supo que las pesadillas de la soledad la conducían irrefrenablemente hacia la muerte. Entonces habló quedo, muy despacio, como si en ello fuera dejando palabra a palabra los retazos de una vida que se le escapó como un sueño sin vivirla. —Sé que voy a morir muy pronto —dijo—. Sé que moriré de soledad. Eso estaba escrito en los lebrillos, estaba escrito en el café, también en las cartas, lo sé. Mi único consuelo es que lo veré antes de morir, porque esto también estaba escrito. Entonces me contó lo que sabía. —No lo sé todo —dijo—. Él y yo nos adorábamos y nos juramos amor eterno y soñábamos con un hogar tranquilo y muchos hijos. Nos casaríamos ante Dios y ante los hombres, ese era nuestro sueño, pero no sé por qué tu madre se opuso tanto y él no fue capaz de contrariarla. Por eso se marchó, para no desobedecerla, pero antes juró que nunca le perdonaría el haber roto sin sentido

nuestras ilusiones y prometió que jamás volverían a verlo ni a saber nada de él. Como ves, lo cumplió, porque pronto moriremos todos y él no ha vuelto, y salvo a mí, a nadie le ha escrito nunca una carta.

[...] Fue entonces cuando hasta el pueblo llegó el rumor de que lo habían apresado en Nicaragua, donde peleaba al lado de la guerrilla, y que el gobierno de ese país planeaba regresarlo a México, y nosotros supimos que era cierto porque nos llegó un telegrama fechado en Boston donde se nos indicaba que en tres días más el eterno ausente estaría por fin a nuestro lado. Elena lloraba de felicidad más al borde de la tumba de como la habíamos visto en los últimos días, y mis hijos y mis sobrinos decoraron la Casa Grande y pensaron hacer una fiesta en honor de la oveja desperdigada que por fin volvía, y todos nos preguntábamos cómo sería después de treinta y cinco años. Será un viejo, decían. Pero si estuvo en la guerrilla, entonces seguro que se conserva joven aún, pensaban. Y mi madre fue la única que nuevamente tuvo un presentimiento y ordenó que pararan todos los preparativos porque era inútil, pues él nunca los vería. ¿No estaba escrito así en los lebrillos, y las cartas y el sedimento del café?, nos dijo, pero nuevamente nadie le creyó. Y en efecto, él volvió en la fecha prevista, pero nos lo devolvieron empaquetado, desprovisto de figura humana, y cuando lo vimos comprendimos que no pertenecía ya al mundo de los vivos, tal como lo predijeron las cartas y los lebrillos, pues desde la selva centroamericana alguien se había encargado de enviarnos sólo sus cenizas para que le diéramos sepultura. El silencio desde entonces fue más pesado y las nubes presagiaron tormenta y el cielo se volvió denso. La lluvia empezó a caer a las seis

de la tarde y duró dos meses y un día; el arroyo seco se convirtió en río y se desbordó, arrasando con las casas de la gente pobre que vivía a la vera, y aun en medio del aguacero sepultamos los restos de mi hermano junto con los de Elena, que murió de soledad al día siguiente. La muerte de Elena y el fin de la leyenda del hermano ausente no develaron el misterio de su partida, pues en el curso de las cosas simultáneamente todos optaron por no hablar más del asunto, ni desmigajar los recuerdos ante algo que pareció lamentable aunque incomprensible, y sólo mi madre parecía consumirse poco a poco ante la pena inconcebible de un secreto que le corroía el alma y del cual no hablaba con nadie, hasta una noche helada, cuando aún seguía lloviendo, en que me llamó hasta su lecho para descorrer ante mí la cortina sombría de sus recuerdos, y en la penumbra de la habitación me lo contó todo. —¿Sabes cómo murió tu padre? —me preguntó. —No —contesté. Entonces me miró profundo y agregó con lentitud, como si midiera cada una de sus palabras—. No murió cuando eras niño, ni ha muerto aún. Vive en Acapulco. Lo peor del caso es que nunca me fue fiel y desperdigó hijos por todos lados. Yo no tuve valor de manchar ante ustedes su imagen y callé siempre sin imaginar el daño tan grande que ocasionaría con mi silencio. Sólo hablé cuando ya era tarde, y se lo conté todo a tu hermano. Pero como te digo, era inútil ya. Por eso Gabriel se fue, porque nunca me perdonó que se lo hubiera ocultado tanto tiempo—. Luego se llevó las manos al pecho como si contuviera un dolor profundo, aspiró con todas sus fuerzas el aire húmedo de la noche mojada y miró a través de la ventana la milpa que crecía y resplandecía bajo la lluvia. Después me miró y dijo con dificultad la última frase, como si en ella

se le acabara la vida o como si al decirlo resquebrajara todo el mundo de alegorías y misterios en que se había sustentado la existencia de la familia en los últimos treinta y cinco años—. Elena —dijo— es tu hermana, por eso era imposible su amor con Gabriel. Luego se quedó inmóvil en el lecho, sin pestañear. Cuando salí de la habitación hacía frío y la lluvia seguía cayendo en gotas menudas. Entonces comprendí la soledad del hermano ausente y su destierro voluntario. Sólo entonces sentí pena y nostalgia. Levanté la vista y miré a través de la noche el cielo oscuro y la lluvia mansa, y me puse a buscar el machete para tenerlo preparado, pues al día siguiente dejaría de llover, y saldría el sol, y las milpas debían ser limpiadas, porque en el valle verde y las verdes montañas, la vida, tanto tiempo detenida, otra vez comenzaría a caminar (Ramírez "El viaje" 6-7).

La pobreza ha sido compañera inseparable de la mayoría de los habitantes de estas regiones y los ha signado en su futuro:

Chana tenía un chilar allá en la falda del cerro; digo, era de sus padres, pero ella lo cuidaba y lo trabajaba. Muchas veces yo iba a ayudarla y nos pasábamos las horas juntas. En ese chilar, la noche que nos pasó aquello, habíamos quedado de vernos con Benja y Lencho. Nos íbamos con ellos [...]

Sí, nos íbamos con ellos. Chana se iba con Benja. Ya tenían un tiempcito de novios y, pues la verdad, ya les urgía, pero no tenían dinero para casarse. Cuando ella le dijo que se casaran, él le contestó: "las cosechas en esta tierra no dan ni para comer, contímás para casarse."

Si me quieres, te vas conmigo así". Y sí, sí lo quería. Lo quería mucho, por eso se iba con él. Yo me iba con Lencho porque Chana era mi amiga y no podía dejarla sola [...]

De pronto, oímos un ruido como de cascos de caballo. Yo creo que pensamos lo mismo ella y yo, o sea que podía ser Chucho Mojica o el Chino Paulino, que iban a dar una vuelta por la falda del cerro; también pensamos que ni Lencho ni Benja tenían caballo, ni a quién pedirselo prestado [...]

Nomás cuando lo vimos enfrente. Era un jinete vestido todo de negro, montando un caballo negro. Sólo pudimos verlo por los ojos. Sus ojos, que eran dos brasas rojas de un color intenso y que brillaban tanto que pudimos verle en la cara una risa lépera y grosera [...]

Cuando contamos lo que podíamos recordar, no nos creyeron. Dijeron que nos habían arrastrado los novios, y la gente nos puso "Las Arrastradas". Isidro, mi hermano, dijo que qué Diablo ni qué la fregada, y le fue a gritar a Lencho que por qué me había hecho eso, y que si era tan hombre, nomás se asomara tantito a la calle. El pobre de Lencho nomás esperó una oportunidad de salirse de la casa y corrió pa'l Norte. Hasta hoy es que no regresa [...]

Fueron los muchachos del pueblo los que trajeron la noticia que casi me desgarró el alma: que estaba tísica, o tuberculosa; total, para el caso da lo mismo. Lo cierto es que se iba consumiendo poco a poco; su cuerpo tenía la piel untada al hueso, como vaina de comba seca [...]

(Urieta, 1997: 9).

El cuento "Sor Virtudes" de José Salvador Aguilar es ejemplo de lo azaroso que es el destino:

"En el cielo, en la tierra y en todo lugar", repetí sin entender nada, sólo atento a los redondeles que se dibujaban debajo del hábito de Sor Virtudes y a sus manos blancas y finas, señalando al cielo cada vez que mencionaba a Dios. Qué me importaba a mí esa obsesión del creador por espiar a todo mundo las veinticuatro horas al día; aunque confieso que me seducía la posibilidad de poseer ese don para estar con ella todo el tiempo, saber lo que soñaba, contemplar lo que escondía debajo de la blancura de su hábito, ver el lugar que yo ocupaba en su pensamiento. ¡Ah!, privilegio de Dios, usado sólo para encontrar justificación a su sed de verdugo. Cuando descubrió la dirección de mi mirada, una sonrisa transparente pasó por sus labios, en la cual quise adivinar una insinuación. Sólo Serafín, que era como el eco de mis pensamientos, advirtió este diálogo silencioso.

Dicen que con hambre no se aprende pero yo nunca he tenido mejor que mi estómago vacío. Los dulces y pasteles que daban las monjas a quienes mejor aprendieran el catecismo me hicieron estar en poco tiempo en posesión de todos los misterios divinos. Supe de la concepción inmaculada de María, de la candorosa ingenuidad de José, de la triple personalidad de Dios, de nuestra herencia del pecado original, debido a la glotonería de Eva. Llegué a saber más de Dios que él de mí, con todo y su omnipresencia. Fue tanta mi sabiduría que las monjas empezaron a hablar de lo bien que me vería con mi sotana negra cuando creciera, pero a mí lo único era Sor Virtudes; la santa sensualidad de su sonrisa, sus caricias maternales, que yo imaginaba cargadas de promesas. Serafín fue el único que supo de mi delicioso tormento, del brusco despertar de mis deseos. Porque el amor que

surgió en mí no fue un amor niño, nació adulto desde el principio, con una voracidad de huérfano.

Poco a poco me fui quitando aquella lápida del alma y empecé a buscar con la mirada a Sor Virtudes. Cuando la descubrí, la grandeza de la catedral se derrumbó. Toda la falsa santidad que impregnaba el ambiente se fue a esconder al último rincón, humillada ante la santa presencia de Sor Virtudes. En ese momento no pude ocultarle por más tiempo mis sentimientos. Todo se lo confesé con mi mirada. Iniciamos un diálogo por encima de todos, en un lenguaje de dioses, ininteligible para los mortales que nos rodeaban. Estoy seguro que leyó en mis ojos la pasión incontenible que me ahogaba, porque al día siguiente que fui al convento a buscarla para que cumpliera sus promesas, sólo me dijeron que se había ido de misionera a África. Ni la atribulada mente de San Juan en la isla de Patmos hubiera sido capaz de describir el Apocalipsis que se gestó en mi cabeza en ese momento. Los siete sellos del libro de mi vida estallaron hechos pedazos y de él salieron todas las miserias y rencores que es capaz de contener un hombre.

Desde entonces inicié la larga búsqueda, no sé si en pos de amor o venganza. Hoy, después de treinta años de misionero por todo el mundo, de una búsqueda inútil, he caído en la cuenta que ella jamás existió, que sólo fue el pretexto de la Iglesia para atraparme. No cabe duda que los caminos del señor son insondables (Aguilar 39).

La forma de vida que llevamos aparece recreada en cuentos o novelas, la realidad ha invadido las mentes de los creadores y la violencia como un estilo de vida está presente y se nota al utilizar palabras duras,

soeces, escenas crueles; la violencia verbal es común en los escritores jóvenes. Existen casos en los que se habla de política, y su modo de gestarse en el Estado se presenta con un tono de acusación y rudeza:

*No te hagas güey. Te clavaste la lana de la venta de un decomiso grande de cocaína. Lo que le tocaba al procurador Mendiola y al mayor Domínguez. Ya casi te habías ido a la chingada sin que nadie te pusiera una mano encima, pero te regresaste. Gálvez traía pistola. Tuviste suerte de que fuera mal tirador. Te hirió, por eso te agarraron. El Mayor tenía ganas de dejarte morir. Mendiola lo convenció de mantenerte vivo para que les regreses el dinero. Ellos no son gente que dejen así las cosas. Te van a matar, pinche Roberto (García Cuevas Alias, 10).*

¡Te pedí tantas veces que dejaras eso! ¡Te lo supliqué tantas y tantas veces! Presentía que las cosas terminarían mal. Y míranos ahora. Separados para siempre. Este es el peor castigo, no volver a tenerte ya nunca otra vez... No sé cuánto tiempo aguante aquí encerrado sin ti. ¡Sin ti! Mi Dulcinea, mi Matilde, mi Julieta, mi Beatriz... ¡Por qué nunca entendiste! ¡Qué te costaba! ¡Por qué... por qué no me quisiste! ¡Por qué nunca llegaste a quererme! ¡Por qué yo sí te quiero tanto! ¡Por qué es tan mierda la vida! ¡Ahora sí estoy solo! Volteo y me veo infinitamente solo. Ahora sí que no tengo nada. Ni siquiera tantitas ganas de vivir. Ya para qué. Ya para qué chingados me sirve la sangre, para qué me sirven los ojos y las manos... y mis ansias...

“El este narquito también se anda clavando conmigo. A éste sí me lo voy a escurrir. Ayer me dejó mil quinientos pesos y ni siquiera se quedó al final. Aparte las fichadas que le doy. Éste sí tiene lana. Y para nada que pienso entrarle al negocio que me propone. Yo no le hago a eso ni me gusta la droga. Bueno, todavía no. Él dice que deja buen billete. Y se ve que sí. Pero orita no quiero complícarme más las cosas. Jmm, ¡la acalambrada que le di cuando le dije que si seguía en lo mismo lo iba a echar con la Judicial! Se aplacó, siquiera por un rato. De todas maneras él me deja mi buena propina. La chingadera es que está asqueroso. Y apesta. Pero, bueno. No todo va a ser a mi gusto”.

—¡Qué horror! ¿No vieron cómo la dejaron? La hicieron picadillo a punta de balazos. Dice el periódico que le metieron como veinticinco ¿han de creer? Tanto era su coraje. Yo ya sabía que ese chavo le iba a acarrear problemas. No le dije nada porque de todas maneras no me iba a creer. Iba a pensar que era por envidia, porque yo quería ganarme esos billetes que le daban. Pero no. Yo gracias a Dios también tengo mi pegue. Diosito castiga las malas envidias. Y ya ven. Tan buena moza, andaba fichando siempre toda la noche y yendo y viniendo al privado. Se *avorazó*. Anduvo así desde que llegó, ya iba a cumplir un año ¿verdad? ¡Qué rápido se pasa el tiempo! La más jovencita. Pero precisamente por eso le pasó lo que le pasó. No, esta vida hay que saber capotearla. Sobre todo andando en estos trotes. Yo he traído un chingo de judiciales ¿y narcos? Así, mira. Y aquí estoy, vivita y culeando. Pero hay que saber mover el abanico.

Y luego qué amolada le dieron al pobre pendejo ese que venía a verla todas las mañanas. Le van a echar varios años de cárcel porque ni modo que pueda más él que los narcos. Es un pobre estudiante muerto de hambre, ella nos dijo que era huérfano ¿no? Fíjate. No, ahí se va a quedar refundido el pobre. Ora imagínate, andando de noviecito con una... Porque le traía sus flores, de esas ya descontinuadas que tiran en el mercado, pero le traía. Y le cantaba, la sacaba a dominguear. Andaba bien perdido. Por eso bonito le pasó. Yo una vez los encontré ahí afuera, como a medio día, sentados en la banquetta, le estaba leyendo unas poesías ¿tú crees? Y la otra babosa oyendo. Le digo ¿qué no te da vergüenza? Y no, ni caso me hizo. Estaba también de enamorada. Al fin que era una chamaca (Fortunato Blancas 30).

De Iris García, otro ejemplo:

Tanto pedo por otro pinche puto, piensa Jesús Palomino Alberto, alias Chucho el Loco, comandante de la Policía Judicial del Estado, mientras sale del privado del jefe. Le duele la cabeza. Necesitaba dormir un par de horas más para librarse definitivamente de la cruda. Pero un reportero entrometido interrumpió la siesta.

Dentro de la oficina, el licenciado Martín Flores Romero, director de averiguaciones previas de la Procuraduría, deposita el periódico parsimoniosamente en el cesto de la basura. Él tampoco se ha recuperado de la cruda y no está de humor para contestar preguntas. Mira con desgano al reportero, se arrellana aún más en el sillón y reacomoda las piernas sobre el escritorio.

—Es el quinto —insiste el periodista—. Lo dejaron en una bolsa de basura en frente de su casa (García “Gatos pardos”, 29).

[...] —Hoy es el operativo en los bares de jotos. Al procurador le urge encontrar un culpable. A él también lo están chingando los medios con esto de los muertos— le recuerda al licenciado Flores, con la esperanza de ahorrarse la juerga de esta noche (30).

[...] Chucho el Loco lleva una semana sin llegar a su casa, manteniéndose despierto a punta de rayas, para cuidarle el culo al director de averiguaciones previas.

[...] —No vamos a ir con ellos, pero hazles un encargo a los muchachos: si descubren quién es el mata putos, que le den un abrazo de mi parte, por hacerle un favor a los machines— ríe.

A Chucho el Loco no le hace gracia el chiste. No entiende cómo alguien puede hacerse pendejo de ese modo: Ir al Arcelia es hacerle de nana y alcahuete. Después del tercer trago, Flores lo manda por La Cony, un travesti moreno de pelo oxigenado que la hace de fichera en El Zarape. Él debe estar pendiente del hocico de todos los presentes, porque si alguien se atreve a señalar al jefe que le gustan las viejas con regalo, termina con las tripas de fuera, por tacharlo de joto (29-31).

El poco aprecio a la vida también es recreado a través de escenas crueles, duras:

Antes de hacerlo, se mantuvo quieto por unos instantes, como si lo tuviera que meditar profundamente, mientras los rayos solares caían inclementes sobre su cabeza a las dos de la tarde. Había escogido el sitio más peligroso

y expuesto del boulevard, el más temible, pero también el más reconocido por la banda para demostrar que como él ninguno, que era el más efectivo, el más picudo, la admiración de la Zapata, que no tenía ningún temor por nada ni por nadie, que dominaba a la perfección el tiempo y el espacio.

Se encontraba bajo el puente peatonal que cruza el boulevard, a un costado del banco Bital, observando, nada más observando como si sus ojos fueran telémetros, calculando la velocidad, midiendo el espacio desde la banqueta de la Bodega Gigante hasta la de enfrente, donde está la entrada para Comercial Mexicana, viendo la interminable fila de vehículos, la gama infinita de modelos, marcas y demás, todos con un común denominador: la irresponsable velocidad con que eran conducidos por seres con rostros babeantes y caras hinchadas y abotagadas; entes fríos, delirantes, lejanos, insensibles. Así los veía: como si fueran sus enemigos.

¿Saben que a la mamá del Chaparro la mató un colectivo ayer en el boulevard? —Qué mala onda, es que todos saben que es bien peligroso cruzar y como quiera lo hacen y todavía van como mensos y los atropellan y zas. —Qué mala onda.

En esto como un rayo los iluminó—“Ésta es la respuesta, banda. —¿Qué cosa? —Lo que queremos: el cruce, la carrera, el peligro: ésa es la respuesta. —¿Cómo que cruzar? —Correr, atravesar el boulevard sin mirar a los lados. Quien lo haga más rápido y cuando haya más carros, es el ganador, el Rey. —Yaaa, ésas son mamadas, mejor pasa la caguama... —No, no, de veras; piénsenlo bien, nadie lo ha hecho nunca: formaremos un club, sólo lo más escogido va a pertenecer a él, los que en verdad



hayan hecho el cruce, la carrera. No vamos a admitir a ninguno que no lo haya hecho.

“Sólo pararemos hasta que pase algo, como bestias sedientas de sangre, como si estuviéramos en las luchas esperando que a alguien le rompan la madre, o en la plaza de toros aguardando que al torero le saquen las tripas. Así estamos nosotros; pero son mis amigos, la banda, lo que me hace fuerte, los camaradas, no los puedo abandonar, no les puedo fallar; los *friends* ante todo, con los que platico todas mis ondas, con los que comparto todo, creo que hasta la vieja, me la paso más con ellos que en mi casa. Sólo para que me chingue el ruco porque no le doy para su mezcal, para verlo siempre hasta la madre de pedo, para ver cómo se pelean siempre mis jefes, para ver cómo se está echando a perder mi hermana por andar de piruja, para ver puros gritos y golpes”.

“Ni modo, mi Verruga; te vamos a extrañar, pero consuélate, desde hoy toda la banda te va a extrañar y te va admirar. Vas a ser un héroe, el más chingón, el que se sacrificó por la banda y los amigos sin saberlo, el más valiente. En tu velorio hablaremos bien de ti, de lo buen amigo que eras. Hasta la vista, cuate”, pensaba mientras lo abrazaba fuertemente y lo lanzaba hacia la calle en el preciso momento en que pasaba a toda velocidad un Garita-Vacacional.

No quiso mirarlo a los ojos, aunque escuchó toda la conmoción: los gritos que daba la gente, el chirrido de los frenos, las miradas espantadas de los testigos, la boca semiabierta de las muchachas. Lentamente se alejó hacia la gasolinera, con los ojos llenos de lágrimas, todavía resonándole el golpe seco, brutal, del cuerpo del Verruga al caer al pavimento desde la altura a la que lo

lanzó el urbano al impactarlo, el golpazo que nunca iba a poder olvidar mientras tuviera vida, ni la sensación que tuvo cuando abrazó por última vez al Verruga antes de asesinarlo.

Seguía pensando, recordando que a las seis tenía que ver a su morra y que también tenía que comprarle un regalo para la Navidad, que tenía que buscar dónde hacer tiempo hasta esa hora, mientras caminaba a lo largo del boulevard todavía viendo a la gente correr al sitio donde yacía el cuerpo ensangrentado del Verruga (Mastache 35-37).

Óscar Cortés Tapia muestra una vida dura, como es percibida por los originarios de este Estado:

[...] Sí, señor, ya le digo. Aristeo Leyva se hizo de mujer: la Lupe. Antes de que ellos dos se amancebaran, Lupe era una de mis muchachas: la mejor, la que me daba a ganar más.

Allá en la costa, fíjese... 'Hora sí, doña, 'hora sí, la vida es un chocolate pa'mí solita, dijo mientras alzaba su ropa. Tenía prisa. Claro, Aristeo esperaba en la sala: venía por ella... Le digo una cosa, tengo metida en los ojos la sonrisa de Lupe y su mirada con ese brillo, de veras un sol entero. Que no le conocía...

[...] Jaimes era cliente fijo de los sábados, compadre. Igual que los ingenieros y peonada que construía la presa... Sólo tomaba mezcal... La primera vez que vino fue un sábado... Se sentó en aquella mesa, junto a la rocola. Le pregunté: ¿Qué, mi amigo? ¿Va a querer cerveza?... El hombre no respondió (desconocía yo que el tipo era mudo)... Entonces le dije: ¿O un mezcal?... Moviendo

la cabeza me dio a entender que sí... Traje un jarrito y el mezcal. Mientras servía el trago, le pregunté: ¿Por qué tan hablantín, mi amigo? (Bromista que es uno, compadre)... El hombre me miró fijo: era una estatua, una piedra filosa... Quién sabe qué sentí, y mejor desvié la mirada... Esto se repitió. Dos veces, creo. Pero luego le agarré el modo... Por eso, cuando Jaimes venía acá, sin preguntarle yo algo, le servía su mezcal... Al poco tiempo supe su nombre y que trabajaba en la tlapalería [...] (40-41).

[...] Sí señor, el cansancio, el encharcamiento, sabrá Dios qué, le volteó la pasión a Lupe (eso vinieron a contarme)... Ya ni el recuerdo de los primeros días con Aristeo pudo sujetarla (eso vinieron a decirme): cuando él le cumplía sus gustos, cuando la llevó a vivir a la que sería la casa de ellos dos, cuando, ay, Aristeo la presentaba orgulloso como a su mujer... Sí, Lupe dejó al hombre. Aquellos modos de viento, nadie, ni Aristeo, habría de quitárselos [...] (34).

[...] Sí, señor, Aristeo anduvo tras la pareja durante meses... Los alcanzó en un pueblo de la costa... A ella, le arrancó de la sangre la pasión indebida... del rival, el que con palabras del cuerpo y los ojos verdes le turbó el juicio a Lupe, no se supo nada... Sí... Como le digo, todo lo supe de oídas...

[...]

No entiendo algo, mi jefe.

¿Qué cosa?

¿Por qué le vaciaron los ojos?

[...]

Una de las putas me dijo que el muerto los tenía verdes, verdes y muy grandes...

[...]

Desde que vino a trabajar a la presa, seguido se daba sus escapadas al burdel, y pues a ellas les gustó y luego luego se alborotaron con él... Era el consentido (41).

Las descripciones que son elementos narrativos importantes en esta literatura dan cuenta de los lugares donde se llevan a cabo las acciones, ubicadas generalmente en la región del estado de Guerrero; abundaban ejemplos en la literatura de años pasados pareciéndose a la descrita en el criollismo; aunado a este movimiento, el romanticismo embellecía los textos. Estas obras literarias abordan problemas y costumbres propias del territorio. Debido a que varios relatos tienen referentes culturales reales, es necesario ubicar un marco cultural con el fin de establecer dicha relación; en este sentido, es importante resaltar tradiciones, hechos históricos, formas de vida representativas de una comunidad como la localizada en "Tolvaneras en el cielo" de Antolín Orozco Luviano:

En cierta conversación con don Isaac, hombre de campo a quien le decían Compachá, él se enteró que en una barranca calentana, entre la maraña de bambú y otates tiernos, un campesino encontró entrelazadas dos serpientes que casi lo muerden, pero en fracción de segundos las descabezó con su machete de cinta. Luego vendió la carne y esqueleto de las víboras, que resultaron ser un "eficaz tratamiento contra el cáncer y enfermedades incurables". Desde entonces utilizan en la Tierra Caliente las "propiedades curativas" de las serpientes (76).

La narración de otro tipo de costumbres se mezcla con la forma de vida de la gente oriunda de la Costa:

Me hizo bajar por sinuosos barrios de gente sentada en los portales mientras en los cazos se terminaba de freír el pescado y los pescadores de antes reparaban los chinchorros extendidos desde la recámara, fresca y oscura, hasta el frontispicio de tientos sobre las barandas.

Se sentó a beber caguamas con los negros que nunca niegan un trago a quien sabe invitarse solo; se detuvo a bailar la cumbia en una boda de lobos; comió el relleno de especias orientales bajo adornos de papel de china. Convivió con los abuelos y fregó con las abuelas.

Fue cuando el coprero empezó a afinar la encordadura de la jarana y escuché las canciones de mis padres ahí-tas de romances, el tiempo se vació en *huele de noche*, mezcal de punta y mujer sedienta (Martínez "Amanda", 87).

*Vida mía* es una novela que cuenta con una acción, unos caracteres y un ambiente bien definidos. Se trata de una obra literaria en la que a partir del título se marca un sentido y una función base, la posesión o dependencia de alguien. De este modo, *Vida mía* relata una historia sumamente descriptiva, la cual es delineada por el narrador omnisciente. Así, el narrador y los personajes nos conducen a un ambiente *kinky*, es decir, a una atmósfera en la que las conductas sexuales no son estándar, son actos sexuales que salen de lo común, como por ejemplo, el fetichismo y el sadomasoquismo.

En esta novela se relata la vida de Maribela que, casada con Domínguez pero emparentada amorosa y sexualmente con William Iturbide, forman un triángulo

amoroso. Ella, quien es una dama de bellas cualidades, argumenta ser una mujer de costumbres libres a quien le gusta vivir de lo mejor, salir con personas aristócratas y disfrutar enormemente del placer sexual, como si se tratase de una hedonista por excelencia. Domínguez, por su parte, un poeta mal visto en la sociedad, está casado con ella, pero aprueba la relación liberal con la que siempre estuvo de acuerdo junto a su amada Maribela. En este caso, ambos acuerdan libremente el poder entablar o mantener relaciones sentimentales y sexuales con otras personas al margen de las propias, esto por iniciativa de ella, quien argumenta no ser mujer de un solo hombre, lo que Domínguez no rechaza, pues su amor, atracción y deseo por Maribela son mayores que cualquier otra cosa.

Varios hombres oscilan en la vida de Maribela, algunos de ellos conocidos por Domínguez, su esposo. Pero también él tiene relaciones con un par de mujeres. Es de este modo como la relación abierta en la que no existe vasallaje se desarrolla en un ambiente perverso, sexual, con violencia, pasión y lujuria. Indudablemente una novela sensual, al más puro estilo de las novelas eróticas:

¿Te la vas a coger?, interrumpió a rajatabla el muchacho exigiendo el asunto desbrozado como un detalle de mínima cortesía entre caballeros... Siento tener que decirlo de esta manera, *honey*, pero el muchacho es una cucaracha –aquella tarde cordial escanciaron el tinto y comieron lonjas de serrano en la hamaca de la casa de la playa, pies con cabeza y *baqueza* con *seips*– sólo tienes que dejarlo rondar por ahí. Hará un nido, *sweet heart* –res-

pondió angustiada, interrumpida su dicción perfecta por una cereza machacada entre sus labios— se multiplicará y plagará bajo el parque (Pérez 81).

La descripción en *Vida mía* nos denota de manera muy clara cómo es el lugar, los personajes y la atmósfera. En ella se muestra la mayor cantidad de características de lo descrito. Ejemplo de ello es la etopeya:

Como la pasión es también un vulgar asunto político y de clase, así pues envidia y rencor oculto en la ventana, espía preciso y sangre fría, sabor sulfuroso metálico de la venganza, se está mordiendo el labio y sangra, sin más remedio que admitir una vez más que parece que es su destino, nunca lo imaginó así, de niño quería ser entomólogo enmascarado [...] Las virtudes lucen más brillantes rodeadas de lujo y confort, otra vez la mente de Domínguez en los perímetros más revoltosos de la rabia, cegado eleva el arma, apunta con la precisión del odio a un paso de ser liberado (11).

Asimismo, la topografía se hace presente:

[...] pero antes tuvo que beberse por fuerza unos vasos de ajeno, es que, como ese día no se fue por la calle Veintitrés de marzo sino por la vía Madero para hacer unas instantáneas que necesitaba, precisamente el último día para el trámite hasta hoy prorrogado sin motivo, encontró la avenida hirviente de reaccionarios políticos arrojando la saña de gendarmes intentando minarlos, de manera que los movimientos que danzaron ambos bandos fueron llevando a él y a un grupo de gente a no

tener más opción que resguardarse por seguridad en una taberna donde no podían permanecer sin consumir... (23).

De igual manera, al describir al gato se hace notar la zoografía en la novela:

Bólek se les apareció saludador con la cola erguida exhibiéndoles el ano, surgió del anonimato nada más para instalarse ahí así, el flexible cuadrúpedo como ajeno a todo, había cierta contención sorda en su existir. Pero no le prestaron asunto y se deslizó por ahí al percibir la fuerte tensión que irradiaban sus amos, pues no era su estilo (59).

Existen descripciones hechas por los mismos personajes, tal es el caso de Maribela, quien presenta a sus amantes:

Todos mis novios han sido de dieces en la escuela, no-sé, y puso el colmo de su enfado en la finura de un punto con los dedos acentuando en el aire por-qué-me-junté-contigo, he tenido hombres guapos ricos poderosos escritores famosos políticos traficantes rogándome por una cita de rodillas afuera del camerino ofreciéndome joyas y ramos de flores atiborrando la sala, he declinado (62).

Finalmente, es importante señalar que la obra está plagada de descripciones diminutas de cada aspecto o acción, tal y como se muestra en el siguiente fragmento:

[...] horas más tarde te pusiste en pie y caminaste entre los objetos tirados, a tientas como si no supieras dónde estaba el baño, pretendías lavar la herida pero del grifo salió un eructo, y cuando quisiste salir del cuarto la manija dejó de ser control del seguro y quedó inservible, todo se te nubló, absurdo e inútil, no pudiste salir, te resignaste, sólo te quedó abrir la persiana, afuera el pedazo de mundo que te tocó, un fragmento de cielo gris; la habitación fría y sucia tenía una cortina raída con los aros cubiertos de óxido, un trapeador podrido, cementerio de huevecillos de cucaracha y el cuadro de una ballenita disfrutando un baño de tina; mejor te acostaste en el suelo a dormir (96).

De este modo, en las descripciones se pueden usar muchos recursos; sin embargo, aparecen principalmente las imágenes ubicando el lugar donde sucede el relato. Se describen personajes y elementos fundamentales dentro de la novela.

Otro ejemplo es “Vuelta al sur”, de Elino Villanueva:

Los recuerdos me asaltan, apabullantes, tanto como el olor a hierba machacada y puede que hasta gasolina. Qué cabrones voy a saber identificar los tufos si llega el momento en que los sentidos, el pensamiento, pierden el orden, y más en la desesperación, en las punzadas de la memoria que aprisionan, que asfixian, que golpean, igualito que la miseria. Es más, ni siquiera puedo darme cuenta si alguien escucha lo que supongo que es mi voz. A lo mejor y nadie de todos los pueblitos de allá enfrente, alrededor de la cuesta, alcanza siquiera a ver señales

mías, apurados como andan en sus quehaceres, en sus pleitos, en sus carreras. Pero, bueno, al menos guardo la misma esperanza de cuando era niño y caminaba por aquí con Ato, el mudo: que pase un carro repartidor del refresco, de la cerveza o de las papas fritas y nos levante, nos dé un aventón.

*Por los caminos del sur, vámonos para Guerrero...*

Me encanta el olor de los chichiguachis, tanto como el de las pipichas, el del epazote, el de la hierbabuena. Ahora que me acuerdo, mi abuela tenía de todas esas plantas sembradas en su patio, al lado de unas amapolas preciosas que un buen día desaparecieron y le quitaron el color al jardín, cosa que nunca nos explicaron. Pero ahora no me gusta olerlo porque me atrae los recuerdos de la infancia. La pobreza de todos los días, con la mesa servida apenas con platos de frijoles acompañados con esas plantas en el centro de la mesa y un vitrolero de jumiles con su hoyito en la tapa para que los bichos no se murieran. Quién sabe cómo era que lo asimilaba, pero un día el mudo me explicó eso de la jodidez. Y quiso decirme que la miseria es la mejor escuela. Que te enseña a valorar todo lo que tienes y a entender a los demás. Y supongo que tenía razón, o a lo mejor trataba de justificar su condición doblemente miserable, pues no sólo no tenían ni qué comer en su casa, sino, aparte, nadie lo escuchaba, lo que es peor. Sólo yo, que ahora no soy escuchado por ninguno.

*... porque le falta un lucero, y ese lucero eres tú... (17-18).*

[...] Faltan todavía varias vueltas para encumbrar la cuesta y la noche ya está cayendo. Las sombras de las rocas en la altura están ya sobre la troca y sobre nosotros, cubriendo al sol. No oigo a mis tres hijos ni a mi mujer y nadie a nosotros nos escucha. También ahora ya nos cansamos de esperar. Por lo menos yo sí quiero descansar. Será por la hora, pero me parece que hasta los chichiguachis, aplastados, ya están perdiendo su olor, sin el agua que les da vida en las jarrotas, al lado de los jumiles atrapados en los frascos. Como que comienza a disiparse su aroma. Incluso, no alcanzo a distinguir bien la tonadita de la canción, que se quedó repitiendo una y otra vez, vuelta tras vuelta, en el reproductor, sin que podamos apagarla. Pero nosotros tenemos que llegar para que yo pueda pedir perdón y para encontrarme con mis recuerdos de miseria, ¡que cómo pesan!

... *Por los caminos del sur...* (19).

La descripción en la novela *Adiós y nunca* se logra mediante personajes, objetos, lugares o procesos. La atmósfera en la que se mueven es muy clara y no sólo eso, los personajes mismos están delineados de tal modo que se tiene cabal idea de ellos.

Como ejemplo de la topografía, la descripción de paisajes y lugares se muestra el siguiente texto:

El sol calentaba la calle después del mediodía y la gente se movía lenta entre los puestos con toldos de manta sobre las banquetas. Algunas mujeres compraban manoseando las naranjas o la fruta para el ponche. Los hombres hacían guardia o simplemente se paseaban dándole

vueltas al cerco de “los guachos”, como les llamaban a los soldados (Enríquez 15).

Existe otro tipo de descripción que incide en lo poético y que nos descubre lugares vistos con otros ojos, nos da cuenta de algo que no habíamos percibido:

Desde este punto del Veladero he buscado el ángulo desde el que Adrián Boot se hizo dibujar para perpetuarse en una litografía de su obra secular: el fuerte de San Diego.

He recobrado la ruta olvidada de los tamemes nahoas que transportaron sobre sus espaldas, desde ese momento en que la espada ibera le clavó el corazón al tezontle divino de sus dioses derrotados, las mercaderías de la Nao de China desde la bahía de Santa Lucía hasta la ciudad virreynal: la cerámica y la sedería cortesananas, las finas maderas labradas, las herrerías que nos impedían elaborar y la plata propicia para construir las llaves del cielo y el luteranismo tenaz (Martínez “Amanda”, 85).

Por su parte, la descripción cronográfica, cuya referencia es el tiempo o la época en la que se realiza un hecho, se manifiesta en el siguiente fragmento:

La historia de mi primer amor fue una historia loca desde el principio, porque Jimmy llevaba muerto cinco años: el trece de septiembre de 1955, que fue el día en que conduciendo su Porsche de aluminio por el cruce 466 y 41, en Cholme, Salinas de California, por no atropellar a alguien, Jimmy se mató a las 17:45 horas. Yo estaba cumpliendo once años... (Enríquez *Adiós y nunca*, 62).

Igualmente, las descripciones de personas son notorias, tal es el caso de la prosopografía, o bien, la descripción de los rasgos físicos de una persona, como en este caso: "Esa Julia también era grande, ancha, dura, muy morena, tenía un lunar negro-verdoso en una mejilla, y se peinaba con una onda en la frente y una sola trenza que le caía por la espalda y le llegaba hasta las nalgas" (10-11).

Como etopeya, o caracterización de los rasgos morales y psicológicos de una persona, está la siguiente cita: "El ingeniero se parecía mucho a don Venustiano Carranza, siempre muy serio, muy derecho [...] cuando andaba en la calle se ponía su casco, y sus botas de piel y saludaba siempre de caravana" (26-27).

Es de este modo que la explicación de forma detallada y ordenada ambienta la acción y crea una atmósfera que hace más creíbles los hechos que se narran. En este caso, las descripciones no son más que la representación de alguien o algo por medio del lenguaje, refiriendo o explicando sus distintas partes, cualidades o circunstancias, lo cual hace que la novela sea mucho más comprensible y detallada.

Como parte de las técnicas narrativas está el uso de un narrador omnipresente, omnisciente, con una mirada subjetiva. Las digresiones son parte de la poética. A través de ellas el autor hace valer sus propias ideas sobre varios temas. Descripciones que se convierten en digresiones son las siguientes:

Frente al corredor había un jardín completamente salvaje en el que crecían chinos, maravillas jaspeadas, teresitas, colombos, hojas rayadas, malvones, adelfas,

siempre vivas, yerba buena, yerba santa, violetas y unas bugambillas rojas y anaranjadas que enloquecidas habían invadido la casa y colgaban mustias de los horcones, tapizando de hojas secas y flores marchitas los ladrillos del suelo y las piedras lisas del pretil. En medio estaba una olla de barro muy grande a manera de pila para agua y el lavadero en que mi madre lavaba sin quejarse todos los días, mi madre [...]

Si la casa era grande, todo lo demás resultaba enorme para mí: las casas, las calles, el jardín Bravo, el jardín Cuéllar, el arco de la gasolinera, las bancas de hierro forjado que quién sabe quién, y quién sabe cuándo se tomó la molestia de traer desde Italia. En esas bancas verdes mi nana Julia y yo nos sentábamos a estar, a ver pasar a la gente y a que me contara cuentos de espanto, como el de la saliva que hablaba o el de los carricitos que vueltos flautita cantaban para encontrar a un niño muerto; pero las más de las veces sólo nos sentábamos nomás para estar. Esa Julia también era grande, ancha, dura, muy morena, tenía un lunar negro-verdoso en una mejilla, y se peinaba con una onda en la frente y una sola trenza que caía por la espalda y le llegaba hasta las nalgas. Mi abuela decía que estaba en edad de merecer, que todavía era muchacha (10-11).

Otro tipo de literatura se ha gestado en las últimas décadas de este siglo. Ésta trata temas distintos, se preocupa por la soledad del individuo, existe un manejo profesional del lenguaje, su fluidez atrapa al lector, la narrativa es fresca, nos deleita con la imaginación. El placer del que habla Roland Barthes se confirma en los finales de los textos y en la forma de atraer la

atención del lector desde el principio, incrementándose con el transcurrir de la trama; se trata de cuentos y novelas cuyo fin nos llega como hachazos, o bien, nos asombra por la salida que el narrador propone.

Muriel Salinas es una escritora joven, talentosa:

Cuando Luz se dio cuenta, la niña ya no respiraba. Era la primera de los catorce hijos que tendría a lo largo de su vida, y se había ido para siempre en un abrir y cerrar de ojos, en un amanecer de octubre, mientras todos dormían [...] Lo malo es que lloraba mucho, señora. Yo lloraba porque sufría. A mi marido le gustaba pegarme por cualquier cosa, le daba por darme aquí, mero en las orejas, con el puño cerrado. Me tiraba al suelo y luego me pateaba otra vez en el mismo lugar, hasta que ya no sabía de mí. Cuando me iba a levantar, ahí venía de nuevo enfurecido, con las botas enlodadas, a darme de nuevo en la cabeza, en el estómago.

Había nacido mi niña apenas hacía veinte días, cuando se le ocurrió comenzar de nuevo con eso. Me pegaba porque lloraba la niña, porque lo despertaba en la noche. Lloraba yo mucho, y tenía mucho sentimiento, pero me lo callaba.

Qué iba yo a andar contando esas cosas con mi mamá, ¿con quién quería usted que yo platicara, si no me dejaban salir de la casa? [...] Y así amamantaba a mi niña. Por eso se me murió. Se murió de alferecía. Eso pasa porque la mamá sufre mucho y llora, y entonces cuando le da de comer así al bebé, éste mama toda la tristeza de la madre, se chupa toda la tristeza, todo el sentimiento, todo el dolor, y por eso se mueren ("Alferecía" 22-23).

Entre los temas que son parte de la literatura actual está la descripción de la sensualidad; los narradores no son tímidos ante ella, más bien se deleitan retratándola:

Hace sol. Pueblo hecho de polvo. Bajo el tamarindo se juntan a beber los viejos, un indio joven, un idiota, una putita de quince años que parece de treinta. Toman sin hablar, rien del idiota; nunca puede pararse a orinar con tiempo. El viejo más elegante es el padre de la puta, él le paga los vasos, la mira con amor, ya con pena. Mi hija es puta: llora cuando el alcohol le gana. Mi hija es puta. Hoy amanecieron dormidos y con un vaso sin vaciar junto a su silla. Hoy no comió la putita y se fue a buscar al doctor. El doctor jugó con ella: a que ella era doctora.

La vi y la invité a mi casa, desde hace un mes que se queda conmigo. Hace el desayuno, sonrío cuando despierto. Dice que me quiere, y cuando llego borracho se hace la dormida y yo la penetro y ella se deja y antes de quedar dormido siento sus caricias en el pecho. Cuido mi boca, todavía no le he dicho que la quiero (Aréstegui 33).

La realidad también es una preocupación y es descrita involucrándose en los problemas actuales que aquejan nuestro entorno; un ejemplo de ello son las obras de Roberto Ramírez Bravo y Emiliano Aréstegui. En ellas los problemas de violencia, de corrupción, están presentes como un recordatorio de nuestro derredor. El dolor, la crueldad se han asentado en nuestras vidas, la muerte violenta, diaria, es ahora nuestra realidad:

A los doce años, Toño "Pachacuás" mató a su padre, a los 14 a su abuelo y a los 16 a uno de sus vecinos. Nunca



estuvo mucho tiempo en la cárcel porque la primera vez se dijo que había sido un accidente, la segunda que era menor de edad, y en el tercer asesinato no hubo nadie que testificara en su contra a pesar de que todos en el callejón sabían que él había matado al Olivas.

Así que apenas entrado en la mayoría de edad, era un asesino profesional. Siempre drogado, era el rey del barrio, asaltaba transeúntes, entraba a las casas para robar y se apedreaba con los vagos del barrio del Pozo de la Nación. Vendía mariguana y pastillas, desmantelaba carros y asustaba a las señoras. A veces, sin mucho afán, se apostaba detrás de un poste con El Piojo para agarrarle las nalgas a las muchachas que salían de sus viviendas rumbo a la secundaria.

Por eso a nadie le sorprendió encontrarlo muerto una madrugada de agosto, con los ojos abiertos y todo el pecho destrozado como un marrano [...].

Asunto Santiago se preocupó mucho cuando vio llegar la camioneta de los policías frente a su casa. El Pachacuás había asesinado a su hermano el Olivas siete meses antes, y en consecuencia, él era el principal sospechoso del crimen.

—Yo no hice nada, comandante. Ese día estuve encerrado viendo la televisión, yo solito en mi casa.

El comandante sonrió: “No tiene coartada”. Pensaba que la muerte del Pachacuás no era un asunto aislado y podría conectarse con la red local del narcotráfico y eso a él le serviría mucho, pues no sólo se trataba de resolver el caso sino de ir más allá, asestándole un verdadero golpe al crimen organizado [...] (Ramírez “El viaje”, 66).

La carretera es una culebra negra, allá lleva los sueños de las gentes [...] el calor aturde los pensamientos, los emborruca, mas mirando la calina me dio a pensar: cada uno tiene su valor, su valor que tenemos no es Dios quien nos lo da, pero ese valor del que mucho vale, el que no tiene lo puede agarrar para su beneficio, así lo pensé, así lo dije a mi compadre, así fuimos por el hijo del patrón. Encuestro me dijo el compadre, encuestro le voy a poner cuando lo platico. Era temprano, el día no iba adelantado, ahí donde se mira ese monte estaba mi compadre, yo allá de ese costado, con el burro listo para echarlo a la carretera cuando su camioneta pasara, mi compadre chifló y yo le di al burro, lo sacamos a punta de machete; porque aunque el compadre dice que le sabe al manejar, yo en nunca lo he mirado subido en el volante. En el burro lo llevamos bien amarrado, bien desmayado por el golpe. Le echamos aguardiente para que se despertara, de su teléfono llamamos al patrón, él no creyó y cuando le pasamos al joven ya fue otra cosa, hasta su desprecio echó de lado, nos dejó el dinero donde le dijimos. Si matamos al joven fue porque no tuvimos esa precaución de taparnos las caras a la hora del encuentro (Aréstegui 33-34).

Hace tanto tiempo ya que salimos de casa. Yo era el más pequeño de mis hermanos y cuando supe que se iba no quise quedarme solo y salí corriendo tras sus pasos. Recuerdo que lloraba, no sé por qué, y mi llanto me daba más pena a mí que a él. Era una mañana brumosa aquella, recién lavada por la lluvia, y el gris atmosférico destacaba al verde tierno de las plantas y a los morados de las bugambilias. Hacía frío, me acuerdo bien, y en el aire flotaba la tristeza, la misma que a veces me acom-

pañá y se me aparece entre los árboles de otoño o en los jueves nublados. Ese día cayó una nieve suave. No hubo palabras, sólo un beso en la frente, apenas un silencio que se hizo grave y que fue creciendo poco a poco, una mirada austera, una ceja arqueada y un arrastrar de zapatos por el suelo. No hubo nada más, nada más que mi llanto, un grito inmóvil que salía de mi boca pero que no alcanzaba a llegar a ningún oído. Hace tanto que salimos de casa, que siento que he perdido mi infancia y que mis recuerdos se revuelven y se confunden con los sueños, y que los árboles y los rieles del ferrocarril son la misma cosa, y que los higos y los pinos se parecen; y no sé entonces si nuestro viaje en una carreta, cuando los niños nos apedreaban mientras subíamos a la cima, es algo que quedó en el pasado o que nos espera en el futuro. Pero lo sigo. Las noches en este lado del país son hermosas, más que las aventuras nocturnas que vivía con mis hermanos y los perros en el patio paterno. Yo era un niño cuando salimos, por eso siempre tuve dificultades para seguir sus pasos, y él caminaba rápido. Había días en que lograba encontrarlo solamente por la huella de sus pisadas, que cambiaban poco a poco, a veces dibujando la suela de un par de zapatos o de sandalias, y luego la de unos tenis, o después las botas, o a veces simplemente los dedos y los pies arqueados, rasgados por las piedras del camino. Con el tiempo he aprendido a distinguir su presencia aunque se pierda entre la gente, y a escuchar sus pensamientos colocando la cabeza en la dirección en que corre el viento. De tarde en tarde me mira, y encuentro en esos ojos viejos el dolor profundo que no cuenta a nadie, y la decisión absoluta de seguir avanzando. A veces dice: –Ya vamos a llegar. Entonces

atisba cómo voy siguiendo sus huellas en la distancia, y sus ojos brunos tratan de reconocermé, como si hubieran perdido memoria de mi existencia y sólo mi obstinación me hiciera familiar ante él. Es como si se preguntara quién soy, y qué razones tengo para seguirlo. Lo he acompañado en la ciudad, en el campo, en las noches estrelladas y en las sombras infinitas de las noches más largas de mi vida; entre los contenedores de basura donde se pelean los perros, en los arroyos de aguas negras y en los pueblos llenos de nieve; entre los pastores y entre los vagos del subterráneo. Lo que nunca olvido es el frío que agita mis quijadas en las vigiliás de invierno y la niebla que brota de las alcantarillas; ni las muchachas tiritando con sus ropas minúsculas; ni el silencio de aquellas calles sin nombre y sin luz que tuvimos que pasar (Ramírez “Hace tanto tiempo...”, 1-2).

Estos ejemplos conllevan el uso de un lenguaje áspero, apropiado a los temas que muestra. Sin embargo, existe otro tipo de dolor que tiene que ver con el uso de las drogas y el rechazo que causa en los demás:

Nunca habíamos visto a Bonita tan radiante, sin maquillaje, como el día en que regresó de Cuernavaca. Ella gastó mucho dinero para que abandonara, de una vez por todas, su adicción a las drogas; tampoco escatimó los gastos para la fiesta de bienvenida. La fiesta la organizaron Odilón y Zósima, a orillas del río Papagayo. Recuerdo que pusieron una mesa grande con varias fuentes de frutas, jarras de jugos, aguas frescas. Todo era colorido y natural. Nada de alcohol. Y de comer, había recipientes con ceviche,

pescadillas, morritos, langostinos y atún en salsa verde. Puros mariscos. Tragamos hasta más no poder.

El paseo comenzó de lo más padre. Nos bañamos y buceamos en las Palmitas. Luego, el yate agarró camino hacia Puerto Marqués. Las montañas a lo lejos se veían azules, bellísimas. Rafa de Lorenzo se puso a dibujarlas. Mientras La Cara de Perro nos contaba que ella había sido campeona durante tres años consecutivos por haber atravesado a nado la bahía, Panchi me dijo, en voz baja: “Oye, mana, ¿no se te hace raro que Bonita vaya a cada rato a la cámara? Mírala, mírala, otra vez va bajando”. Al rato, vi que salió y me acerqué a ella. ¿Y qué crees que voy viendo? ¡Bonita tenía la nariz impregnada de polvo! Le digo: “Oye, Bonita, no puede ser. Tanto dinero que gastaste para que superaras tu adicción y, mira, ya volviste a las andadas. ¡Son fregaderas!” Bonita dijo, sonriente: “Ay, Dora, no te saques de onda; no te saques de onda por mí, Dora”. “¡Límpiame la nariz, al menos!”, le dije. ¿Pasas a creer? Ay, no, a mí me dio mucho coraje.

Decidimos regresar al malecón. Ya todos habíamos pisado tierra firme, salvo Bonita. Continuaba en el yate. Regañaba con aspavientos al capitán y al marinero; les decía: “¿Por qué vergas nos regresaron al malecón? ¿Alguien me preguntó si yo quería regresar? ¡Nadie! ¡Nomás nos manejan a su antojo, hijos de puta! ¡Son unos manipuladores de mierda! ¿Alguien me preguntó a mí? ¿Verdad que no? ¡Nadie me preguntó nada, ojetes!” Panchi y yo ni nos despedimos de Bonita. De Bulmaro Goring, sí. ¿Y qué crees que me dijo cuando me despedí de él? “Estoy enamorado de esa mujer. Bonita Malacón será mía... Mía”. ¿Lo puedes creer? Yo tampoco. Qué horror.

Bonita se fue al departamento que compartía con Rafa de Lorenzo en Costa Azul. De Lorenzo la siguió, pero Bonita no le permitió entrar. Le arrojó su ropa, chancas y lociones desde un cuarto piso. Las camisas volaban como gaviotas gigantes.

Me prometí que jamás, pero jamás volvería a salir con Bonita Malacón (Dimayuga 17, 20-21).

Andrés Acosta plantea otra manera de vivir, una que tiene una visión apocalíptica:

Estábamos a punto de entrar en el primer mundo, cosa de dos o tres años, según observó el presidente de la república; tan sólo hacía falta resolver algunos presupuestos sin los cuales no se puede pertenecer a él.

Lo principal era combatir a la delincuencia, porque ninguna nación que sea considerada en verdad del primer mundo debía tener indicadores de criminalidad tan altos. El gobierno comenzó por lo palmario, y las aprehensiones se propagan en las ciudades principales, en particular la capital del país; cualquiera lo recuerda, las estadísticas se abatieron en pocos meses: fue sencillo organizar redadas en los barrios difíciles y obtener presas suficientes para comprobar la lucha contra el crimen (5).

[...] El gobierno decidió expropiar los terrenos circundantes a las cárceles para recorrer las bardas, y las familias afectadas por la medida emigraron, en su mayoría, a zonas rurales; de esa manera el entorno penitenciario se duplicó y el territorio de los de afuera sufrió un menoscabo que se consideró microscópico dentro del contexto de la enorme ciudad (6).

La propuesta de nuestro lado surgió: “yo lo que creo es que el tumor creció demasiado, le permitimos que se convirtiera en un monstruo, y si me preguntan qué se debe hacer en estos casos, la respuesta es de lo más sencilla: extirparlo antes de que acabe con el organismo del cual vive a sus anchas”, aseguró un funcionario público.

Aunque hubo consenso general y la resolución para extirpar el tumor, utilizando cualquier medio, una cirugía pacífica o una amputación intransigente, la fortuna giró antes de que pudiésemos hacer algo: llegaron los tiempos en que los de afuera tuvimos que implorar recursos a los de adentro. Ellos contaban con las presas para generar energía, con campos para sembrar, y nunca antes los bienes de la nación rindieron lo suficiente para que a nadie le faltara energía eléctrica o alimento.

Como en una especie de juego de monopolio, y cuando ya fue tarde, nos percatamos de que habíamos perdido la partida. Las piezas principales habían pasado a manos que las aprovecharon mejor. Dejamos pasar de largo las segundas intenciones biológicas de lo que pensábamos un organismo primitivo. Los términos afuera y adentro ya no tenían el mismo sentido.

Hoy en día aún no pertenecemos al primer mundo; y la cárcel, ahora la habitamos nosotros. Muchos hemos pensado emigrar para el otro lado, pero allá no admiten a cualquiera [...] (9).

ERAN LOS TIEMPOS DE SECAS. Cuando los alacranes. Esos días en que el calor me arrastra al río y me retiene ahí hasta ya muy tarde, para ver desde la orilla la noche, que entra por ese lado para no llegar tan sudorosa.

En cuclillas, pellizcado por los charales, veo cómo se va acomodando entre la pinzanera, poco a poco, reconociendo el territorio, no obstante que es un lugar suyo, por más que durante el día no tengamos nada que ver con ella; cabalmente, un fantasma que regresa y que regresa aunque ya no lo esperemos, aunque creamos francamente que ya no puede volver. Cómo apaga todo el ruido con sus ruidos, mecida por las campanadas solitarias, campanadas envejecidas. Campanadas solas. Yo no le conocía esa serenidad. Hace años, en su tienda, era incapaz de mantener los ojos fijos; iban de la báscula a la canasta de la cliente, al billete con que paga, a la caja para sacar el cambio, a la medida de manteca, a la niña que se lleva un piloncillo sin pagar, a la libreta para anotarle a doña *Consi* dos sardinas, cuatro panes, dos chavitos de judío, dos de combas...

Entonces eran sus ojos diferentes. Pero ahora, estaban ahí clavados en los vapores pegajosos del cazo, como si vieran en el fogón achicharrarse sus recuerdos y en el humo se encontrara a la *China* Torres pidiéndole fiado unas cervezas para el jueves que venda mis sombreros; a *Fita*, escondiendo los ojazos en el pelo, con el que apenas se cubría los senos de trece años, que cabían en el hueco de la mano, pero ya no en los vestidos.

Yo sentí que estaba mirándome, pero no. Estaba cruzado de manos a un lado del fogón. Lo vi y no estaba mirándome. Pero tal vez sí, porque yo sentía sus ojos en mi frente; entonces estuve viéndolo para esperar que me preguntara también con los ojos, pero no me miró. Por eso no le contesté. Es decir, le contesté en silencio:

“Si tú supieras, si hubieras sabido que te anduve buscando todo un año para decirte que iba a casarme con

tu hija. Que anduve rastreando tu permiso por Tarétaro, El Coyol y Coronilla, peleándome con la muerte y con los muertos; con semanas de hambre y sed. Que no me bastaba el permiso de *Fita* ni la ansiedad de Cristina para traérmela a mi casa, ésta que entre tú y yo construimos; para tenerla cerca y para mí solo, para siempre.

“Si tú hubieras sabido que tuve que volver a vender mis animales y mis tierras, y a renovar mis caricias en la piel de tu hija y mis promesas, para seguir buscándote por todos los rincones de Tierra Caliente sin hallarte nunca... Si tú supieras todo esto, seguro que no me lo preguntarías”.

Eso pensé. En silencio, eso le dije con una mueca de la boca y un pujido, un sonido de la garganta o del pecho, que no se parece a ningún otro pujido de dolor o de esfuerzo.

Y rematé mi pensamiento ya con voz:

—Me hubiera gustado ser tu yerno, pero no pudo ser —y entonces sí ya dejé de mirarlo—. Ni puede ser ahora, porque ese lugar ya está ocupado y *Fita* quiere mucho al padre de su primera nieta, como tú deberías quererlo también (Noé Blancas 30-34).

El hablar del yo en un sentido biográfico es una forma de deshacernos de nuestros fantasmas y es un elemento recurrente por el que han transitado hombres y mujeres. En algunos cuentos el tono biográfico o autobiográfico es más intenso. La crítica describe la literatura escrita por mujeres, preocupada por la presentación de sentimientos, y en los textos existen varias autoras que se pronuncian de esa forma; la emotividad y la expresión de las vivencias ocupan una parte importante. La ob-

servación apunta que las mujeres son más proclives a este tipo de escritura, no ocultando que los hombres también participan de ello. Ejemplos de lo anterior son los siguientes fragmentos:

De mi madre heredé la talla de los zapatos, su andar apresurado [...]

Ahora, Madre, me veo en la vejez reproduciendo tus arrugas en la frente, las ojeras profundas de tus ojos, tu caminar apresurado de huesos fuertes, tu inquietud permanente y nerviosa. Ansiedad de todo pese a los años. Eres un hueso duro de roer, árbol firme de sombra fresca. No te rindes a la soledad ni al cúmulo de años. ¿Y yo... madre? ¿Me reconoces en tu ayer? ¿O en lo que quedará de ti cuando te vayas? (Manzano “Mi madre es otra mujer”, 18).

Corrían los años de la década de los setenta del siglo veinte. El guerrillero Lucio Cabañas se escondía entre las sierras de Guerrero. Muchos de los domingos, cuando los hombres no iban a laborar en sus tierras y jugaban pelota en la cancha, llegaban los verdes.

Mientras los cuerpos oscuros descendían por el mirador hacia la cuadrilla, mi padre apresurado escondía bajo las cenizas del comal su pistola y cuchillo, y me hacía señas poniendo el dedo índice sobre los labios, no debía decir lo que había visto.

En los pueblos cercanos decían que los verdes traían una lista de nombres de personas que simpatizaban con la guerrilla. A quien estaba en la lista se lo llevaban y no volvía. El terror invadía a los niños, cada vez que entraban

los uniformados en alguna de las casas, pues si nuestro padre estaba en la lista desaparecería [...]

En esos momentos supe que había algo más allá de mis cerros verdes y olorosos, algo que hacía sufrir a las personas, que no era justo. Creo que fue el miedo que tuve de perder cualquier domingo a mi padre lo que me hizo amarlo desmesuradamente hasta hoy [...] (Cuenca 86).

Toda la belleza se ha ido. La madre arrulla el cuerpo muerto de la niña. La levanta de la cama. Le canta. Le habla. La besa. Intenta retener el aroma de su cuerpo. Algodones en la boca, en la nariz, en los oídos. La estampa de la muerte chiquita. El formol que se ha llevado el aroma de la vida. La madre intenta calentar el cuerpo con sus brazos. Pretende que despierte. Le pone los zapatos tejidos. Le limpia los ojos. Le habla. Quiere vestirla. Pretende huir con ella, explora las salidas posibles con la mirada enferma. Habría podido concebir la imagen de la muerte en todos los rostros, excepto uno. Le pide al hombre que la ayude. Intentan sedarla. Con los ojos desorbitados, la madre grita. Se resiste. No quiere soltar a la niña.

Está muerta, dice el hombre. La madre oscila con la niña en brazos, negando con la cabeza. Está muerta, repite la abuela. Oscila y la huele. Oscila con el gesto de una chiquilla decidida a llevarse una muñeca que no le pertenece. Luego el silencio. La madre calla, arrulla, huele. Envuelve a la niña con un rebozo, horrorizada. Y canta. Repite esa canción que le cantaba su madre. (Salinas "Paula", 91).

Mi mamá vino a dejarme ayer en la mañana al hospital, preguntando por todo el camino cuánto faltaba para

llegar. Tenía miedo de que muriera en la hamaca, en la que me bajaron desde la aldea de La Montaña mi padrino Lencho y su entenado. Mi pobre mamá se fue empapada con lágrimas porque no la dejaron quedarse conmigo. Yo me sentía sin aliento para seguir llorando, solo, sin su consuelo, temblando con calentura de media pieza y muriéndome con gran frío en las dos patas y bien caliente de las verijas para arriba. De ajuste, suelto por las dos puntas... con soltura devolviendo todo lo que como y con una flojera que no tengo tiempo ni para bajarme de la cama... ¡Si tan sólo tuviera un petate para acostarme en el fresco del suelo como en mi casa! Y un lugar escondido donde hacer mis necesidades (Don Juan 21).

[...] Hoy cumplo el segundo día en el hospital. Amanecí oyendo las campanas de la misa de las cinco en la catedral que llaman de la Asunción con los ojos abiertos sin topar los párpados en toda la noche, saboreando un chupirul de vidrio metido en la boca que mide las calenturas. Ayer vine, pero creo que fue hace un año. Quisiera regresar a la escuela, aprender a leer de corrido para cuando tenga la edad, entrar a la policía, portar mi pistola y en los días de franco llegar a la aldea para sentir que me respeta la gente.

Me gusta estudiar, mi señor decía que soy listo por nacimiento y que tengo la contestación en la punta de la lengua, a estas horas ya estuviera en tercer año si no es la pura suerte de que mi papá se muriera; por su culpa a Jacinto y a mí, mi mamá nos quitó el estudio y en contra de su voluntad nos mandó a cortar tomate y después, mangos, para ajustar la comida de los demás chamacos. Yo no culpo a mi papá de que se muriera, al fin y al cabo él se mató con su propia mano; dice mi mamá

que tenía colgado el hígado de un hilo de tanto chupar, que desde chiquito mamaba el mezcal recién hecho, en lugar de leche y que así lo conoció cuando se hizo de su compañía. Borracho y todo, yo quería a mi papá y lo quise más cuando me mandó a la escuela sin obligarme a trabajar la tierra. Yo creo que él se miraba en mí y me dio escuela como pago de que a él no se la dieron de huacho (23-24).

[...] ¡Qué estará haciendo horita mi mamá! La tengo como metida dentro de la mollera, ¡pobrecita, tanto sufrir por nada! Primero se quedó viuda, después sufrió con las arrechuras de mi hermana que regresó de vuelta sin marido y con una barriga de dos meses. A mi mamá le pasó lo más triste, pues no sabía que ella también se encontraba preñada y se le cayeron en un solo desbalago de sangre la mancuernita de mis últimos hermanos que fue la única herencia que le dejó mi papá. Yo me enteré esa noche que nacieron, no venían “eclisados”, estaban enteritos sin faltarles nada. ¡Cómo me hubiera gustado tenerlos metidos en un frasco de vidrio para verlos todos los días como el chivito recién nacido que tienen en la escuela! No se me olvida cuando ella llamó de su cama. Esperó que los cuates dejaran de resollar, la vi rezarles y meterlos en una bolsita de plástico. Me la dio para enterrarlos debajo del palo de Amate en un buen hoyo, para que no los sacaran los perros y le prometí no abrir la boca con mis hermanos, porque me recordó que yo era más grande y estaba ocupando el lugar de mi papá para velar por ellos (25).

[...] El doctorcito que conoce mi nombre, hoy me vio tan encogido por la enfermedad que no creyó que tenga sean 10 o sean 11 años de nacido; él me calculó ocho

pero en verdad es que a mí “me cayó la helada” como al maíz en lluvias, con el frío y sin abono ya no crecí, me quede pachiche y chiquito y la gente me sigue diciendo Javiercito; a mi mamá se le pierden las edades de todos nosotros, no le importan un par de años de más o de menos, nuestras vidas no cambian con los días, ni siquiera que pudiera ser nuestro cumpleaños.

El doctor me contó que tengo fiebre tifoidea y la sangre rala debido a las lombrices de diferentes calibres, que ya me comieron por dentro. Son los males de La Montaña de Guerrero, como la tos, el resfrío, las calenturas [...] (26-27).

[...] Hoy espero a mi mamá, porque es domingo. Quería irme para mi casa y amanecí en la salita de los enfermos graves. Tengo tres noches de estar durmiendo a la fuerza con una inyección que me da como mareos y me hace ver aparatos. Soñé que estaba bañándome en un río muy grande y que el agua fresca me rozaba la travesía entre la raíz del miembro de hombre y la sentadera; pero me despertó la enfermera jefe, que con mucho tino me cambió las sábanas mojadas para no seguir nadando entre los miados. No encontré dónde meter mi cara para esconder la vergüenza (29).

[...] Qué le pasará a mi mamá que no viene, quiero ver a mis hermanitos, al más pequeño que es tan pegado conmigo, a la Rosita que me zurce mis pantalones y me deja su comida cuando no la quiere o cuando ve que regreso del guatal con mucha hambre. Deseo ver al pobre Miguelito que con siete u ocho años se mata queriendo sacar la tarea. Deseo oír a Sultán, ladrando entre los guamiles persiguiendo a las ardillas con el hocico mojado (30).

[...] ¡Veo venir a mi papá! ¡Tiene su muda del domingo!  
¡No quiero que venga borracho aunque sea domingo! Le  
oigo consolar a mi mamá diciéndole que la muerte tiene  
sus escogidos. Se me acerca... siento que me abraza...  
oigo su voz pegada a mi oreja como si no estuviera  
muerto:

¿Javiercito, me oyes?... Javiercito, aquí estoy... duér-  
mete ya hijo... que a mí me toca rezar por ti. Yo pecador.  
Me confieso ante Dios [...] (32).

Otra temática abordada es la preocupación existencial, recordándonos aquellas lecturas de Albert Camus, de Jean-Paul Sartre. La literatura se comporta como reflejo de la vida moderna y problemas como la soledad, la convivencia, desavenencias, son parte de la preocupación de los autores. El no ser escuchados aunque estemos rodeados de gente.

Ejemplo de ello es "Abisinia", de Gustavo Martínez Castellanos:

Llegó al ámbito oscuro de la morgue al mismo tiempo en que arribara ella, extendida sobre una camilla con ruedas. Fue un encuentro ineludible, el cuerpo, con una desnudez que ya no era de este mundo y las marcas inmediatas de la edad detenidas por la muerte, la sustrajeron, por un instante, de la realidad. Cerró los ojos, todavía encandilada por la luz contundente de la calle que sentía encendida en una parte de la córnea, de la frente, de la cabeza, del cuerpo, de la vida que se había quedado allá afuera como algo remoto y ajeno que nada tenía que ver con ella salvo por esa punzada. Se había introducido a fondo en la funeraria sin preguntar a nadie

dónde estaba qué cosa cuando la visión del cuerpo sobre la camilla la detuvo como una mano inapelable. Se acercó a él y con la respiración agitada de las prisas todavía la observó de pies a cabeza como si la midiera: sin el más mínimo asomo de piedad y con la certeza de haber llegado a tiempo para identificarla antes que el maquillista o el avance de la descomposición le otorgaran el más mínimo asomo de duda.

"Era mi madre", dijo con un fingido rescoldo de tristeza al hombre que apareció a su lado con una sábana y un fólter. Y el "era" pareció dolerle a ambas porque la camilla crujió como un engrane herrumbroso que hizo palidecer al hombre y, al darle un beso en la frente, aspiró su último aliento. Pero aquello sólo era el olor temprano de la muerte.

Cuánto pesa en ese estado la ausencia de un perfume, la nostalgia de un bilé, un colorete, la insinuación de una ceja o línea firme en la femineidad del rostro. "Qué feas somos sin vida para regirnos", pensó, y recordó que de todas las batallas que habían librado una contra otra, el triunfo de ésta se la adjudicaba su madre: "Lástima que no puedas disfrutarla", pensó (19).

Las técnicas narrativas de las que dieron cuenta grandes cuentistas como Horacio Quiroga, Edgar Allan Poe, Julio Cortázar, son consideradas por los narradores. Existen finales bien logrados, el manejo de la trama ocurre en un *crescendo* que engancha a los lectores y los conduce con avidez al final atrapándonos por sorpresa, o bien, queda suspendido, y es que en ellos ya no esperamos la solución fácil a los problemas, o la llegada de un acontecimiento feliz; la narrativa se ha



convertido en un reflejo de nuestra existencia, donde los finales felices ya no son esperados:

He pensado en el vestido aquel que me compraste en diciembre, de profundo terciopelo tornasol. Esta tarde me lo he puesto sólo porque sí. Me acariciaba su tersura. Te sentí tan cerca. Mi cuerpo frente al espejo, imaginándote. El hermoso vestido. Acaricié mi piel con tus manos alucinadas, puede verte en la cama vacía. Estabas ahí, mirándome a través del espejo. Me tocabas. Quiero encontrar la forma de no perderte jamás. Aun cuando te hayas ido [...]

De nuevo estoy inmersa en líos de amores. Duele. Entonces, estoy viva. Entonces, puedo intentar escribir mis historias de nuevo. Porque todavía duele. Porque he recordado la vida. Algún día descubriré la verdad. Veré la cara oculta del desosiego, y la enfrentaré como al primer parto, como a la dulce cara de la muerte dormida en el rostro de Paula. La besaré (a la verdad), y me abrazaré a ella con la vehemencia de un fanático. Hasta destrozarla con toda la rabia inexplicable de estos años. Y de nuevo me pondré al atardecer, en la paz, mi hermoso vestido de profundo terciopelo tornasol. De seguro aparecerás [...]

Esta sensación de haberlo perdido todo. Que no puedo desprender de mí. No la puedo amortajar. Me siento feliz de tenerte cerca. De sentirte tan dentro como la sangre tibia. Te deseo ahora. No es que quiera aprisionarte en las jaulas de un amor posesivo. A veces te necesito ya, de inmediato. Como una asmática agonizante que requiere oxígeno de urgencia. Ven, quiero entregarte la fiebre de mi tiempo, ésta que habita aquí, justo aquí dentro. Contigo el miedo es diferente. A ti no temo entregarte nada. Ya era

tuyo desde entonces, cuando no me veías como ahora. Te doy mi cuerpo y este peligroso amor que desgarras, que no muere. Bebe de este elixir divino que emana de mis entrañas. La dulce, dulce miel de mi existencia. La que posees ahora hasta la ignominia. Vámonos lejos después que pase todo esto. A donde nadie nos detenga el paso por las calles, ni te pidan favores estúpidos. Donde no haya periódicos ni incertidumbres. Vamos al mar para amarnos eternamente, hasta la muerte. Hasta el olvido. Hasta el infierno pavoroso del placer y la entrega. Un mar que no recuerde tu historia pasada. Ni la mía. Un mar que nos vea nacer ahora, como al principio de todo. Es terrible esta fiebre de mi tiempo. Me asusta. Tengo que dártela. Es para ti porque tú la provocas, la invocas como a una diosa perdida que no recordabas en tus sueños. Cuando duermes a mi lado me proteges. Nunca me he sentido mejor. No me abandones nunca. Ni siquiera cuando te hayas ido. Mi fragilidad es insondable. No te imaginas tú (Salinas "Profundo terciopelo", 24, 28-29).

Existe un manejo de retrospectivas a través de la memoria, recurso muy utilizado que es como una marca de esta narrativa donde lo sensorial al hacer evocaciones se sustenta en la sinestesia como parte de la habilidad narrativa. En otros momentos los recuerdos sirven para afianzar al ser, para legarnos imágenes que se convierten en parte de uno mismo y se trata de personas, de espacios, de instantes, que recorren nuestra memoria y permanecen con nosotros. El tiempo pareciera atrapado como un legado para nuevas generaciones. El peso de la nostalgia, de los recuerdos, de la añoranza por un pasado situado en una región ocupa varias páginas

de los libros, como un homenaje a la tierra que nos ha cobijado:

[...] Mi abuelo, hombre blanco y extremadamente delgado, elegantísimo, poseía una cualidad y defecto a la vez: era demasiado espléndido. Le gustaba ver su casa llena de cosas ostentosas, vestir bien a sus hijas, y que jamás hijos ni nietos se quedaran con deseos de obtener algo [...]

Muchas cosas han sucedido desde que se fue el abuelo. Yo creo que él no hubiera soportado la muerte de su primera bisnieta, o la manera tan absurda en que se separaron mis padres [...] Ya le resultaba casi imposible hallar empleo en sus últimos años, y la falta de dineros para complacer a sus hijas e hijos, nietos y bisnietos lo habría matado de tristeza o de desesperación; quizás ésa fue una de las causas que contribuyeron a que el cáncer lo carcomiera más aprisa [...]

Su adiós fue prolongado y doloroso. Estaba lleno de miedo, y parecía un pajarillo herido de muerte en su lecho tibio. “*Ya me voy a morir*”, me dio a entender con los ojos abiertos y sus labios mudos, con la mirada llena de tristeza y espanto. —Tienes miedo, ¿verdad?, —le dije. Asintió con la cabeza como un niño indefenso que van a regañar cuando llegue a casa [...] *Abuelo, debes prometerme que no me dejarás sola cuando ya no estés, que te acordarás de mí, ¿sí?* Se sonrió lastimoso y tierno, asintiendo de nuevo con la cabeza. Me recosté en su pecho, como solía hacer desde pequeña, y vimos frente al televisor el final de *La dama de las camelias* y el atardecer rojizo que anunciaba una noche estrellada y fresca que, con su silencio advertía

la pronta despedida, en medio de un abrazo eternizado en la memoria (Salinas “Nostalgia”, 34-35).

[...] Frente al corredor había un jardín completamente salvaje en el que crecían chinos, maravillas jaspeadas, teresitas, colombos, hojas rayadas, malvones, adelfas, siemprevivas, yerba buena, yerba santa, violetas y unas bugambilias rojas y anaranjadas que enloquecidas habían invadido la casa y colgaban mustias de los horcones, tapizando de hojas secas y flores marchitas los ladrillos del suelo y las piedras lisas del pretil. En medio estaba una olla de barro muy grande a manera de pila para agua y el lavadero en que mi madre lavaba sin quejarse todos los días, mi madre [...]

Entre tanto, mi abuela se sentaba en su cama, se vestía con su blusa blanca de alforchitas sobre dos enaguas con punta de organdí antes de ponerse su falda negra y larga [...]

Yo la miraba en su ir y venir quitándole los pulgones y cochinillas a las plantas [...] O cuando hablábamos con Coty que se sentaba junto a ella y miraba silenciosa la costura sobre sus rodillas, entregada a los consejos que su madre le daba. Yo no sabía qué pensar cuando mi madre afirmaba, un tanto disgustada, que Coty se había muerto hacía mucho tiempo ya (Enríquez *Adiós y nunca*, 11).

Las metáforas han dejado de dar cuenta de lo bello, ahora respaldan lo duro, la violencia, el tema actual de nuestra vida:

Tanto pedo por otro pinche puto, piensa Jesús Palomino Alberto, alias Chucho el Loco, comandante de la Policía Judicial del Estado, mientras sale del privado del jefe. Le duele la cabeza. Necesitaba dormir un par de horas más para librarse definitivamente de la cruda. Pero un reportero entrometido interrumpió la siesta.

Dentro de la oficina, el licenciado Martín Flores Romero, director de averiguaciones previas de la Procuraduría, deposita el periódico parsimoniosamente en el cesto de la basura. Él tampoco se ha recuperado de la cruda y no está de humor para contestar preguntas. Mira con desgano al reportero, se arrellana aún más en el sillón y reacomoda las piernas sobre el escritorio.

—Es el quinto —insiste el periodista—. Lo dejaron en una bolsa de basura en frente de su casa (García “Gatos pardos”, 29).

[...] —Hoy es el operativo en los bares de jotos. Al procurador le urge encontrar un culpable. A él también lo están chingando los medios con esto de los muertos— le recuerda al licenciado Flores, con la esperanza de ahorrarse la juerga de esta noche (30).

[...] Chucho el Loco lleva una semana sin llegar a su casa, manteniéndose despierto a punta de rayas, para cuidarle el culo al director de averiguaciones previas.

—No vamos a ir con ellos, pero hazles un encargo a los muchachos: si descubren quién es el mata putos, que le den un abrazo de mi parte, por hacerle un favor a los machines— ríe.

A Chucho el Loco no le hace gracia el chiste. No entiende cómo alguien puede hacerse pendejo de ese modo: Ir al Arcelia es hacerle de nana y alcahuete. Después del tercer trago, Flores lo manda por La Cony, un travesti moreno

de pelo oxigenado que la hace de fichera en El Zarape. Él debe estar pendiente del hocico de todos los presentes, porque si alguien se atreve a señalar al jefe que le gustan las viejas con regalo, termina con las tripas de fuera, por tacharlo de joto (31).

“Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Padre nuestro que estás en los cielos santificado sea tu nombre hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo y perdona nuestros pecados así como nosotros...”.

La oración era la forma maquinal pero a la vez honesta —nacida de lo más hondo de su alma— de expresar su resignación ante los designios del Señor, que —ahora lo sabía, *ahora lo estaba sabiendo de verdad*— son imprevisibles, queridos hermanos míos, como acostumbraba decir en los sermones de las misas de difuntos el padre Benito a los deudos. También eran inescrutables. Lo que estaban haciendo con ella y con su casa su sobrino Rodrigo y sus dos amigos era una prueba a que Dios la estaba sometiendo. Así hizo con San Jerónimo, con Santa Cecilia, con la dulcísima Virgen de la Soledad [...] Sí. Él lo quería así, que se hiciera su santa voluntad [...]

—Se me hace que la jerraste Rodo; ¿pos no questaba forrada di'oro?

Su sobrino no respondió; apenas dejó de registrar en el montón de ropa sucia y miró pensativamente al gordo.

—No se desesperen. Sigán buscando —dijo el tercero, el de la mancha en la cara.

—Pos sí... porque ni pa'violarla, pinchi viejita chupada— dijo el gordo.

Santa Gilberta, Santa Gil. O Santa Berta, Santa Betita, quizá: de entre todo su helado pasmo surgía su nombre, santificado. Su imagen nimbada en un nicho de la Parroquia de San Mateo. Pero imaginarse santa era pecado, no era más que una Hija del Sagrado Corazón de Jesús, una más de las trabajadoras de la iglesia, una humilde obrera del Señor. Que nadie haga un templo de su virtud. ¡Levantemos el corazón!... –oye que dice el padre Benito desde el atrio. ¡Lo tenemos levantado!... – responde el coro de voces palpitantes... El gordo apretaba férreamente su mentón abierto y tenso. Tras él se había acomodado el de la mancha en la cara. Su sobrino esperaba sentado en el tambor de la cama.

–Te equivocaste, Rodo, esta vieja está erizo. Quítale siquiera la medallita. Fritos. Y ámonos yendo.

Un montón de hilachos era su cuerpo. Algo se le había quebrado en el paladar y lo que le escurría por las comisuras de la boca debía ser sangre. La santidad era la ausencia de dolor, la comunión con Dios en el suplicio. Orita los alcanzo, dijo el gordo, a ver qué chingadera me llevo. Y la sombra de su sobrino cruzó el cuarto como un sueño, como entre nubes, y lo imaginó en otros tiempos, siete años atrás, despidiéndose para ir a dar bola en las calles. Un sombrío revoltijo de moscas llenó sus ojos cuando escuchó:

–Quieres hacerte la mártir, puta vieja, ¿eh? ¡Pues órale! –le decía el gordo metiéndole un trapo en la boca atrancada por el puente, hundiéndoselo hasta que crujió en su garganta. Entonces su cerebro se llenó de bruma, en medio de un dolor agudísimo cuya largura insoportable le reveló de súbito, antes de quedar con los ojos abier-

tos, fijos sobre la nada, que no valía la pena la eternidad (Gómez “Santa Gilberta”, 27-30).

El sexo presentado a través de los sentidos es un tema recurrente. Los narradores se muestran prolijos con él, se regodean y la mujer es objeto de esta expresión, en algunas ocasiones se llega a las idealizaciones. En nuestra narrativa, la expresión de la sensualidad aparece con más frecuencia en boca de hombres:

Las querías.

La quería.

Presintiendo, reconociendo su belleza madura, su tierna seguridad a tu lado... Un olor a baño tibio flota en el cuarto..., una presencia conocida se maneja por ti. Mar el perfume escanciado sobre su pecho. Mar la reinvencción de cada una de las cosas, el amor satisfecho “¿Julio?”. Su voz. Sólo su voz que expulsaba los ruidos de la calle y que se iba abriendo dentro de ti como una flor diáfana y sensible. Y su cuerpo nocturno rasgando el aire..., acercando su silencio como una lámpara de incienso, como una luz contenida y próxima a derramarse en ti. Vuela sobre tu piel su mano suave, sensiblemente armonizada con cuatro o cinco palabras que te acerca al oído. Su piel, Julio... su piel con sus recodos íntimos y sus llanuras intemporales, extensas armonías propiciatorias a las que se entregaban, como a una muerte deseada, tus sentidos [...]

Entonces nunca te fijaste, y quizá mientas. Pero en la claridad tenían más maneras. Se subía en ti, y las curvas de su cintura y de sus nalgas, quietas o en movimientos,

entraban por tus ojos. Estaban sus pechos colgando, oscilando firmes, agitándose rítmicos mientras tú los buscabas con la lengua y los labios, y —¿quizá, Julio?— con la propia, con la sola visión desaparecías: no era más que emoción. Simplemente su rostro, las mil situaciones de su rostro. No el gesto hendido de placer, no la sonrisa infantil, agradecida. Tampoco grandes, “memorables” cosas. Su rostro. Como si ya entonces hubieras perdido la facultad de la luz y sus facciones —pero también algún ademán, determinada posición de su cuerpo— sólo estuvieran siendo un recuerdo delicuescente y fugaz, prendido no entre la albura de las sábanas tibias sino en algún reverberante espejismo del tiempo. Vuelves la cara y encuentras sus labios entreabiertos, la línea perfecta de su nariz, su descansada frente. El quedo fuego de las lámparas de la calle se filtra por las cortinas y parece arder tras ese rostro amado. Respiras, puedes jurarlo, con los ojos, temerosos de pestañear o de que ella se mueva porque quizá entonces el encanto desaparecería tan enigmáticamente como se reveló, y con él desaparecerían el cuarto y tú, y el mundo.

Y así, estas simplezas, este tipo de tonterías. Es cierto que en las sombras habías encontrado nuevas dimensiones de su cuerpo. Quizá las formas perdidas revivían de otro modo, por diversos caminos. La redondez de un hombro, su barbilla, cierta curva puntual o aquellas regiones blandas absolutamente carentes de vello... Todo envuelto en un aroma turbio, religioso (Gómez “Dos y el silencio”, 35-36).

Pero seguía siendo hermosa. Hasta donde alcanzaba la imagen retratada en el oasis de sus ojos vio sus senos

erguidos, firmes, como volcanes a punto de erupción, desde el punto preciso en donde empiezan a tomar forma, emergiendo del pecho, y ascienden incontenibles y desafiantes, hasta las diminutas formaciones del pezón, dilatado y dulce. Vio su frente, amplia y cubierta de sal cristalizada. Apreció su cabello, largo y ondulado, oloroso a lluvia de equipatas. Siguió los pliegues de su piel, tostada por el sol inclemente, pero delicada, humedecida como candelero por la brisa de las corrientes nocturnas.

Todo su cuerpo estaba cubierto de una vellosidad apenas perceptible a simple vista, pero que en las mañanas de rocío y niebla ella había visto convertida en una alfombra de flores moradas, azules, rojas, blancas y lilas que morían de sed y de calor, sofocadas, cuando el cielo, ingrato, cómplice, abusaba de ella, de su soledad, de su aislamiento y la hacía derramarse en el placer doloroso de sus orgasmos interminables.

Por eso ahora que se ve ante el mar como un espejo y que besa su boca y que aprecia sus senos voluptuosos y que admira su follaje de alfombra multicolor y que atisba sus caderas firmes y que pondera sus piernas perfectas y que huele su cabello de mezcal, se siente nueva para empezar a vivir, con el permiso de su padre, su hombre a la vez, para enamorarse de otros hombres sin permitir que la dominen, pero hechizándolos. De liberarse y ser ella misma, única, hermosa, bella y Diosa. Y se siente así. Con sus manos frágiles que toman sus pechos y los acarician en toda su extensión, poco a poco, lentamente, como debe ser. Palmo a palmo va sintiendo, así, el ardor de su cuerpo, que se apresta a una nueva vida, a una vida de esplendor que es su propia vida (Villanueva 56-61).

La habilidad narrativa se nota en el manejo de la trama que va en *crescendo* y el final resulta bien logrado:

Francisco Galeón Rivas llegó al pueblo después de cinco años de ver la miseria en su punto. Traía la lengua entumida de polvo y los ojos cerrados por el viento seco que escupía el ambiente salvaje y flaco de Tulimán. Era joven aún, sin rastros aparentes de la sífilis o el mal de ojo que andaban tan tremendos por aquellos días. Era joven aún, era de piedra, casi nuevo, casi nada, el sudor de las cosas rechazaba las formas de los hombres y se descascaraba para volverse otra vez polvo en el polvo. Escupía flemas negras desde la tráquea que amenazaba con cerrarse de tierra y sus pasos venían desde muy lejos, de allá en donde nunca pasó de ser chalán de los dizque revolucionarios fieles a la patria, sombrerudos, huarachudos, pobres eso sí y también violadores de mujeres ricas sorprendidas en la trampa elegante de sus haciendas, saqueadores, glotones, hijos de su rechingadamadre que casi le decían que limpiara las armas con la lengua y nunca le habían dado permiso de tener tan siquiera una de esas mujeres güeritas que chillaban y chillaban entre el mar de huaraches, mantas y manos prietas hasta llegar al catre oloroso a bestia del general. Nunca, ni después de toda la tropa. Cabo ensille el caballo, cabo lustre mi rifle, cabo a primera fila, cabo qué pendejo es usted... pero nunca: cabo cójase a esta vieja, pruebe este jamón de Virginia, buenos días. Aún era joven para conseguir algo de dignidad, era tan joven que se daba el lujo de arrepentirse por haberse ido hace cinco años con las tropas del general Pedro García a matar ricos por ser ricos y por hacer

más pobres a los pobres. Le faltaba el brazo izquierdo y tenía la pistola y el traje del general que se había robado antes de salir huyendo cuando la tropa dormía.

Cuando abrió la puerta no lo reconoció, el rango lucía limpio en el pecho, las carrilleras cruzaban sin balas el torso de aquel hombre de polvo que decía con voz ronca y cansada: hermana, he vuelto. Y ella lo había abrazado, fija en su manga sin brazo, llorando, diciendo has vuelto, preguntando por qué.

—Se comieron mi alazán con todo y silla y yo logré salvarme trepándome a un guamúchil.

—Ella es mi hija María. Y él le clavó los ojos en los senos, en la rosada blusa de la que emergía la belleza morena del cuello, el óvalo coronado por un chongo azabache, los ojos profundos, amplios y negros, la pequeña nariz y los labios que sonreían desde hacía dieciséis años.

—Mi sobrina María, cómo ha crecido la condenada.

—Va a comprar velas, orita viene.

—¿Cómo, ella solita? No, yo la acompaño, sirve que respire aire nocturno y sin pólvora, faltaba más.

—Está bueno, hermanito, porque ya se la andan queriendo robar (Rueda 9-10).

[...] Cuando me fui a la guerra me trataron peor que a un burro, perdí el brazo en una batalla y me dijeron que qué pendejo era, por eso me escapé y llegué a mi pueblo y me cobré todos mis deseos malditos. Pero no fui yo, fue culpa de dios, todo ha sido su culpa, hasta esta confesión, no es su culpa mi instinto, pero él es el que me pone las mujeres en frente, la falta de mi brazo sí es su culpa y esa gente de afuera también, ya que me deje en paz [...] (11).

El silencio se agrandaba cuando las volutas de tu cigarro ascendían hasta el techo, pequeñas frases de una sintaxis incandescente. Suspirabas girando el rostro hacia el biombo.

—¿En quién estás pensando?— Intenté hurgar en tu corazón.

—Tengo marejadas sentimentales, nada más.

Lloraste. Nos sujetamos con el pretexto de mitigar el frío. Finalmente, yo también sufrí marejadas emocionales. Y los cantos de las aves, la vocinglera de los autos, el ajetreo de los otros vecinos eran el signo de la rutina que siempre temimos compartir. Los pasos descendían por la escalera en tanto que mis manos trataban de memorizar, y lo hicieron, los lunares de tu espalda; tu peinado perdía elegancia entre las almohadas. Cerraba los ojos para oír tu respiración agitada, galopante aún la siento. Imaginaba la brisa tenue de los bosques en otoño, el crujido de las hojas y la voz del viento ronroneando mi nombre cuando entraba, totalmente, en ti. Eras un bosque, árboles espléndidos que no le tenían miedo a la muerte. Aquí estás. Mis manos sujetan tu pecho suave [...]

Estoy en la estancia de una ruptura, algo amargo sube hasta mi boca, aprieto la mandíbula: respiro profundo. Cuento mentalmente: uno, due, tre, quattro, cinque... Me levanto de la silla. Quiero callarla, hundirla en otros mundos, lejos del mío. Con el pulgar de mi diestra froto sus labios vaginales. Abre las piernas, comienza levemente a empujar la cadera. Mis dedos acarician el vello negro, la carne rosada. Lamo su talón, los dedos de su pie, uno a uno; mi lengua se familiariza con los pezones erguidos, duros. Y la serpiente, minutos después, toca mi mejilla. Breves jadeos opacan la invitación al baile que Bowie

enuncia con tanto candor. Asciendo hasta colmar los hombros, el cuello, de besos. Con pequeños mordiscos me apropio del lóbulo de la oreja. Jalo su cabello suave. Hundo mi dedo en sus entrañas. Mi presente busca desesperadamente tu voz, tu olor, tu presencia. Al cerrar los ojos estás conmigo.

—Entra, pequeño. ¡Entra! —Sujeta mi espalda y me acomodo encima del fantasma con los ojos cerrados. Utilizo sus piernas para remar. Navego.

—Piensa en el mar, en cuerpos de agua tocándote, en la suavidad de la espuma. Soy de agua, dime que soy de agua —sugiero en su oído.

Navego con las velas desplegadas

Permanezco junto a ella, sin tocarla; escucho su respiración, veo cómo el sol baña de rojo los vitrales. Observo el techo, siento la presencia voluminosa de sus nalgas [...] (Vite 79-80).

El indígena es tema de varios escritores, idealizándolo, como en un momento se hizo en el indigenismo, como una forma de conservar la memoria de los pueblos. Esto es comprensible considerando que el Estado cuenta con una amplia población indígena:

YO NO SÉ NADA DE ESO. Yo soy muy pobre, y la mera verdad es que así como ando vestido, con estas garras y zapatos viejos, le da desconfianza a cualquiera y lo hacen pensar que uno es de mala vida, pero no es cierto, señor. Yo trabajo, y si ando como ando, es porque soy muy pobre y apenas gano pa' mal comer. Además el maistro Silvestre me dijo que 'ora que se compre ropa, me va a dar varios repelitos. Yo, señor, ni borracho, ni vicioso. Si acaso de

cuando en cuando me echo mi litro de tequila o mezcal, y hay muere, porque soy gente de trabajo, y jamás me anda agarrando la polecía por andar en broncas, nomás 'ora y ha de ser por pura equivocación, o como ustedes dicen: "por puras aclaraciones".

Mi jefe murió aplastado por un cochino camión saliendo de la cantina. Y pa' ser justos, el chofer, aunque huyó por miedo, no tuvo la culpa, pues mi jefe estaba rete tomado, y como quien dice, él solito se buscó la muerte. Pobrecito de mi jefe, ojalá que Dios lo haya perdonado, ya se había vuelto muy vicioso y muy pegalón con nosotros; por eso cuando nos avisaron que el camión lo mató, y que lo tenían en el hospital, hasta sentí como un descanso.

Después mi 'amá se metió a trabajar de gata a un sanatorio, o como le dicen ahí "afanadora"; pobrecita, siempre se la pasaba lavando caca, miados, harta sangre y sacando cubetas con desperdicios de las salas de operaciones. Nuestra choza de la colonia nos fue arrebatada por un influyentazo, decía él. Desde entonces mi jefa duerme en el sanatorio, y con mucha razón dice que es como si la hubieran metido a la cárcel o a su tumba... pero sin descansar, porque trabaja como mula, y pienso que a la mejor por eso tiene tantas ganas de morirse. Yo siempre que puedo, me quedo a dormir en las obras, y si no hay modo, busco la manera de acomodarme debajo de los puestos de los amigos del mercado, y ahí fue mero donde ustedes me agarraron.

Eso es lo que soy señor, y le pido que me perdone, pero usted me lo preguntó. A lo mejor pensaba que tan chavo ya soy un sinvergüenza, pero no, señor. Si no lo cree, que llamen al maistro Silvestre y le pregunten, o a cualquier testigo de los que me conocen: ellos le pueden

decir que soy gente honrada, y que jamás ando en los malos pasos, en ninguna cochina ratería. Por favor, por su mamacita linda, ya déjeme salir libre, porque si no, voy a perder mi chamba y me llevo la gran amolada, o a la mejor se muere mi jefa sin estar yo presente (Catalán 30-31).

El uso continuo de diálogos propicia que los textos tengan un *tempo* rápido, existe el uso de un lenguaje coloquial. En otros casos, el monólogo ocupa el espacio sin dejar de lado la agilidad de la trama:

Nadie lo vio y todos señalaron la Hummer negra sin placas que ninguno advirtió y unos miraron aunque hicieron como si no y sin embargo los conocieron cuando después de abatir a un cristiano –ignoro si realmente lo fuera– se treparon a su vehículo despuesito del acto de aligerarle un peine de Kalashnikov al hombre transparente que nadie notó aunque yo sí pero siento por dentro que no y en esa ceguera andamos incluyendo a la ley que ve y se hace pendeja al no darse cuenta de lo que todos vieron incluyéndome a mí pero si la ley es ciega yo también no sea que me pase lo mismo que al reportero muerto por un policía oaxaqueño y el mundo cambie y la Hummer negra sea la auriga del ángel que vino a someter al hombre y todo sea parejo y al verlos cruzar la esquina nadie sepa quién tripula esa nave negra de vidrios negros de donde bajan hombres negros con lentes del mismo color y armas negras como el rastro de negra sangre que dejan para que todos los veamos sin ver y al final o principio de una crónica periodística nadie sepa por dónde diablos jalaron entre la gente común y corriente



que sigue apostándole al bingo y comiendo cebollas fritas sin que nadie sepa si es que esto de saber es algo importante quién fue el hombre que recogieron los empleados de la morgue el día en que por un asunto ignorado izó sus velas por el rumbo equivocado y llegué justo en el momento preciso al lugar donde los hombres de la Hummer hicieron accionar sus armas y mataron a un pobre hombre como yo que trató de saber quién es y por qué a partir de ese día no sabe dónde está y si aún está vivo o anda perdido dentro de sí mismo y huye de ese instante con rumbo desconocido [...]

Al separarse de su esposo le vino a la mente el día del primer beso y el primer acostón en el motel de regreso de la chamba y las visitas a su casa y esa monserga de conocer a la familia y al padre que peleó en la guerra de Afganistán y regresó hablando palabras inconmensurables en árabe y con los ojos desorbitados que se la pasa bebiendo ron en el traspatio sin decir nada en realidad y tener que soportar su lejano aliento a borracho de todos los días o el besuqueo de sílabas con la suegra melosa e indecente puta que se atreve a darle consejos para la negra noche de los enamorados [...]

El amoroso antes de dejarla en buenas manos construye un puente invisible que cruza con los pasos de sus labios hasta su boca y le planta un beso frugal por el sabor a medicamentos y abluciones previas al trance por el que habrá de pasar porque una cirugía estética es una verdadera necesidad pero nadie se imagina lo que cuestan y cómo quedan después de la operación yo no diría que casi monstruosa sino que el bisturí del doctor hace una verdadera transubstanciación esotérica y en vez de una mujer blanca de cabello rubio ondulado hoy

tengo frente a mí a una papa recién sacada de la tierra por el trato hecho con el doctor previo a la cita con ella y aunque podría negarlo sólo espero con infinita alegría que no vaya a quedar mejor que antes porque ese hijo de puta con el que me engaña va a llevarse una menuda sorpresa cuando se vean en el hotel Kalinda entre la 33 y la autopista 69 donde desde hace dos años la espera a la misma hora en el mismo cuarto y ella mi esposa o la que ha dejado de ser al menos físicamente no la reconozca y salga horrorizado del cuarto y no vuelva nunca (Alanís 94,156).

Si años atrás se utilizaba la descripción como uno de los principales componentes del relato, ahora su intención ha cambiado, pero sigue teniendo importancia y por momentos se recurre a la descripción topográfica. Esta narrativa es muy vívida, cargada de emotividad. En autores como Antolín Orozco la descripción está llena de poesía, sus cuentos están impregnados de ella, ocupando un papel tan importante que la temática queda relegada:

Diciembre se alejó entre polvaredas amargas y espejismos azules, llevándose su pecado original envuelto en sábanas transparentes de tiempo comprimido y los deseos sin cumplirse de hombres angustiados y mujeres ocurrentes que lo vieron partir con su equipaje remendado, sin remordimientos. Se introdujo bruscamente en el espacio vacío de aquellas horas serenas, de los minutos inquietos, de los días luminosos y de las noches sin fin... Dejé espigas llenas, huellas imborrables, gusanos ham-

brientos, crepúsculos dormidos, chiquillos hechizados y flores en agonía.

Galopando en potros misteriosos llegaron los días de enero al pueblo de chozas aromáticas, de ríos desaparecidos y de parotas calladas extendidas al sol. Entraron por el oriente cuando un relámpago imaginario les abrió la puerta. Traían alforjas de diferentes tamaños llenas de esperanzas y amargas, que repartirían a todos los habitantes de las aldeas escondidas entre mezquites jorobados de flores tristes y el follaje de cueramos inofensivos (Orozco 53).

Los narradores se presentan en primera y en tercera persona, varias veces denotan una omnipresencia y omnisciencia; la perspectiva subjetiva abunda en los relatos. La influencia de autores consagrados se percibe, como cuando Roberto Ramírez Bravo y Baloy Mayo escriben y nos hacen recordar a Juan Rulfo:

Yo lo maté, padre. No me había hecho nada. No violó a mi mujer ni asesinó a mis hermanos, ni tiró mi troje, ni incendió mi pueblo. Como le digo, no me había hecho nada. Decirle que fueron órdenes no sería exacto. Sí nos mandaron a acabar con los guerrilleros, sí nos autorizaron a violar a las niñas, a las casadas y a las ancianas, pero yo no lo maté por eso. Lo que a mí me pasó fue más grande. Era el diablo el que hablaba y actuaba por mí. Era sólo un gusto, quizás un miedo. ¿Cómo decirle? Hasta ese momento yo pensaba o sentía o imaginaba que aquel hombre era sólo un indio, y esa palabra para mí, en ese instante, era sólo como un número, como un muñeco, pero nunca como una persona.

Y el muerto, aquél fue un muerto mío nada más, padre. Sólo mío. Por gusto, o quizá por miedo. ¿Que si me arrepiento? Tal vez, no sé. Era un indio como todos los demás. Lo encontramos en una casita de barro, sentado en la mitad de aquel cuarto oloroso a tierra. No habló ni cuando le rompimos los dientes, ni cuando se los rompí yo solo, porque aunque lo cuento en plural, nadie me acompañó en aquel hallazgo. Estaba sentado en el suelo, con las rodillas dobladas, rodeadas por sus manos toscas. Vestía de blanco y parecía un pájaro a punto de alzar el vuelo, quizás una paloma asustada. Era un viejo, indudablemente, pero no podría saberse si tenía cien o quinientos años. Sólo me miraba. Sus ojos eran inexpresivos, pero terribles por la ausencia de rencor que había en ellos; terribles porque aunque lo pateara y aunque le pegara con mi arma no dejaban de mirarme; terribles porque callaban lo que hubieran querido gritarme. Sus ojos me taladraban, padre, era aquella visión un grito pesado porque no se oía, pero entraba por mis cuencas, estallaba en mi cerebro y desnudaba lo poco que me quedaba de emociones, arrojándome al miedo, arrojándome a una maldita condenación sin sentido. Le pegué hasta cansarme, y cuando sentí su mirada fría le descerrajé un balazo entre las cejas para callar ese delirio, pero los ojos de plato del muerto seguían mirándome. Entonces grité: "¡Ya cállate, ya cállate!". Entonces me revolqué por aquel piso de tierra roja y mis compañeros pensaron que deliraba debido a la herida en el dedo. Y yo gritaba, y me arrancaba los cabellos y no podía apagar esos ojos que estaban adentro de mí. Por eso lo maté, padre. Por eso lo maté. Hace tres días ya, o un mes, o un año, no sé bien. Sólo sé que desde entonces aquel indio me persigue. Lo he vuelto a

ver en las laderas, en el hospital, en el depósito donde fueron llevados los cadáveres de los soldados para que no se descompusieran; lo veo en el espejo, siempre en cuclillas, siempre como queriendo levantar el vuelo, con una mirada que es una pregunta, que lo mismo es una condenación o un perdón; lo veo con esa baba que le salía de la boca ante los primeros golpes, y con la sangre que se le reventó en los ojos por el balazo pero que no le apagó aquellos dos círculos de pescado que tenía junto a la nariz (“Soldado” 87-89).

Está solo, piensa y mira solamente. De vez en cuando, muy de vez en cuando, endereza la espalda y pasea la mirada en torno suyo. Pero no hay mucho que ver. Sabe lo que hay aquí: polvo, cucarachas, tela de araña, dos viejos botes, herramientas de pesca, viejas y podridas, recuerdo de los tiempos cuando estaba pertrechada la embarcación familiar. Levanta pacientemente un brazo y se lleva las manos a las sienes en actitud de pensar: no entiendo, carajo, y se queda con la vista fija ante sí, contemplando el cuadro apoyado sobre la pared de tablaje. Lo ha colocado en diferentes posiciones, a varias distancias, volteado cabeza abajo y puesto a la mejor luz del día. En vano. Baja el brazo, flexiona el cuerpo para erguirse, deja la silla donde ha estado sentado y va a tomar otro ángulo todavía sin exasperar. Ahora un poco adusto: “Arte por el arte”, lee el slogan al pie del lienzo. Pero eso no le dice mayor cosa. Está parado dándose palmaditas en la cadera y con el índice derecho señala un punto determinado, y piensa: parece el trazo de un muro medio derruido, al estilo del Partenón, flanqueado por palmeras que agitan el aire, cielo de color violeta y

fondo de un verde tardemar... ¡Joder!, qué derroche de imaginación (Mayo 16).

[...] Baja la mirada, sintiendo el peso de un complejo de culpa, y piensa: qué está pasando, quiere abrir, qué pasa, y escucha que el vecino va avanzando dentro del cobertizo, escucha que el vecino pateo tierra, y la tierra arenosa salta en pequeñas rachas; mejor me voy a casa, no puedo quedarme parado aquí, ni sentado, no puedo dejar que el vecino me vea ahora, pero el cuadro tendrá que quedar aquí solo. Se ha sentado, pero inmediatamente después se levanta, coge una cachucha descolorida de un gancho que se mete como sea en la cabeza y sale. Comienza a tomar el camino, sube la pendiente, desde el altozano vuelve la vista y piensa: allá está el cobertizo y el cuadro dentro, mejor no volteo ahora, me estará mirando ahora el vecino, habrá sido una tontería de repente, ¿comprar un cuadro?, y el vecino, ¿no estará ahí el vecino? Me habré equivocado de repente, ¿por qué tendría que entrar? Camina y después de andar unos pasos se detiene, pero no vuelve la vista, piensa: no creo que el vecino haya visto el cuadro, será por tanto pensar el asunto, maldito asunto; ay, mi madre, la vieja estará esperándome para darme de comer, y retoma la marcha con la cara en dirección a su casa, y piensa: ya no estoy tan joven, por supuesto, pero todavía puedo cargar con un cuadro, tampoco tengo tanta dificultad para respirar, va bien esto, estoy derecho como poste de telégrafo, a pesar de los años [...] (17).

[...] Sus ojos tropiezan con la figura del vecino aparado en mitad del zaguán, y piensa: ahora que yo dejé el cuadro allá en el cobertizo, pero como había supuesto, no va, porque... no entiendo, no debí comprarlo. El vecino

tiene el cuadro entre sus manos, un poco recargado sobre el pecho. Con cierto disimulo, él mira a uno y otro, y piensa: ahora sí... lo supuse pues, debería haber cavado un hoyo y allí enterrarlo, ese maldito cuadro, confeccionado por un pobre diablo borracho o toxicómano, qué sé yo. Ahora pone sus ojos en la cara del vecino, y piensa: carajo, no tenía que haberse molestado trayéndolo hasta aquí, espero que no esté ofendido, vecino, debí cargarlo... le interroga con los ojos y, el otro, con una mirada parece decirle: este cuadro del demonio no vale para nada. Levanta los brazos y lo deja caer contra el suelo donde estalla el marco en varios pedazos. Una astilla se va a hincar en la carne de su pie derecho, sangra, siente un gran dolor, y piensa: no sé, todo esto ha sido tan confuso, tan inesperado, como un sueño desastroso. Es una suerte de final de pesadilla, ve cómo una noche negra empieza a engullir la figura del vecino hasta que desaparece... Pero al momento olvida el incidente, sin concederle un pensamiento (18).

Han dejado atrás el regionalismo, y el estudio profesional se deja sentir. En otros escritos, el juego de la narración activa la trama y propicia que los narradores se diversifiquen para rebasar los límites de la omnisciencia: aparecen narradores con una mirada objetiva y una perspectiva que se adecuaba a los personajes:

Por eso Atalo Francisco no se dio cuenta de los cambios producidos en su casa. No vio el reacomodo de las camas, ni el patio limpio, ni los trastos de cocina lavados y ordenados, ni se preguntó de dónde salió la carne para desayunar, ni quién hizo el almuerzo; no percibió el aroma

de las plantas recién regadas, ni escuchó el monólogo del niño con sus juguetes, ni sintió la nueva suavidad de las sábanas y el colchón bien sacudido. Aunque siempre los tuvo enfrente, al abrir los ojos en la medianoche no descubrió los otros ojos insomnes, luminosos, que, desde la otra cama melliza, alertas y sin movimientos, lo estaban observando.

*Amé tu boca cuando dijo mi nombre. Cuando nombré las cosas sencillas de este mundo y cuando pidió misericordia para los desamparados; cuando se alzó en la protesta y cuando defendió lo para todos indefendible, entonces yo amé tu boca.*

*Amé tus labios grandes, sensuales y tiernos; amé el sudor convertido en perlas minúsculas abajo de tu nariz en las tardes calurosas, y el calor que antecede la cópula de nuestras dos bocas besándose.*

Alicia fue de las primeras en presentir los cambios cuando vio que en la casa de madera ubicada junto al arroyo viejo llegaron las mariposas y los conejos empezaron a multiplicarse. Primero había sido algo como un rumor, un hecho insólito sobre el cual le era difícil articular una explicación, pues no es lo más común ver salir a los conejitos debajo de las piedras como si existiera un manantial de orejones.

Después quedó maravillada ante la inexplicable multiplicación de los animales que brotan de madrugada por los huecos de la tierra y del muro de piedra seca, y se iban corriendo por el arroyo, lejos, hasta perderse entre los patios vecinos, o bien se quedaban en la misma casa, domesticados de nacimiento. Las mariposas llegaron una tarde como una nube y se estacionaron en el tamarindo

del patio, desde donde hacían tronar sus alas con la reverberación del sol (Ramírez *Las pausas concretas*, 33).

“Tú me hablabas de tu papá como de alguien maravilloso que te cuidó de niña, te dio su amor y su protección y te enseñó a mirar el mundo. Pero yo, mamá, ¿a quién puedo nombrar con esas cuatro letras mágicas para que me dé su mano? ¿A quién puedo decirle papá cuando tenga miedo, quién me enseñará las cosas buenas y las malas de esta vida? Tú me cuentas de mi abuelo, me hablas de cuando te llevaba por los montes donde creciste y los perros se te iban encima, cómo él te levantaba y te apretaba en sus brazos y te decía: ‘no tiembles, no te va a pasar nada, aquí está tu padre para cuidarte’. ¿Y el mío, mamita, dónde está, dónde está mi papá para cuidarme? ¿Dónde está para decirle que yo también tengo miedo y que sin conocerlo lo extraño, y lo necesito, y quiero jugar con él, subirme en su espalda y me enseñe a ser un hombre y a jugar las culebrinas y a pelearme con los otros niños? ¿Por qué yo no soy un niño como los demás, con un padre y madre, con regaños y abrazos, en lugar de silencios y de olvido? Tú me has dicho que papá murió un poco antes de nacer yo, de muerte fea, ahogado en un río, sin nadie para encontrar su cuerpo ni volver a verlo, y en el fondo así lo siento: es como si no se hubiera muerto, como si sólo se hubiera ido, como si solamente nos hubiera dejado a ti y a mí en la orfandad. ¿Dónde está mi papá, mamacita?’ ” (48).

El pueblo, loco ya desde los primeros cuentos, no encontró la forma de responder los primeros cuentos, no encontró la forma de responder a los fenómenos desconocidos. Conejitos, mariposas, niebla, borrachos y dementes por todas partes, terminaron por desquiciar

la tranquilidad de las familias. En el atrio de la iglesia, un hombre asesinó a su hermano y luego se tiró desde el campanario, pero sólo consiguió romperse los pies y ser encarcelado. Un periódico de Acapulco publicó una extraña fotografía donde una nube de pájaros negros acompañaba al féretro del muerto en un sepelio lleno de niebla. En una casita del rumbo de la laguna, una puerquita que hasta entonces había sido feliz compañía de unos niños dio a luz a un ser mitad gato y mitad marrano (39).

—¡Es la literariedad! —dijo, casi gritó, Agripino.

Más bien gritó, casi dijo. El golpe del puño sobre la mesa de lámina estuvo a punto de tirar las demás cervezas.

—¡La literatura debe trascender al mero testimonio, a la función descriptiva del discurso, es decir, a la realidad de lo contado, pues reducir el discurso narrativo a la mera historia es quitarle mucho de su riqueza literaria! —agregó.

Junto a él, como todas las noches de los sábados, estaban Anastacia, Humberto, Ludovico el árabe, Gregorio, Citlalli y Rutilio San Andrés, a quienes llamábamos entonces, unos con afecto y otros con una expresión no exenta de sorna, los santones de la literatura en Acapulco. Otros no habían asistido al taller y unos más se habían retirado (42).

Estamos ante una idea de nacionalidad forjada a través de la vida diaria, con la violencia como un eje importante que define la trama y el lenguaje, acompañada de técnicas narrativas que agilizan la historia y que dan cuenta de un trabajo profesional. Los narradores se han perfeccionado y el regionalismo ha sido superado.

Podemos decir que nuestra literatura comparte temas y estilos con la del territorio nacional:

“Robar a los padres no es realmente robar”, piensa el joven Alex Rocha, ya decidido a cometer el acto delictivo, “sino adelantar en parte la herencia que a los hijos les corresponde; no se trata, pues, de un robo, sino de un anticipo”. Las manos no le tiemblan: tiene la certeza de que no será descubierto. Su paso es firme, como el del ladrón que conoce palmo a palmo el lugar en el que ha de efectuar su fechoría. Y, en efecto, así es: ningún sitio conoce mejor que esa casa, testigo de sus primeras angustias y cómplice de su primer y último latrocinio.

Sabe que a esa hora la servidumbre se ha retirado al área que le corresponde; sabe que sólo faltan veinte o treinta minutos para que su padre regrese del club. Veinte minutos en que, si quisiera, podría contribuir en mucho a la ruina de la familia (intuye que no es cierto, que deben tener más dinero aparte de las joyas, la casa y los ingresos de su padre, aunque nunca se haya tomado la molestia de averiguarlo). Sabe que en veinte minutos puede empezar a construir una pequeña fortuna; y, sin embargo, ¡cuán lejos de eso están sus intenciones! Lo único que pretende es sobrevivir, satisfacer su hambre y (¿por qué no?) algunos caprichos. Está en su pleno derecho, sigue repitiéndose mientras asciende la descomunal escalera y penetra en la espaciosa y confortable recámara de la autora de sus días.

Abre las puertas del ordenado closet sin que se produzca el más leve rechinado. Ahí está el cofrecillo, cuya llave no tarda en encontrar entre un frasco de perfume y una bombonera que contiene objetos de menor valía. Lo

abre y de pronto la duda se apodera de su alma: los ojos de su madre lo miran fija y escrutadoramente desde el retrato engarzado en un fino pendiente. Con filtro difusor vemos el brillo que despiden las joyas de incalculable valor. “Nada de cartesianismos en este momento”, se dice, “el buen golpista debe ignorar la filosofía”.

Sus manos entran en cuadro y se apoderan de todo el contenido: varios pares de aretes, collares, prendedores y anillos.

Después, lo que sucede posteriormente a los grandes y pequeños hurtos: la huida apresurada y temerosa del ladrón, la culpabilidad de los criminales que lo obliga a voltear constantemente hacia el lugar de los hechos para ver si alguien llega o lo sigue. Nadie. Apresura aún más su paso cadencioso hasta doblar en la esquina. Luego, corre hasta la avenida más próxima, donde aborda un taxi. Respira libremente: ha conseguido comprar un poco de libertad y felicidad para él y el detective Axel Romero, el del estilo barroco y ojos azul añil (Zapata “Melodrama”, 3 y 4).

Sin duda había recibido un buen obsequio por su graduación de secundaria: un vistoso reloj. Y eso porque a última hora se había animado a decirle a su vecino que fuera su padrino y lo acompañara en la ceremonia. Y, a pesar de que se iba de viaje al día siguiente, había aceptado con facilidad. Tal vez porque no se había podido negar o simplemente porque lo apreciaba; aunque detestaba los compromisos sociales.

Cuando fue por su regalo le dio un chocolate con el que empezó a sentir que se le entumían los labios y comenzó a adormecerse: “Sirve para anestesiarse con

rapidez”, alcanzó a oír. Cuando abrió los ojos tenía el reloj puesto. “Este no es un reloj cualquiera, muchacho. Cambiará tu vida, ya lo verás; dejarás ese desorden en el que vives; te convertirás en alguien eficiente. A este reloj no necesitas cuidarlo, más bien él se hará cargo de ti”. Sonrió, pensó que a su vecino le comenzaba a patinar; vivía como podía y, por sólo saber la hora, no veía en qué cambiaría su existencia. Siempre le había insistido en que los fines de semana, cuando no iba a la escuela, se levantara a la misma hora y se fuera al taller. Y aunque le gustaba aprender, no por eso se iba a levantar temprano, sobre todo si se desvelaba por estar con los amigos o por salir con la novia. No era algo a lo que estuviera dispuesto a renunciar; además, pensaba que por las mañanas no había mejor ejercicio que dormir, siquiera un par de horas más (Solís “Caballos desbocados”, 72-73).

[...] Después de ésa su primera parranda autorizada se había dormido con el reloj puesto. Todavía amodorrado, trató de quitárselo, pero no supo cómo hacerlo; no le había preguntado de qué manera destrabarlo, aunque, ¿quién pregunta cosas tan obvias? Se extrañó de haberse despertado a las seis de la mañana, se asomó por la ventana, vio que su vecino estaba acarreando cosas a su vehículo. Se saludaron con un gesto. Después de darse un baño salió a ayudarlo. Su padrino le dio una palmada en el hombro: “Vaya, está surtiendo efecto ese reloj, lástima que no me hicieras caso antes”. Le preguntó cómo quitárselo. “Vamos, si te lo pones y te lo quitas tan prematuramente no te dará resultado. Debes tenerlo el tiempo suficiente para que se integre a ti; deja pasar siquiera unos días. Para quitarlo sólo tienes que pensar en ello, es receptivo a los pensamientos. Además no pesa y

no le afecta el agua ni el jabón; tampoco te hace ningún estorbo, ¿o sí?”.

Acabaron de subir las cosas a la camioneta y se despidieron con un fuerte abrazo. Viajaría fuera del país; con su camper se podía instalar en cualquier parte. Quedó en llamarle. Abrió la ventanilla para decirle que no le moviera nada al reloj: “Ya está programado y podrías alterar su sistema y cambiar su ciclo”.

Curiosamente ese día sintió hambre a las tres de la tarde, la hora de la comida según su vecino. A él en ocasiones le daba hambre temprano; otras veces, la comida y la cena se le juntaban; no tenía un horario para comer. Fue a visitar un rato a su chica y pronto se despidió; saludó a sus amigos de lejos. Arregló su cuarto, cenó y a las diez de la noche sintió sueño. Al otro día volvió a despertar a las seis de la mañana. Pensó si no se había sugestionado con lo que le había dicho el inventor sobre el dichoso reloj. Intentó volver a la cama, pero su cuerpo le pedía actividad. Se bañó y, ante la sorpresa de su madre, se acomodó con hacer arreglos en la casa. Sus amigos pasaron por él, le reclamaron el que no les hablara el día anterior y lo invitaron a una fiesta por la tarde. Se justificó diciéndoles que necesitaba buscar otro trabajo. Los muchachos se fueron disgustados con él. Ese día no visitó a su novia. Así pasaron algunas semanas. Él consiguió empleo en una carpintería a la que asistía muy temprano y por las tardes leía, preparándose para el examen de admisión de la preparatoria. Se había alejado de sus amigos y de su novia. Su madre le preguntaba si se sentía bien, pues lo notaba muy cambiado. Antes era bromista y despreocupado. Ahora parecía estar constantemente ocupado y solo.

Era como si otra personalidad angustiada por administrar bien su tiempo lo suplantara (74-75).

[...] Nuevamente inició su meditación: se visualizó libre. Le dio vueltas a la perilla esta vez hacia la izquierda, tratando de encontrar la clave secreta que lo liberara del reloj, hasta que sus dedos se cansaron de manipular. De pronto su cuerpo se convulsionó, sintió que la ropa le apretaba, le pareció que su cuerpo alcanzaba su máximo desarrollo. Le creció el cabello, le brotaron bigotes y le creció la barba; intentó regresar la perilla del reloj, pero notó que ésta había enloquecido y seguía girando hacia la izquierda. Su piel se volvió seca, flácida y comenzaron a aparecerle arrugas; su cabeza se llenó de canas, el corazón se le aceleró, sus dedos no lograban detener la prisa por llegar a su fin. Quiso regresar a esos días despreocupados de amigos y de novia, pero todo era vértigo; el reloj y su corazón eran caballos desbocados que corrían sin control (76-77).

Existen temas variados en la narrativa guerrerense. Entre ellos está la política. Se trata de una política enmarcada en la poesía. También se habla de denuncia al mostrar la manera de ejercerse. Las muertes ocasionadas por las ideas políticas siguen suscitándose. Pero también está presente la otra cara de la moneda cuando se describen escenas que están próximas a la realidad, como sucede en el cuento "Puerto light" de María de los Ángeles Manzano:

Había regresado hecho un hombre de treinta años, con ansias de poder y decidido a todo. En los últimos años sólo había venido de vacaciones con la familia, pero sus

ojos estaban puestos en la gran capital, en su círculo de amigos, en sus grandes planes. La bahía de Santa Lucía le parecía estrecha, chiquita, con esa pequeñez que sólo existe cuando se tiene juventud y una ambición desmesurada (*Poetas y narradores* 10).

[...] Su proclividad a lo exquisito fue lo que más lo alejó de su familia y de su puerto; ahora sí lo podía decir con todas sus palabras, su puerto. Augusto, en silencio, avanzó al balcón mientras la brisa le evocaba las palabras de su amigo; esa brisa que secó el sudor de su frente, como cuando jugaba fútbol en la playa, y ahora como entonces sudaba a mares. Recordó una a una las palabras de Celedonio Salas recorriéndolo como un tropel de flamas, de bolas calientes que juntaron su pasado con el porvenir en un presente tan de repente. Augusto seguía sudando, tal vez con el mismo sudor de una infancia en el trópico, con el mismo sudor que cuando restableció el orden a punta de balazos y tuvo que levantar actas falsas y desaparecer cuerpos de jóvenes estúpidos que así porque sí se dejaron matar por una babosada. Ese sudor que antecedió a la noche en que reconoció en el cuerpo del otro el término de su búsqueda interna y el desembarco en una tierra cuyas texturas, formas, valles, prominencias, cañadas, climas, no se parecen a la tierra que le enseñaron desde chiquito (13).

El sonido de celulares, de guardias que corren a pasos gigantes, de perros que ladran anunciando que ya no iría a la reunión con el presidente, porque ese mismo día, al salir de su oficina, bastó un zumbido, una nota musical mal puesta, una sombra con ojos, manos, calor, piel, que se acercó al automóvil que él mismo conducía jubiloso. Terminaba el sueño que tuvo su madre cuando se acercó



al balcón de la casa desde donde se veía el resplandor de la bahía, semejante a aquél en que caminó por la playa mientras recordaba el calor de Mercedes.

Era otro calor, un calor frío, helado, inmóvil. Un calor que paralizaba sus manos, su cuerpo, su cabeza atravesada por la bala; un calor que atravesaba su columna ensangrentada, y un calor que le mantenía los ojos desmesuradamente abiertos como quien contempla la huida, las alarmas de la Cruz Roja, el timbre de los celulares, los gritos aterradores de los testigos, los pasos asustados de los curiosos y el ruidoso mundo de allá afuera (14).

Otro ejemplo es el que proporciona Andrés Acosta en “Desarrollo sustentable”:

Estábamos a punto de entrar en el primer mundo, cosa de dos o tres años, según observó el presidente de la República; tan sólo hacía falta resolver algunos presupuestos sin los cuales no se puede pertenecer a él.

Lo principal era combatir a la delincuencia, porque ninguna nación que sea considerada en verdad del primer mundo debía tener indicadores de criminalidad tan altos. El gobierno comenzó por lo palmario, y las aprehensiones se propagaron en las ciudades principales, en particular la capital del país; cualquiera lo recuerda, las estadísticas se abatieron en pocos meses: fue sencillo organizar redadas en los barrios difíciles y obtener presas suficientes para comprobar la lucha contra el crimen (5).

[...] El gobierno decidió expropiar los terrenos circundantes a las cárceles para recorrer las bardas, y las familias afectadas por la medida emigraron, en su mayoría, a zonas rurales; de esa manera el entorno penitenciario se

duplicó y el territorio de los de afuera sufrió un menoscabo que se consideró microscópico dentro del contexto de la enorme ciudad (6).

[...] La propuesta de nuestro lado surgió: “yo lo que creo es que el tumor creció demasiado, le permitimos que se convirtiera en un monstruo, y si me preguntan qué se debe hacer en estos casos, la respuesta es de lo más sencilla: extirparlo antes de que acabe con el organismo del cual vive a sus anchas”, aseguró un funcionario público.

Aunque hubo consenso general y la resolución para extirpar el tumor, utilizando cualquier medio, una cirugía pacífica o una amputación intransigente, la fortuna giró antes de que pudiésemos hacer algo: llegaron los tiempos en que los de afuera tuvimos que implorar recursos a los de adentro. Ellos contaban con las presas para generar energía, con campos para sembrar, y nunca antes los bienes de la nación rindieron lo suficiente para que a nadie le faltara energía eléctrica o alimento.

Como en una especie de juego de monopolio, y cuando ya fue tarde, nos percatamos de que habíamos perdido la partida. Las piezas principales habían pasado a manos que las aprovecharon mejor. Dejamos pasar de largo las segundas intenciones biológicas de lo que pensábamos un organismo primitivo. Los términos afuera y adentro ya no tenían el mismo sentido.

Hoy en día aún no pertenecemos al primer mundo; y, la cárcel, ahora la habitamos nosotros. Muchos hemos pensado emigrar para el otro lado, pero allá no admiten a cualquiera [...] (9).

“Una perra brava” de Offir Damián Jaimes es un relato con temática netamente política donde se hace pre-

sente la violencia –tal y como lo podríamos imaginar–, pues, como bien sabemos, las elecciones siempre desembocan en un ambiente tenso, lleno de anomalías, en donde la única afectada es la sociedad misma. En el transcurso de la campaña política para elegir al nuevo presidente municipal, ésta de pronto tiene un tono agresivo. Ambos candidatos, Rubén y Tomás, hacen de todo para acaparar el mayor número de simpatizantes y así ganar la presidencia, sin mencionar las arbitrariedades que están dispuestos a cometer.

Durante las elecciones, una serie de altercados se hace presente, pues en el preciso momento en que éstas se efectúan, se avisa que en uno de los pueblos hay discrepancias, por lo que Nicolás, el protagonista, y demás funcionarios se trasladan a Tziringa, en donde encuentran, justo en el centro de la cancha de basquetbol, frente a la comisaría, un cuerpo tapado con un rebozo y un charco de sangre a su lado. Esta, sin duda, es la muestra más clara de violencia que, desafortunadamente, deriva en la muerte.

Se trataba de Javier, el representante de Tomás. Infinidad de habladurías se hicieron presentes, como el que esa mañana había llegado el muchacho a las siete en punto y, cuando todavía estaba oscuro, se dirigió a la comisaría a esperar, lugar al que llegó Tulio Carlos, un barrendero municipal. Fue entonces que se hicieron de palabras y éste lo mató a machetazos.

El joven maestro normalista que se encontraba haciendo sus prácticas en el pueblo y que había sido elegido como representante de casilla fue envuelto en un pleito de borrachos, es lo que argumentaban los adeptos políticos; sin embargo, Nicolás no evadía la

verdad: el joven se había interesado por el proyecto del candidato y su simpatía lo había llevado a ese trágico fin.

En este marco, la violencia es parte activa de la estructura social; no es sólo un instrumento o medio de lucha, sino, sobre todo, un modo de conflicto, de violencia, de muerte.

● Tiene un narrador omnisciente que está en tercera persona y domina la totalidad de la narración. Su conocimiento de los hechos es total y absoluto. Sabe lo que piensan y sienten los personajes, sus sentimientos, sensaciones, intenciones, planes: “En el momento que despertó, Nicolás sintió un fuerte ardor en los ojos. Unas dos horas antes había llegado a su casa, y desveladas de días anteriores cobraban sus honorarios en esa mañana”. Su lenguaje es coloquial, pues es la forma habitual de expresión de la mayoría de los hablantes, se plasma tal y como brota, de manera natural y espontánea, como el de la conversación diaria:

- Martín bajó la vista y habló.  
 ● – Oye, Nicolás, estos *cabron's* ya se tardaron.  
 ● – No será la primera vez... ¿Qué marca la convocatoria para casos como éste? Contestó con cierta ironía.  
 ● – No... No marca nada. Hay que esperar. Hay que seguir lo que marca la convocatoria, esperar a que se instalen todas las casillas y comenzar a sesionar. Si hay *pedo*, pues habrá que ir y resolverlo. A todos nos conviene sacar bien este [...] (15).

La temática da cuenta de agresiones, injurias, política, arbitrariedades y violencia.

Es un texto que está lleno de descripciones, evoca lugares y personas, tal es el caso de la etopeya, por ejemplo:

Sólo eran personas que disfrutaban la cercanía al poder y sus principios eran lo que menos importaba. Se limitaban a levantar la mano después de un acuerdo, propuesto por el profesor Inocente. Se reducían a observarlo y a asentir cuando él asentía, y a negar cuando él negaba, sin gesto ni palabra alguna, sólo moviendo la cabeza, y ocasionalmente emitían algún pujido (15).

Asimismo, la topografía se hace presente al describir lugares:

Tziringa, una comunidad alejada, sumida en la marginación y la miseria. Era el bastión de Rubén. Se desviaron por una vereda. Al llegar ya se encontraba ahí Martín y toda la comisión. En el centro de la cancha de basquetbol frente a la comisaría se encontraba un cuerpo tapado con un rebozo y un charco de sangre a su lado (16).

La narración utiliza un tiempo lineal en el que la trama principal ocurre en el lapso de un día, relatando o bien efectuándose cada acontecimiento de manera cronológica. Sin embargo, la historia dura una semana; además, el cuento está inserto en un espacio atemporal o incierto, es decir, en un pasado impreciso: una época que no se puede determinar de manera exacta, sólo el tiempo, es decir, las horas:

Con dificultad, tomó su reloj con carátula de *Micky Mouse* y al ver la hora casi dio un salto de la cama; eran las siete y cuarto.

[...] En ese momento eran ya las diez de la mañana, un coordinador electoral de casillas previamente nombrado, pasó a informar a la oficina que todas las mesas de votación estaban instaladas.

[...] Una semana después, Tomás llamó por teléfono a Nicolás; le ofrecían la presidencia del partido y que pusiera a su antojo el consejo, las candidaturas de la sindicatura y la suplencia a la diputación local, esta última para Nicolás.

Otros textos remiten a una vida cercana a las tradiciones, a las creencias del pueblo guerrerense, como las historias "La tigre", de Ángeles Manzano, y *Al abrigo del viento* de Victoria Enríquez, donde la magia y la hechicería, arraigadas en los pueblos costeros, han dejado su impronta en los seres que los habitan, como al hablar del tono o de la sombra que acompaña a los individuos cuando nacen, aseverando que cada quien tiene los suyos:

Dicen que cuando nació, sus parientes la sacaron de noche a un cruce de camino, donde estuvieron esperando a que pasara un animal, hasta que se arrimó un tigre y la lamió: ése fue su tono, tono de tigre tendría a partir de esa hora. En la ceniza dejó la huella de su garra (Manzano "La tigre", 15).

Hasta que por fin, un día, llegó Ocho Temblor Cabeza Rapada, y con él venía una niña muy bella que había

tomado como tributo en uno de tantos pueblos que había sometido a su ira y a su poder; ese pueblo se llamaba La tierra de nadie. Hija de rey, la joven princesa no sabía hacer nada, no tenía defectos y no tenía virtudes, y todas las tardes al ponerse el sol lloraba por su pueblo perdido y, chupándose el pulgar, pedía que le trajeran a su mamá.

Pronto, las otras nueras se llenaron de envidia al ver que Ocho Temblor no había aportado nada con la adquisición de la joven princesa, y comenzaron a llenarle la cabeza de punzantes y venenosos pensamientos a la suegra quien, para consolar a la princesita, se la pasaba inventando atoles, ya de calabaza tierna, ya de frijol, de nixtamal martajado con ciruelas, o con frutilla de guamúchil, y ya no les ayudaba en sus trabajos. Por fin de tantos chismes, lograron el favor de su atención y así juntas comenzaron a espiar a la niña.

Una noche de luna llena la siguieron hasta un estanque y en un abrir y cerrar de ojos la perdieron de vista. Sus lenguas llenas de mañas comenzaron a decir que la niña era una nahuala de malos poderes. Tal vez habrían descubierto que aquella niña tenía el poder de convertirse en rana. Pero un día de éstos, los maridos inquietados por Ocho Temblor decidieron ir a buscar a un brujo, que Ocho Temblor había conocido en La tierra de nadie, y de quien se decía que se sabía que tenía el poder de hacer reverdecer las ramas secas y convertirlas en maíz. Y con ese sueño de cosechar sin haber sembrado, tomaron el camino de la tierra de los pájaros de mil colores y se fueron a perder más abajo, donde el gran bosque de los venados se mete en la mar.

La suegra sintió compasión por la jovencita que cada día era más bella, y que ya sin la protección y los mimos

del terrible Ocho Temblor Cabeza Rapada, que la amaba tiernamente, sufría los desprecios de sus cuñadas. La llamó Joó boo y entonces se le ocurrió hacer una competencia entre las nueras a ver quién era capaz de hacer la tortilla más delgadita y más sabrosa. Y les dijo a sus nueras que le hicieran una tortilla delgadita como el papel; la que lo lograra, recibiría una sorpresa. Por más esfuerzos que hicieron, las tortillas salían gruesas y mazacotudas, quemadas de un lado, crudas por el otro. Una noche la muchacha que era ranita le pidió a su varita mágica: ¡Varita, varita! ¡Que yo haga una tortillita como un papel, muy delgadita!

Y así aquella ranita convertida en una joven bonita se levantó con las otras dos nueras, que eran la tuerta y la manca, y se pusieron a hacer las tortillitas. La ranita agarró una bola de masa y empezó a hacer su tortilla delgadita, ¡delgadita como un papel! Entonces la señora su suegra la abrazó y le dijo que desde ese momento la defendería de las maledicciones de sus otras nueras, y la joven princesa por fin tuvo un quehacer, y esperando a los que se fueron, las cuatro fueron muy felices. Y en las noches de luna aquella princesita sin reino siempre se convertía en ranita y se sentaba en la orillita de cualquier charco a cavilar sobre su suerte (Enríquez *Al abrigo del viento*).

“El alma que venía a dejarle un real a su mujer”, de Miguel Ángel Gutiérrez Ávila, es un relato que pertenece a la tradición oral. Cuenta que hace muchísimos años una mujer quedó viuda, y desde entonces el alma de su esposo le pide permiso a Dios para visitarla; Dios le concede hacerlo cada viernes y lunes. La primera

vez que viene a visitar a su mujer, ésta se espanta y le pregunta la causa de tal acto; él le responde que desde el más allá ha contemplado que se encuentra sola sin que nadie le ayude, por lo cual cada vez que viene le trae un real para que se mantenga. Después de haber ocurrido este primer encuentro, el alma se va al lugar que Dios le ha concedido en el cielo, su mujer va a confesarse con un cura, quien está interesado en conquistar a la viuda, y ella le comenta lo que ha pasado con su difunto esposo; el cura, muy sorprendido, le pide a la mujer que cuando venga otra vez el alma de su esposo le pregunte que si es pecado vivir con un primo; a la siguiente semana vuelve a venir el alma de su esposo, le da un real y antes de que se vaya la mujer le pregunta que si es pecado vivir con un primo, el alma le responde que sí pero que se puede, otra vez la señora va a confesarse con el cura, éste le pide la respuesta a la pregunta anterior, ella le contesta que es pecado pero que se puede. Después de tanto insistir, el alma de su esposo le da permiso a la señora para andar con el cura, la mujer se va a vivir con éste, pero después de un tiempo ella vive pasando miserias y hambres, todo lo contrario de lo que le prometió el cura, quien le ofreció una vida llena de riquezas. Al final el alma del difunto sigue asistiendo a ver a su esposa sin que ella se dé cuenta, sintiendo pena pues la ha visto hambrienta y llena de harapos.

Este género narrativo se mantiene vigente a través de la oralidad, se puede considerar como un relato porque posee los elementos esenciales: personajes, introducción, nudo y desenlace, espacio y narrador. Los personajes de esta historia son el alma del difunto, la

señora y el cura. Existe un narrador, que es omnisciente; el tiempo gramatical de la narración está en presente, en tanto que el de la historia está en pasado; los espacios son: la casa de la mujer viuda, el confesionario y la calle. El lenguaje es el apropiado de la gente de la Costa y presenta humorismo, por su tono y modo de narrar. Los recursos estilísticos utilizados son el diálogo y en menor parte la descripción. Los personajes son sencillos, la mujer se muestra como una mujer inocente y a la vez infiel; el esposo, como un ser preocupado y amante de su esposa. A partir del argumento, y aunque no es cuento sino un "chilito",<sup>1</sup> existe cierta crítica hacia la sociedad: el sacerdote no debe unirse con una mujer y tener relaciones carnales, empero en el relato sí sucede ese acto. Hace ridiculizar los malos actos con una especie de ironía. La narración es de autor anónimo.

La temática es la mofa de la mujer, la fantasía, la violación de las leyes representada por el cura:

Dicen que había un señor que vivía con su mujer, y ese señor poco tiempo después murió y quedó sola su mujer. Entonces su alma se fue 'ontá Dios y cuando su alma llegó, ontá Dios dicen que le dijo:

—¡Dios mío, yo dejé una mujer y a esa mujer no hay quien le dé, no hay quien la mantenga! ¡Sólo yo la mantenía!, y usted ¿por qué me mandó traer?

<sup>1</sup> Se distingue por su extensión y estructura. Su objetivo es hacer reír al auditorio. Está ligado a una estética de la brevedad. Por su forma se asemeja a los cuentos sencillos. Los temas generales tratados son la tontería, el engaño o el adulterio. Cfr. Miguel Ángel Gutiérrez Ávila. *Amate*, núm. 14. 1998, pp. 39-40.

Entonces le dice Dios Nuestro Señor:

–Mira, todos los viernes y los lunes tendrás que ir a visitar a tu mujer...

Le dio permiso todos los viernes y los lunes [...]

Pero en aquella ciudad había unos curas, siete curas, y esos curas, dicen, pretendían a la señora cuando iba a la iglesia...

Así es que se fue el alma y ella se metió con el cura.

Así es que pensó estar bien y está mal, porque está más pobrecita que yo, y ahí está, la vi antier en Cuaji, ahí está en Cuaji [...]

Y entro por un callejón

y salgo por otro,

para que me cuenten otro [...] (Gutiérrez 35).

Otros escritores quieren dejar su huella biográfica en el papel, pero sin que ello conduzca a una biografía con todo el valor de la palabra. El tono poético predomina y se advierte una escritura de mujer muy marcada con temas como la soledad, la necesidad de tener a alguien cerca, una compañía, un amor que arrebatara:

Me siento feliz de tenerte cerca. De sentirte tan dentro como la sangre tibia. Te deseo ahora. No es que quiera aprisionarte en las jaulas de un amor posesivo. A veces te necesito ya, de inmediato. Como una asmática agonizante que requiere oxígeno de urgencia. Ven, quiero entregarte la fiebre de mi tiempo, ésta que habita aquí, justo aquí dentro (Salinas "Profundo terciopelo", 2).

La memoria ocupa un lugar importante en las escritoras, no importa que hayan nacido en épocas pasadas o que sean contemporáneas, y así observamos el recuento de tiempos pasados transcurridos con la familia, lo cual constituye otro elemento denotativo de la escritura femenina, que es parte de la cotidianidad:

Su imagen de esa noche quedó grabada en la memoria de mamá: "Me parece verla todavía con su vestido de organza color rosa, adornado con listón de tonalidad más fuerte, una guirnalda de flores en su cabello castaño. Era muy bonito, y vestida así resaltaba su piel blanca y sus ojos color miel (Solís "Los regalos", 34).

A mí me gusta que llueva, porque nadie sale de sus casas. Así se acostumbra aquí en la isla, donde es muy raro el llover, y sólo en lo que llaman equipatas, en el invierno, y en los huracanes del verano es que las plantas y los árboles renacen, crecen y crecen hacia arriba y hacia abajo, como ahora, y los animales vuelven a tener alimento suficiente. Pero a veces pueden pasar años sin que caiga una gota de agua. El desierto que la rodea y la une con el mar es tan grande que puede llover en una zona tres temporadas seguidas y en la otra seguir seco diez años. Así es por acá, a diferencia del pueblo de mis padres, que era todo verde, según ellos, todo verde, y el tren era de los normales, de esos largos que van sacando una gran columna de humo desde la locomotora, con sus rieles interminables, cruzando puentes de ríos caudalosos y grandes valles que son como jardines. No como aquí, pues el tren era muy pequeño y apenas iba de los últimos tiros a la trituradora, entre cardones y cerros pelones la

mayor parte del tiempo. Por eso me gusta que llueva, porque reverdece todo y eso aliviana en la soledad.

Y como la gente no deja sus casas hay tiempo para salir a deambular, a reconocer lugares, a pedir aventón con mayor tranquilidad. Por cualquiera de las dos entradas el pueblo es bonito, no lo vamos a negar. Si se viene desde el norte aparece de pronto, como un espejismo en el desierto, luego de una curva de la carretera. Yo lo he visto cuando vengo entre los pasajeros o sólo con el conductor, casi sintiendo sus palpitaciones, y noto que cambian de semblante al tener frente a sí la imagen, como enigmática, como de cuento, como de leyenda como el retrato de sepia de un pedazo de historia (Villanueva 88-89).

[...] Nosotros, los de ahora, que vivimos del puro recuerdo pero que en todos estos años de convivencia en soledad hemos aprendido a conocernos, ya no encontramos diferencias. Pero es la misma intemperie del recuerdo la que nos carcome igual que a la torre de ladrillos y al teatro y a las ruinas, así como amenaza con tirar el puente que une a las distintas secciones del pueblo, incluso a los tres panteones. Este puente es nuestro lazo con la realidad, porque ahora somos uno solo. Si se llegara a romper, como resultado del transitar de los automóviles lujosos de los turistas, de sus autobuses, entonces sí estaríamos bien muertos, y todavía más si se nos cae nuestra torre, que es como la estructura de esa identidad de la que hablamos. Por eso vamos a proponer a los comités que promueven el turismo que salven, antes que nada, nuestro puente y nuestra torre y con ello nos protejan a nosotros (94-95).

[...] Algunos ya hemos dado con rastros de ellas, de las raíces. Incluso, nos han abierto nuevas luces sobre de dónde vinimos, porque aquí nos dejaron, abandonados, en este pueblo que hoy no tiene ni cien habitantes, de los miles que llegó a tener. Pero como han pasado tantos años y nuestra búsqueda no alcanza todavía el éxito, con lo que nos ha llegado hasta ahora nos estamos empezando a conformar. Y es que mientras más pase el tiempo nos convertiremos, finalmente, en polvo, en tierra y luego en árboles, porque ese es el ciclo de la vida. Lo poco, pues, que hemos avanzado, aun a costa de nuestra propia tranquilidad, nos hace reposar un poco. Y hay casos, como el mío, en que las pistas descubiertas en los libros, en los recuerdos, en las tumbas, en las cruces, en el campo, en el ambiente de este pueblo de fantasmas son tan duras y tan frágiles, tan falsas y tan reales, tan desafiantes y tan débiles, tan inverosímiles y crudas que ya lastiman, duelen, estorban, a pesar del tiempo que llevamos buscándolas (97).

*Adiós y nunca*, obra escrita por Victoria Enríquez, colmada de claroscuros, ahonda en una gesta nacional que se matiza con la cotidianidad de una familia, de un gremio, de una sociedad en conjunto. La novela inicia describiendo el ambiente urbano de la ciudad de Chilpancingo en los años sesenta. Estructurada en diez capítulos, cada uno de los cuales no son más que una remembranza añorada de Gisela, personaje ficcional con un tinte real, quien es un narrador homodiegético más dentro del enfoque narrativo múltiple, y es uno de los varios protagonistas de la obra que resulta un álgter ego de la autora. La niña Gisela narra sus vivencias en

un entorno sumamente caótico. Un poblado favorecido por la cultura popular, pero estropeado por el gobierno impopular.

Al ser una novela autobiográfica, la autora muestra su nacimiento, sus logros, sus fracasos, sus gustos y demás cosas que ha vivido, encasillándola así en un género literario que en gran medida se sitúa en la frontera entre la ficción y la realidad. Y en efecto, una vez que Gisela nos adentra a su mundo de manera cronológica, pasamos desde su divertida infancia hasta su rebelde adolescencia y su inquieta juventud, etapas que vive junto a su familia. De este modo, Gisela nos lleva de la mano hacia lo que es su vida, nos hace saber su pensar, su sentir y su actuar. Pronto nos enteramos de la solidez familiar que existe, del valor de amistad del que no prescinde, pero sobre todo, del contexto social que la enmarca.

Es el año 1960 y el rock & roll invade las vidas de los jóvenes; constantes alusiones a estrellas del género se hacen presentes; películas del cine de oro mexicano llegan a su postrimería y dan paso a las grandes producciones de Hollywood. En ese mismo periodo, Raúl Caballero Aburto llega a la gubernatura del estado de Guerrero.

Es aquí donde una serie de hechos se desencadenan. La joven Gisela, conocedora de datos musicales, cinematográficos y literarios, nos enmarca en una época de movimiento, mientras sus padres, tíos y demás personalidades adultas nos encierran en una atmósfera sociopolítica llena de abuso de autoridad, de tiranía.

Así, con más de una historia y de una realidad en tiempos distintos, se emprende un viaje a la memoria

histórica de Chilpancingo, en el estado de Guerrero. Una historia manchada de sangre en la que la administración del gobernador fue caracterizada por holocaustos, por la elevada designación de cargos a sus familiares —entre ellos su hermano, Enrique Caballero Aburto, quien fungió como recaudador de rentas, por mencionar sólo uno— y sobre todo, por la huelga de estudiantes, quienes demandaron la autonomía de la recién formada Universidad Autónoma de Guerrero y la desaparición de los poderes del Estado. De este modo, estudiantes, maestros y el pueblo forman parte del eco de la guerra sucia en Guerrero. Sí, aquella huelga que culminó con el asesinato de estudiantes el 30 de diciembre en la plaza principal de Chilpancingo.

Con ello, fusionando descripciones cotidianas mediante el lenguaje de gran significación apelativa no sólo se describe a infinidad de personas recurriendo a la prosopografía y la etopeya, enfocando su rostro, dando nombres e incluso haciendo denuncias, sino que de igual manera se recurre a la topografía, a la descripción de objetos y a procesos político-sociales, relativos al tiempo o a la época en que se realizan los hechos.

De este modo, si atendemos al contenido de la novela, se puede considerar como una obra costumbrista y social y, de acuerdo con su realismo, podría constituir un género híbrido entre la novela tradicional y el testimonio, generando una novela testimonio que al curso de la lectura se torna crónica de guerra, donde la ciudad herida vio caer a jóvenes estudiantes, a mujeres y civiles acribillados, donde los hechos superaron



a la ficción, haciéndolos reales. Y donde cada uno de los personajes es portavoz y protagonista.

La novela presenta un sinfín de personajes imprescindibles. Los hay principales, secundarios, portavoces, dinámicos e incidentales. Su tratamiento está equilibrado, pues en su mayoría se convierten en protagonistas. Todos se vuelven importantes: las niñas, Gisela, sus padres, el sacerdote, las monjas, las tías, los novios, los amigos de Gisela, los trabajadores, los estudiantes, los militares, los políticos, los gobernantes, los maestros, los vendedores, los profesionistas, las vecinas y demás personalidades de la sociedad.

De esta manera, cada uno de ellos aporta cierta perspectiva a la historia, lo cual genera que el enfoque narrativo sea múltiple, pues los personajes se refieren a los mismos hechos, pero desde diferentes puntos de vista, interpretándolos de distinta manera, combinando varios de los tipos de relación que tiene el narrador directamente con el relato y el recurso literario y expresivo utilizado para contar la historia.

La autora emplea un lenguaje sencillo, propio del pueblo guerrerense, que predomina en la novela.

*Adiós y nunca*, como una buena parte de la obra de la escritora, da cuenta de las costumbres del pueblo guerrerense, en particular del chilpancingueño. Se cuenta con una cultura popular en donde los niños cantan canciones infantiles, las madres se dedican al hogar y los padres salen a trabajar. Asimismo, las señoras amas de casa van al mercado por las mañanas a comprar los alimentos del día, las abuelas usan sus blusas holgadas sobre dos enaguas con puntas de organdí antes de ponerse su falda y la gran mayoría de la población

es católica. Los domingos por las mañanas las familias iban a misa de seis y luego al pozole a casa de algún familiar o a alguna pozolería, tal es el caso de Gisela, quien lo describe de la siguiente forma:

En el portón abierto ya había mujeres con sus ollas para llevar el guiso a sus casas. Se pasaba por un jardín hasta los corredores donde estaban las mesas largas, con sus bancas sin respaldo, sobre las mesas las cazuelitas con los guisos, orégano, chile colorado, sal, limas agrias, chile verde picado igual que la cebolla, y una botella con "Torito", "amargo de naranja" o simplemente mezcal para cortar la grasa (29).

De igual forma, eran ya costumbre las fiestas pueblerinas, generalmente las patronales, tal es el caso del día de San Agustín:

El día de San Agustín fuimos todos con la tía Esperanza acompañando al padre Agustín hasta Petaquillas, con todos los barrios de Chilpancingo [...] caminando por la carretera con flores, velas, cadenas de cempasúchil, cohetes, cohetones, cámaras marquesas [...] la gente de Petaquillas esperaba al padre para festejarlo y él decía la misa en honor del santo patrón del pueblo (86).

Los bailes populares eran también aquello que por carácter o propensión se hacía más tradicionalmente. Una de las costumbres de los jóvenes enamorados era ir a cantar bajo la ventana de sus conquistas. El Día de Muertos solían poner un altar con los retratos de los difuntos, flores y velas, un cuadro de la Virgen y

copas con agua e infinidad de comida. Por último, las leyendas o relaciones de sucesos —que tienen más de tradicionales o maravillosos que de históricos o verdaderos— eran habituales en la época.

La descripción, manifiesta a través de la representación de personas, objetos, lugares o procesos, es sumamente representativa. La atmósfera en la que se mueven los actores es muy clara, los personajes están delineados de tal modo que se tiene cabal idea de ellos. Se cuenta con una descripción denotativa que, además de ser objetiva, enumera con precisión los rasgos que definen lo escrito. Sin embargo, esta descripción choca un poco con la de tipo connotativo, ya que la actitud personal del autor muestra los sentimientos o emociones que dicho objeto sugiere al sujeto que describe.

Ahora bien, respecto a la topografía, es decir, la descripción de paisajes y lugares, se muestra el siguiente ejemplo:

El sol calentaba la calle después del mediodía y la gente se movía lenta entre los puestos con toldos de manta sobre las banquetas. Algunas mujeres compraban manoseando las naranjas o la fruta para el ponche. Los hombres hacían guardia o simplemente se paseaban dándole vueltas al cerco de “los guachos”, como les llamaban a los soldados (15).

Por su parte, la descripción cronográfica se hace notar al referir el tiempo o la época en que se realiza un hecho, tal es el caso de la siguiente:

La historia de mi primer amor fue una historia loca desde el principio, porque Jimmy llevaba muerto cinco años: el trece de septiembre de 1955, que fue el día en que conduciendo su Porsche de aluminio por el cruce 466 y 41, en Cholme, Salinas de California, por no atropellar a alguien, Jimmy se mató a las 17:45 horas. Yo estaba cumpliendo once años [...] (62).

El espacio en el que se desenvuelven los grupos humanos en su interrelación con el medio ambiente es una construcción social. La novela se desarrolla en un espacio real, es decir, en lugares auténticos e identificables. Los planos geográficos no van más allá de las avenidas de la ciudad de Chilpancingo, cada una con sus respectivas insignias, algunas con puestos de comida, otras con algunas ferreterías e infinidad de negocios. Iglesias, plazuelas, carreteras, pueblos aledaños, la alameda y la casa de algunos personajes, en especial la de Gisela, son el plano predilecto de la autora.

Desde un punto de vista histórico, el espacio geográfico es acumulativo, en tanto posee las huellas de las diferentes sociedades que lo organizaron en el proceso histórico. En este caso, un espacio importante es el zócalo de la ciudad, en el cual sucedieron los momentos históricos que enmarcaron el devenir del estado, tal fue el caso de la toma de Chilpancingo, que ocurrió durante el movimiento contra el gobernador Caballero Aburto, y en la cual participaron estudiantes, maestros y el pueblo. El espacio nos indica dónde transcurre la obra. De aquí la importancia, en el momento de la

lectura del texto, de conocer los acontecimientos que tuvieron lugar, a fin de conocer las ideas o postura del escritor.

La novela maneja un tiempo lineal, es decir, está narrada de acuerdo con el transcurso natural del tiempo y con escasa o ninguna acción paralela o secundaria; la trama ordena los acontecimientos cronológicamente. Se parte de la niñez de Gisela, pasando por las consecuentes etapas vitales, matizándose con el movimiento estudiantil y social que poco a poco va tomando forma hasta acrecentarse y estallar en la toma de Chilpancingo, en un holocausto. "Todos vamos creciendo en este viaje, viaje por la memoria histórica, por la crónica de una masacre llevada a cabo en la ciudad de Chilpancingo en 1960 [...]" (8).

De esta manera, el tiempo es el elemento de la historia que comprende la duración, la sucesión y el orden de los acontecimientos. Un momento histórico identificado con el lugar geográfico en que se ambienta la acción. Con esto, se puede jugar con los cambios espaciales y de tiempo (hacia atrás, hacia adelante) de la acción o, por el contrario, mantenerla con pocas modificaciones, dependiendo del ritmo que se quiere imprimir y la sensación que se pretende transmitir al lector. En tal caso, son recurrentes los saltos hacia el pasado, la analepsis, que se presenta a manera de *flashback*:

La historia de mi primer amor fue una historia loca desde el principio, porque Jimmy llevaba muerto cinco años: el trece de septiembre de 1955, que fue el día en que conduciendo su Porsche de aluminio por el cruce 466 y 41, en Cholme, Salinas de California, por no atropellar

a alguien, Jimmy se mató a las 17:45 horas. Yo estaba cumpliendo once años [...] (62).

*Al abrigo del viento*, de la escritora Victoria Enríquez, es una historia que nos remonta al inicio de los tiempos, en la cual se ha dado vida a antiguas costumbres pre-hispánicas y donde también está latente otro periodo: la época medieval. Aquí se muestran costumbres que pervivieron con la llegada de los españoles a tierras americanas. El imaginario español y el precolombino se fusionan explicando cómo pudo haber sido la aculturación en el siglo XVI. La novela hace referencia a costumbres ancestrales del periodo virreinal, cuando el destino de los hijos estaba marcado y definido de acuerdo con códigos de honor y rígidas relaciones patrimoniales provenientes de la Edad Media:

Había llegado el momento de partir, de dejar la casa, porque siendo marquesitos segundones, no nos tocaba el marquesado. Mi padre había hablado mucho sobre el hecho de que Umber se encargaría de la casa y los campos. José se encargaría de los padres en su vejez, que irían a la casa de Narcea. Las hijas se casarían o se irían al convento (94).

Es un monumento mítico de un pueblo y un tributo al recuerdo de los primeros pobladores negros que fueron traídos como esclavos a América y cuya importancia traspasa las barreras del tiempo y del espacio enriqueciendo nuestro imaginario cultural. Y como en varias novelas, en ésta existen historias de fantasía: "Pero ninguno olvidó el pueblo desaparecido de tejedoras,

ni la noche del tianguis fantasmal, y el bulto del Señor Xipe, vestido con la piel del desollado Uno Ojo de Serpiente y los libros ocultos en la casa de piedra junto a Duta Canu” (106).

Se trata de un hilvanamiento de historias que tejen el amor, la muerte, el odio, las guerras, las transformaciones mágicas donde se mezclan datos históricos y ficcionales. Es la reconstrucción de varias vidas cuyos seres están marcados por estos sentimientos fruto del recuerdo, aquello que hace de nosotros seres humanos. También existe el humor, aun en trances difíciles, como cuando el padre Felipe y los Zárate fueron atacados por un tiburón: “De esa aventura sacaron algunas magulladuras, casi se ahogó el padre Felipe, que no era muy dado a los baños y menos a los de mar [...]” (104).

Detrás de la novela se nota una seria y profunda investigación sobre lo narrado: el uso de plantas, vegetación, nombres propios y costumbres. Dentro de la presentación de tradiciones y costumbres se representa la tendencia del antiguo pueblo mexicano y de otros pueblos más: el uso de hierbas medicinales que refuerza nuestra identidad: “De ese pueblo entre los de cerro, salieron muy de mañana porque Santoángel anduvo buscando una hierba buena para los piquetes de serpiente y malas arañas y una concha de la que se sabía podía curar muchos males con su juju poderoso” (128).

La autora maneja el arte de la narrativa haciendo uso de retrospectivas, de descripciones nítidas llenas de colorido y de detalles:

Esas mujeres hacían grandes mantas de algodón blanco, de dos cémmatl de ancho cada una. Si tenían suerte tal vez tendrían hojas de amate y el tinte rojo sangre de tuna y el famoso azul maya traído de muy lejos que no era otro que el azul turquesa, por el que pedirían dos bolsas regulares de almendras de cacao, es decir demasiados tomines (17).

Las referencias a lugares y a acontecimientos históricos son parte de la trama y así reconocemos sitios como Chilpanzingo o Acapulco, donde llegaba el Galeón de Manila. Otra técnica narrativa es la circularidad en el manejo del tema: en un inicio, los personajes que son la sombra y la ranita detuvieron su acontecer para platicar sobre cómo habían sido en sus vidas anteriores, dando lugar al nacimiento de pueblos, a acontecimientos que, aunque distantes de nuestro entorno actual, guardan similitud con hechos humanos parecidos. Pensemos, por ejemplo, en el *Popol Vuh*, que muestra datos sobre el nacimiento de los mayas. El uso de ciertas palabras es sugerente y además de su sonoridad, nos da cuenta de nombres que pretenden ser descriptivos, por ejemplo: “el agua que come”, “el viejo río de las flores”, “el río del agua que quema”. En cuanto al lenguaje, la autora incorpora el uso de palabras en lenguas ya desaparecidas, inventadas o desconocidas para nosotros, como el *savi* y el *mephaa*.

En varias obras el amor es un sentimiento que mueve los acontecimientos y en esta novela se presenta dentro de una atmósfera mágica. Los personajes están envueltos en ella y son capaces de emprender aventuras auda-

ces, como el adentrarse en un bosque, en la selva o en lugares recónditos, escondidos para los ojos humanos. La autora va jugando con el destino y los personajes actúan de acuerdo con el azar que la escritura les va deparando. El tema del ingreso a un lugar recóndito, prácticamente inexpugnable, ha estado presente en varias obras, como en *El reino de este mundo*, de Alejo Carpentier, donde, al igual que en esta obra, el amor hacia una mujer hechiza a un hombre haciendo que se olvide de su vida actual y de los que han convivido con él; algo similar ocurre en *Rayuela*, de Julio Cortázar, como ya sabemos.

La magia unida a la cotidianidad está presente en la novela, como cuando se habla del señor llamado Santo-ángel, nombre simbólico del personaje que se dedica a curar dolencias del cuerpo y del corazón, en la ficción recreada en los ambientes, en la descripción geográfica, en la creación de nombres con carácter poético: Seis Venadito Mariposa Resplandeciente, Iya Coo Señor del Día Flor, Cuatro Flor Ave del Cielo, cuya cita son sólo algunos ejemplos de toda la prosa poética que encierra esta novela de la autora.

La memoria tiene la misma fuerza de inspiración en los escritores, como en el caso de Federico Fierro Santiago, quien en “La vereda” muestra los recuerdos que los familiares han dejado como huella. En este autor la descripción del paisaje rural cobra importancia en el texto, de la manera como lo hizo en sus antecesores:

Han pasado varios años; allá arriba la vereda sigue donde mismo, subiendo y bajando, pero más subiendo que bajando, perdiéndose entre matorrales y piedras, besando al cielo a lo lejos, pero mis pies ya no la molestan, los

zopilotes siguen dando vueltas y vueltas, hay veces con las alas quietas y de repente agitándolas, pero ya no los miro desde la cumbre, tampoco veo correr las codornices por los matorrales [...] (117).

Algunos narradores escriben con audacia y su narrativa responde al apresuramiento en el que viven. La narrativa no respeta signos de puntuación, de ahí que esa idea de atropellamiento sea resultado de sucesos que se agolpan. Esa es una característica de Isaías Alanís:

Nadie lo vio y todos señalaron la Hummer negra sin placas que ninguno advirtió y unos miraron aunque hicieron como si no y sin embargo los conocieron cuando después de abatir a un cristiano —ignoro si realmente lo fuera— se treparon a su vehículo despuesito del acto de aligerarle un peine de Kalashnikov al hombre transparente que nadie notó aunque yo sí pero siento por dentro que no y en esa ceguera andamos incluyendo a la ley que ve y se hace pendeja al no darse cuenta de lo que todos vieron incluyéndome a mí pero si la ley es ciega yo también no sea que me pase lo mismo que al reportero muerto por un policía oaxaqueño y el mundo cambie y la Hummer negra sea la auriga del ángel que vino a someter al hombre y todo sea parejo y al verlos cruzar la esquina nadie sepa quién tripula esa nave negra de vidrios negros de donde bajan hombres negros con lentes del mismo color y armas negras como el rastro de negra sangre que dejan para que todos los veamos sin ver y al final o principio de una crónica periodística nadie sepa por dónde diablos jalaron entre la gente común y corriente que sigue apostándole

al bingo y comiendo cebollas fritas sin que nadie sepa si es que esto de saber es algo importante quién fue el hombre que recogieron los empleados de la morgue el día en que por un asunto ignorado izó sus velas por el rumbo equivocado y llegué justo en el momento preciso al lugar donde los hombres de la Hummer hicieron accionar sus armas y mataron a un pobre hombre como yo que trató de saber quién es y por qué a partir de ese día no sabe dónde está y si aún está vivo o anda perdido dentro de sí mismo y huye de ese instante con rumbo desconocido (94).

Quienes más se han acostumbrado a convivir con la violencia son los periodistas. Es su palabra de todos los días. Esta profesión ha sido veta de diversas narraciones, como la que surgió de Iris García Cuevas en *Alias*, que es una novela construida a base de diálogos fuertes que reflejan la dureza de los mundos bajos donde la corrupción y los asesinatos están a la orden del día. La escritura es más periodística que literaria; la trama y su espectacularidad están bien trabajadas; la autora utiliza cambios de narrador y mantiene al lector en suspenso por la trama tan ágil. Es un libro que puede leerse rápidamente. El final es el que sorprende gratamente, no es el que esperamos como lectores después de haber empezado la lectura de la obra; la autora deja ver una esperanza, una salida conveniente que difiere de la realidad en la que vivimos:

Hace más de dos meses te quedaste dormido. Cuando despertaste no recordabas nada. Fue el hombre de las gafas oscuras quien lo dijo: *Te llamas Roberto. Te*

*apellidas Santos. Fuiste judicial. Estás detenido porque mataste a un hombre.*

Tenías miedo de volver a dormir. Estuviste en vigilia la primera semana. El hombre de las gafas oscuras te pasaba cigarros encendidos. Tú los apagabas en el dorso de tu mano. Ahuyentabas el sueño. Querías salvar lo poco que sabías de ti mismo. Pero una enfermera se dio cuenta. Empezaron a inyectarte sedantes por las noches. Al principio opusiste resistencia. Llamaron a dos guardias para sujetarte. El hombre de las gafas oscuras presenciaba tu lucha desde la ventanilla de la puerta. Sonreía.

La segunda semana te tuvieron drogado todo el tiempo. La imagen es difusa, pero persistente. Recuerdas al hombre de las gafas oscuras de pie frente a tu cama. Recuerdas sus palabras: *Saliendo de aquí van a matarte.* Ahora lo sabes: los recuerdos nuevos no se borran fácilmente.

El ruido de la puerta interrumpe tus cavilaciones. El intendente entra al cuarto con la cabeza baja. Ta da los buenos días. Sacude los muebles lentamente. Se inquieta cuando siente que lo miras. Se esmera entonces. Entra al baño. Lo observas desde el quicio de la puerta. Te fijas en su baja estatura. Más disminuida por el peso del fastidio colgado de sus hombros. A pesar de la facha, calculas que no tiene más de treinta.

—¿Llevas mucho tiempo en esto?

El temblor en la voz disipa tu intento de parecer casual.

—Más o menos.

El intendente abandona su afán por sacar brillo a los azulejos del piso. Retira el cubrebocas que ocultaba sus

rasgos añiados. Sus ojos inquietan la intención de la plática.

—Debe ser pesado.

Calculas la fuerza de sus brazos. Es delgado; sin embargo, sí sería capaz de derribarte.

—No mucho, es más bien aburrido.

Su tono suena un poco a confidencia.

—¿Por qué no te dedicas a otra cosa?

Sabes qué hacer pero no te decides. El intendente se levanta. Hasta ahora te das cuenta del pronunciado movimiento de cadera que preside sus pasos, de la afectación casi femenina de su voz, del trazo azul que delinea sus ojos.

—Apenas tengo primaria. No me dan trabajo en otro lado.

Está parado frente a ti. Éste sería el momento, pero dudas.

—¿Tienes familia?

El intendente muerde el lado izquierdo de su labio inferior. Desliza su mirada por tu bata de enfermo. Te sientes indefenso.

—Como si no tuviera. Hace mucho no sé nada de ellos —se acerca con cautela, observando tus gestos.

Te sudan las manos. Lo sabes cuando cierras el puño y derribas al hombre con un golpe en la cara. Demasiado ruido: no tuvo tiempo de gritar, pero su cabeza golpeó contra el retrete. Lo tomas del cabello y estrellas su cráneo contra el piso. Demasiado ruido. Lo desvistes con prisa. La camisa está manchada de sangre. La enjuagas lo mejor posible en el lavabo. El jabón se resbala de tus manos y va a dar a sus pies (8-9).

[...] *Roberto Santos. Comandante de la policía Judicial del estado de Guerrero, repites en voz alta, para ver si ese nombre disipa el olvido que le encajó los dientes a tu seso. No te es más conocido que el de Ignacio Soto. Intendente, escrito en el gafete que acabas de ponerte. Qué pendejada es ésta de perder la memoria.*

Sabes de ti sólo lo que el hombre de las gafas oscuras ha querido decirte: *Ahora sí la cagaste, pinche Santos, ya te habías largado con la lana, ¿por qué tenías que regresarte a matar al pendejo de Gálvez? No sabes qué dinero, no recuerdas el rostro del hombre que, dice, mataste. El rostro. Si no tuviera el mío frente al espejo tampoco sería capaz de recordarlo.*

*No te hagas güey. Te clavaste la lana de la venta de un decomiso grande de cocaína. Lo que le tocaba al procurador Mendiola y al mayor Domínguez. Ya casi te habías ido a la chingada sin que nadie te pusiera una mano encima, pero te regresaste. Gálvez traía pistola. Tuviste suerte de que fuera mal tirador. Te hirió, por eso te agarraron. El mayor tenía ganas de dejarte morir. Mendiola lo convenció de mantenerte vivo para que les regreses el dinero. Ellos no son gente que deje así las cosas. Te van a matar, pinche Roberto (9-10).*

[...] El hombre de las gafas oscuras no se ha movido de su sitio. Otro intendente avanza hacia ti. No espera tu respuesta. Continúa su camino. Tú lo sigues. El elevador está detrás de las escaleras de emergencia. El intendente oprime el botón. Los números se encienden en orden descendente hasta llegar al cuatro. La puerta se abre.

—Pensé que yo era el último. Me tardé mucho en terminar esta área. Los ricos son todos unos cerdos. Eres

nuevo, ¿verdad? ¿Por eso estuviste a punto de cagarte? ¿Por un pinche intendente retrasado? Respondes monosílabos. Las puertas del ascensor se cierran y el hombre de las gafas oscuras se queda vigilando a un muerto recién hecho.

—¿Una fuga?

—¿Cómo?

—Que si arreglaste un fuga; vienes todo empapado...

El espejo del elevador te permite verte por primera vez de cuerpo entero, hasta ahora sientes la humedad y el frío.

—Sí, una fuga —quitas el cubrebocas y ves que en tu reflejo se asoma una sonrisa.

La puerta del ascensor se abre en la planta baja para demostrarte: El cuarto del hospital era tu único mundo conocido. Qué pendejada es ésta de perder la memoria, te repites. La reflexión te amaga el paladar. Alguien quiere matarme. Este recuerdo basta para atizar el deseo de huir. Pero no puedes salir del hospital ahora. Tienen vigilada toda el área. El hombre de las gafas oscuras te lo dijo. Debes esperar hasta la noche.

Sigues al intendente por salas y pasillos. Atraviesan un jardín y llegan a un edificio más pequeño. Él se despide para hacer su ruta. Tú le dices adiós sin saber adónde ir. Tu única certeza es que el miedo se anida en las incertidumbres (11-12).

Los autores utilizan un lenguaje natural, incluso pretenden simular el habla coloquial. Dotan a los escritos de un frescor propio de la juventud:

Nunca habíamos visto a Bonita tan radiante, sin maquillaje, como el día en que regresó de Cuernavaca. Ella gastó mucho dinero para que abandonara, de una vez por todas, su adicción a las drogas; tampoco escatimó los gastos para la fiesta de bienvenida. La fiesta la organizaron Odilón y Zósima, a orillas del río Papagayo. Recuerdo que pusieron una mesa grande con varias fuentes de frutas, jarras de jugos, aguas frescas. Todo era colorido y natural. Nada de alcohol. Y de comer, había recipientes con ceviche, pescadillas, morritos, langostinos y atún en salsa verde. Puros mariscos. Tragamos hasta más no poder (Dimayuga 17).

[...] El paseo comenzó de lo más padre. Nos bañamos y buceamos en las Palmitas. Luego, el yate agarró camino hacia Puerto Marqués. Las montañas a los lejos se veían azules, bellísimas. Rafa de Lorenzo se puso a dibujarlas. Mientras La Cara de Perro nos contaba que ella había sido campeona durante tres años consecutivos por haber atravesado a nado la bahía, Panchi me dijo, en voz baja: “Oye, mana, ¿no se te hace raro que Bonita vaya a cada rato a la cámara? Mírala, mírala, otra vez va bajando”. Al rato, vi que salió y me acerqué a ella. ¿Y qué crees que voy viendo? ¡Bonita tenía la nariz impregnada de polvo! Le digo: “Oye, Bonita, no puede ser. Tanto dinero que gastaste para que superaras tu adicción y, mira, ya volviste a las andadas. ¡Son fregaderas!” Bonita dijo, sonriente: “Ay, Dora, no te saques de onda; no te saques de onda por mí, Dora”. “¡Límpiate la nariz, al menos!”, le dije. ¿Pasas a creer? Ay, no, a mí me dio mucho coraje (20). [...] Decidimos regresar al malecón. Ya todos



habíamos pisado tierra firme, salvo Bonita. Continuaba en el yate. Regañaba con aspavientos al capitán y al marinero; les decía: “¿Por qué vergas nos regresaron al malecón? ¿Alguien me preguntó si yo quería regresar? ¡Nadie! ¡Nomás nos manejan a su antojo, hijos de puta! ¡Son unos manipuladores de mierda! ¿Alguien me preguntó a mí? ¿Verdad que no? ¡Nadie me preguntó nada, ojetes!” Panchi y yo ni nos despedimos de Bonita. De Bulmaro Goring, sí. ¿Y qué crees que me dijo cuando me despedí de él? “Estoy enamorado de esa mujer. Bonita Malacón será mía... Mía”. ¿Lo puedes creer? Yo tampoco. Qué horror.

Bonita se fue al departamento que compartía con Rafa de Lorenzo en Costa Azul. De Lorenzo la siguió, pero Bonita no le permitió entrar. Le arrojó su ropa, chancas y lociones desde un cuarto piso. Las camisas volaban como gaviotas gigantes.

Me prometí que jamás, pero jamás volvería a salir con Bonita Malacón (21).

El lenguaje, como tal, avanza ágil, dando la idea de ser coloquial. La literatura actual se ha adentrado en los ámbitos de nuestra vida y la ha despojado de su pretendida reverencia. La intención de simular el habla, la vida diaria, es un elemento característico de la literatura guerrerense:

—Mi amiga Araceli es de esas gentes que siempre están enfermas. O dicen que están enfermas, como la que usted contó, mi estimada, la que se daba de alacranazos, ¿verdad? Y también Araceli ha visto todo tipo de médicos: se ha pasado media vida en los consultorios. Cuando no

tiene una cosa, tiene otra. Y sin embargo yo creo que esta fregada nos va a enterrar a todos, porque se ve sanísima: rozagante, chapeada, sin una arruga, ¡llena de vida! Tú la ves y dices, como tía Adelita, “Arajo, Cucha, ¿qué te puede matar?” Con ella fue con la que empezamos a decirnos “Cucha”: “Cucha para allá” y “Cucha para acá”, porque las dos hemos sido siempre muy comelonas, como los cuches, ¿verdad? Y al fin y al cabo muy sanas, pero ella siempre dice que está enferma [...]

Como Araceli se aficionó mucho a tomar medicinas, naturalmente que llegó el día en que ésta se compró su directorio de... ¿cómo se llama? Una farmacopea, que le dicen, ¿no?, donde vienen todos los medicamentos, lo que te curan y lo que no, las contraindicaciones. Pues ese libro la terminó de enloquecer. Iba con el doctor, y le decía el doctor: “Tómese esto, otro y lo de más allá”. Y rápido corría a buscar en su farmacopea. Ah, pero antes pagaba la consulta, pagaba una bolsa de medicinas en la farmacia, y ya con la bolsa de medicinas se ponía a ver el libro: “Ésta no me la tomo porque tiene tal cosa; ésta, tampoco, porque me va a hacer daño”. Acababa por no tomarse nada y guardando las medicinas en su clóset, que parece farmacia: ahí las tiene creo que hasta clasificadas. Y si oía: “No, pues que fui con el doctor”, “¿Qué te recetó?” Ya le decías. Y ella “¡Mmm! ¡No te lo tomes, Cucha, porque eso te va a matar! ¡Tiene esto y esto y esto!, ja, ja, ja. Y ya te dejaba con la duda: no, pus, ¿para qué le busco?

Cuando Araceli va a ver al médico, llega con una maleta llena de radiografías de todos los tamaños, y con análisis y todo. Le llena al doctor el escritorio de radiografías. Y no lo deja ni hablar: “Mire, doctor, que

esto y que lo otro, y que quién sabe qué. ¿Verdad, doctor, que tengo esto? ¿No sería bueno que tomara tal cosa? Ella sola se diagnostica y se receta, y el doctor nomás se queda de a seis. Y si le dice el médico: “No, usted no tiene nada”, “gracias, doctor”, y ya se viene: “Tá loco ese doctor: dice que no tengo nada. ¡No sirve!”, ja, ja, ja. Los únicos doctores con sabiduría son los que la dan por muerta, como un doctor que fue a ver cuando tuvo un problema en la espalda, y que yo creo que la conocía, porque nomás le daba cuerda. Le dijo el doctor: “Mejor acostúmbrese a su dolor, porque eso no se le va a quitar nunca”. ¡Le fascinó ese doctor! “¡Ése sí sabe!”, dice ella. “Mejor acostúmbrese a su dolor”, ¿no?

Araceli es de esas gentes que se checan cada año, eso cuando no tiene algo grave, según ella. Se va a México, se hace un chequeo de todo y ya se regresa muy contenta. Dice: “es que siempre hay que estar al tanto: saber qué tiene uno, en qué grado va uno”, dice, “hay que familiarizarse con los hospitales y los análisis, saber a lo que va uno, porque, oye, ¿de qué sirve que llegas al hospital y te mueres del susto con tanto aparato y tanta cosa?” Hasta folletos les reparte a sus amigos: que este hospital es muy bueno, y que aquí te atienden de todo lo relacionado con el riñón y que hasta te dan facilidades y que no sé qué: hagan de cuenta que está promoviendo uno de esos departamentos de tiempo compartido. ¡Y los médicos enriqueciéndose a costa de ella! Porque la Cucha Araceli se ha gastado fortunas en consultas y tratamientos. Y claro que los médicos le dan por su lado. Dice Araceli: “Uno me mandó felicitar, de plano. Me dijo que si hubiera más personas como

yo, no habría tanta gente muerta”, dice, “es que llevaba yo todo bien ordenadito y todo...”

Fíjense que hace mucho tiempo había un doctor muy famoso que, según esto, te adelgazaba kilo por día. El hombre era de aquí de Acapulco, pero se había ido a vivir a Guadalajara, allá era donde daba las consultas.

Como en esa época había un vuelo diario a Guadalajara, un vuelo directo, te podías ir en la mañana temprano y regresar en la tarde, nomás para ver al dichoso médico, y ya dormir aquí en tu casa. El vuelo hacía cuarenta y cinco minutos, creo. Entonces, un día me dice Araceli: “Vamos, Cucha, acompáñame: yo te pago los gastos”. Como ésta quería estrenarse un bikini tejido que se había comprado en Estados Unidos, tenía la obsesión de bajar de peso.

“Vamos, Cucha”, dice, “yo te pago todo”. Y como en esa época yo no tenía trabajo, voy y la acompaño. Creo que me acababa yo de casar.

Yo desde la entrada ya veía a la gente anormal en ese consultorio: todos hablando, pero como pericos, así sin comas ni puntos, ni nada; así seguidito: “pa-pa-pa-pa-pa-pa-pa-pa”. Y la mirada perdida, ja, ja, ja. Te citaba él temprano, para hacerte análisis y todo, ¿ves? Y todas las de Acapulco llegaban juntas. Bien crudas. Y con el cigarro apagándolo antes de entrar al consultorio. El doctor les decía “¿Fuman?” “No, doctor, uno que otro cigarrito”.

—Y el tufo, ¿no?

—¿Toman?

—No, eso no, doctor: allá de vez en cuando, una copa en alguna fiesta —y, dijeras tú, ¡y el tufo fuerte! Ja, ja. Crudas llegaban éstas. Desmañanadas.

Pero peor quedaban ya cuando venían de regreso, ¿verdad? En el aeropuerto, a la hora de la salida, allí

me daba cuenta: extendían la mano, y se vaciaban el montón de pastillas, ¡pero un montón! Se echaban de veinte a veinticinco pastillas en una toma: con un conito de agua se aventaban todas las pastillas, ¡pruap! “Sí, ya vámonos”, como si nada. Y yo atarantada nomás de verlas. Todas andaban así como guacamayas en el aeropuerto. Y yo, como iba sin pastillas y sin nada, pues andaba más o menos normal. Me acercaba yo a platicar con ellas, y luego decían: “Ay, ¿qué cosa tiene Nelly?” Me veían rara. ¡Pues sí, todas estaban hasta la madre! “Ay, tú, ¿qué cosa tienes?”

–Bueno, ¿y sí adelgazaron, adoradísima?

–Pues sí, adelgazaron, pero quedaron bien trastornadas de la cabeza. ¡Esbeltísimas estaban! Todas de bikini y minifalda y ropa entallada. Todas luciendo los cuerpazos, pero en los puros ojos les veías que andaban felices, ¡no hombre!, para arriba y para abajo. Que se quedaran sentadas un rato, ¡para nada! Traían una actividad que quién las aguantaba. Y Araceli entre ellas, ¿eh? Creo que hasta sus otras enfermedades se le olvidaron: ¡encantada de la vida andaba la Cucha! (Zapata “Todo tipo de médicos”, 30-33).

## SEMBLANZAS BIOGRÁFICAS

### Andrés Acosta

Nació en Chilpancingo, Guerrero (1964). Ha publicado varios textos entre los que se encuentran sus novelas: *El sueño de los cinocéfalos* (UNAM, 1997), *No volverán los trenes* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 1998), *Doctor simulacro* (Planeta/Joaquín Mortiz, 2005) y *El complejo de Faetón* (SM Ediciones, 2006); cuatro libros de cuentos: *Afuera están gritando tu nombre* (Gobierno de Sinaloa, 1991), *Los signos remotísimos del día* (Asociación de Escritores de México, 1999), *Solitarios y podridos* (Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, 2003) y *Lavadora de culpas* (Conaculta, 2005); así como *Mérida*, *Cinco noches en La Habana* y *Broken Telephone*, en coautoría.

■ Fue primer finalista del Premio Nacional Una Vuelta de Tuerca de novela negra, policiaca y de misterio.

Obtuvo la beca de Creación Literaria para jóvenes creadores que otorga el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (1998) y la de Creadores con Trayectoria que otorga el Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Guerrero (1999). Fue beneficiario del Programa de Residencias Artísticas del Fonca en Colombia (Bogotá, 2001), Canadá (Banff, 2003) y Austria (Salzburgo, 2006). En 2002 y 2004 obtuvo la beca Artes por parte del Instituto de Cultura de la Ciudad de México.

Ha impartido talleres y trabajado como jefe de redacción, guionista de televisión y jurado de varios concursos en el país. Algunos fragmentos de su obra han sido traducidos al inglés, el alemán y griego. Sus relatos han aparecido en distintas antologías nacionales e internacionales.

### **Jorge Salvador Aguilar**

Sociólogo y periodista originario de Zirándaro.

### **Salvador Isaías Alanís Trujillo**

Escritor. Nació el 18 de marzo de 1949 en Jiutepec, Morelos. De 1970 a 1980 impartió clases de Historia, Filosofía y Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Morelos, en la Femenina de Cuernavaca y en la Nicolaita de Morelia.

Es cofundador del grupo de música Huachichillas y concertista de Canto Nuevo en universidades y plazas populares; participó en las Tardes Culturales de Tlaltemango; es intérprete, recopilador y difusor de la música tradicional morelense y mexicana; ha compuesto más de cincuenta canciones. En 1990 trabajó para el go-

bierno del estado de Morelos en actividades culturales y de medios; en 1991 organizó el Primer Encuentro de Trovadores de la zona del Zapatismo en el Museo Nacional de Culturas Populares. Es miembro fundador del Seminario Nuevo Consenso y asesor del Instituto Guerrerense de la Cultura.

Escribió los ensayos “La lucha agraria en Morelos”, “Tácticas y desarrollo de la guerrilla en Morelos”, “Las luchas de resistencia campesina”, “Epigmenio Pizarro, el jilguero de las altas montañas” y “La canción morelense”. Ha compilado tradiciones y leyendas de su estado natal.

Colaboró en las revistas *Barro Sur* y *Amate*. Publicó, en 1998, *Don Juan Reynoso, un violinista de Tierra Caliente*, coeditado por el gobierno del estado y Conaculta. Domina el francés, inglés e italiano. Presentó en la Casa Guerrerense de esta ciudad su más reciente libro titulado *Con rumbo desconocido (Historia de chanes, chanecas y tonos. El Arcón de las Mentiras)*.

### **Emiliano Aréstegui Manzano**

Nació en Chilpancingo, Guerrero (1982). Ha colaborado en diversos talleres con Guillermo Samperio en el CNA, así como con Eusebio Ruvalcaba y Alberto Chimal en la SOGEM. Estudió creación literaria en la UACM y colabora en la Compañía de Teatro Popular bajo la dirección de Rodolfo Alcaraz.

### **Noé Blancas Blancas**

Nació el 10 de noviembre de 1972 en la comunidad de San Juan Mina, municipio de Tlapehuala, Guerrero.

Es licenciado en Literatura Iberoamericana por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Guerrero (UAG), en Chilpancingo, y maestro en Letras Mexicanas por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Estudia el doctorado en Ciencias del Lenguaje en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP).

Ha sido becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes (FOECA) en el periodo 1998-1999, para la escritura del libro de cuentos *A la sombra del sombrero*, y en el periodo 2005-2006 para la escritura de una novela sobre la vida de Isaías Salmerón.

En 1992 obtuvo el Premio Estatal de Cuento Cuca Massieu, convocado por el Instituto Guerrerense de la Cultura (IGC), con el relato "Ruega por nosotros, Virgen de las Grietas", premio que compartió con José Gómez Sandoval (Tixtla, 1953); en 1997, el Premio Estatal de Cuento José Agustín, convocado por el Grupo In Arsis-Movimiento por el Arte y el Consejo Coordinador de Actividades Culturales de Acapulco (Concoaculta), con "Necesitamos un policía"; y en 1998, el primer lugar en el Concurso Estatal de Cuento del Gobierno del Estado (hoy Premio María Luisa Ocampo), con "Tiempos de secas". También, en 2000, obtuvo el Premio Estatal de Poesía María Luisa Ocampo, convocado por el IGC, con el poema "Donde implora una señal de su señora".

Entre sus publicaciones se encuentran: "El apando o la libertad sin esperanza", en Ramírez Santacruz, Francisco y Martín Oyata, *El terreno de los días. Homaje a José Revueltas*, UNAM/BUAP, México, 2007.

*Por mis piedras* (plaquette de poemas), editado por In Arsis-Movimiento por el Arte y el Consejo Coordinador de Actividades Culturales de Acapulco (Concoaculta), octubre, 1997. Sus relatos se han publicado en diversas antologías.

### **Fortunato Blancas Blancas**

Nació el 3 de marzo de 1971 en San Juan Mina, Tlapachuala, Guerrero. Estudió la licenciatura en Literatura Iberoamericana en la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Guerrero. Ha publicado cuentos y textos periodísticos en *El Sol de Chilpancingo*, *Controversia*, *Revista de Divulgación y Zona Cero*. Actualmente imparte clases de redacción en el Colegio de Bachilleres del estado.

### **Ismael Catalán Alarcón**

Nació en Chichihualco, cabecera del municipio Leonardo Bravo. Es historiador. Ha sido director de Radio Universidad Autónoma de Guerrero y Premio Estatal de Periodismo en 1990 y 1995. Es articulista de diversas revistas estatales y periódicos de la región.

### **Óscar Cortés Tapia**

Nació en Chilpancingo, Guerrero (1960). En 1987 estudió la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM a la vez que daba clases de Literatura.

Sus primeros textos aparecen en la revista *Punto de Partida*. Desde 1990 colabora en varios periódicos de la ciudad de México y en revistas nacionales y del

extranjero. La revista *Ruptures*, de Quebec, publicó su poema "Don Panchito", el cual fue traducido al inglés, francés y portugués.

Entre 1996 y 1997 perteneció al efímero colectivo artístico El Erizo de Arquíloco, cuya propuesta es un arte neingenuo inspirado en la pintura *naif* y la poesía en bruto.

En 1998 obtiene la beca del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Guerrero en el rubro de Creador con Trayectoria.

Entre los reconocimientos que ha obtenido destacan el Premio Punto de Partida 1990 en Cuento, y el mismo en 1992 en Poesía, así como el Premio de Poesía Gabriela Mistral 2000.

En 1998 publica el libro de cuentos intitulado *Breve espera*, y en 1999 la antología *Su inútil servidor, Margarito Ledesma (antología mínima de Leobino Zavala)*.

Cortés Tapia se inclina por la poesía. Entre sus libros están *Voces como silencio* (1995), *Tierra de palabras* (1996), *Cuaderno de iluminar ausencias* (1997), *La misma pluma* (1998), *Elogio de El Santo y otros poemas* (2001) y *Elogio de lo baladí* (2004).

### Zenaida Cuenca Figueroa

Nació en la sierra guerrerense (1965). Es Profesora-Investigadora de Tiempo Completo en la Universidad Autónoma de Guerrero. Tiene la maestría en Letras Latinoamericanas (2004) por la UNAM y el doctorado en Literatura por el Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos (CIDHEM).

Es autora del libro *La oralidad en dos textos latinoamericanos: la radionovela* (UAG/Sigla, 2007), coautora de *Ciencias sociales y humanas: lecturas desde el sur de México* (UAG, 2005), *Palabras que cobran vida* (Secretaría de la Mujer del Gobierno del Estado de Guerrero/Instituto Simone de Beauvoir, 2007), *Literatura y hermenéutica* (UAG/Torres, 2010), *Guerrero en el contexto de las revoluciones en México* (Fontamara, 2010), así como coordinadora del texto *Ensayos literarios: Primer Seminario de Titulación en Literatura Hispanoamericana* (UAG, 2009).

Obtiene la beca Promep para estudios de maestría en 2002 y es Perfil Promep en los siguientes periodos: 2005-2008, 2008-2011 y 2011-2014. Ha sido ponente en eventos nacionales e internacionales. Desarrolla investigación en las áreas de oralidad y literatura latinoamericana. Es miembro del Consejo de Acreditación de Programas Educativos en Humanidades (Coapehum).

### Offir Damián Jaimes

Nace el 26 de abril de 1971 en Tlapehuala, Guerrero. Obtuvo el Premio Estatal de Cuento María Luisa Ocampo en 2001. En 1998 publicó *En la plazuela de una Ciudad Polvo*, en donde reúne poemas, epístolas y cuentos cortos. Su obra "Una Perra Brava" fue publicada en *El Sur* y *Hojas de Amate*.

Escribe la columna "Perspectiva Ciudadana" y artículos diversos en el periódico *El Despertar del Sur* de Arcelia, Guerrero. Sus textos han sido incluidos en las antologías *En la margen del Sur* y *Memorial de otros*

días, ambas de la Colección Arroyo Grande, recopiladas por Agripino Hernández Avelar.

Es reconocido en su tierra como gestor social y político de nueva generación con dotes de oratoria. Ha participado en concursos estatales y regionales de oratoria. En 1997 obtuvo el primer lugar en el concurso regional que organizó la Secretaría de la Juventud del Estado de Guerrero en Ciudad Altamirano. Se dedica también a la promoción cultural en el municipio de Tlapehuala y en la región de la Tierra Caliente.

Es miembro de la Asociación de Escritores de la Tierra Caliente la Cultura es Vida, de la que es vicepresidente. Ha participado con trabajos literarios en encuentros de escritores y recitales poéticos realizados en los municipios de Teloloapan, San Miguel Totolapan, Tlalchapa, Coyuca de Catalán, Tlapehuala, Arcelia, y en Huetamo de Núñez, Michoacán. También es miembro del Taller Cultural Coyoacán (Tlapehuala, Guerrero).

En 2001 le fue entregado el Reconocimiento al Mérito Cultural por el Movimiento Cultural de la Tierra Caliente A. C.

### **José Dimayuga**

Nació en Tierra Colorada, Guerrero (1960). Estudió Filosofía en la UNAM. Con su obra *Afectuosamente, su comadre*, obtuvo en 1992 una mención en el VI Concurso Internacional de Obras Teatrales del Tercer Mundo, convocado por el Centro Venezolano del ITI-UNESCO, así como el Premio Nacional de Dramaturgia que convoca la Universidad Autónoma de Nuevo León. Tiene publicada la novela *¿Y qué fue de Bonita Malacón?* y

*Circo de tres pistas* en coautoría con Luis Zapata y José Joaquín Blanco. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores.

### **Orquídea Don Juan**

Guerrerense. Ganadora del Certamen Estatal de Literatura 2007 Ignacio Manuel Altamirano.

### **María Victoria Enríquez Cabrera**

Nació en México D.F., el 14 de agosto de 1945. La mayor parte de su vida ha radicado en Chilpancingo. Entre su obra inédita tiene una novela: *Desorden Público*, un libro de cuentos y un poemario: *Agua que sueña*.

En 1975 publica cuento en la revista *El nuevo mal del siglo*, editada por Juan Guillermo López, Luis Zapata, Arturo C. Rojas y Manuel Ballesteros, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Participó como colaboradora literaria en las páginas de la *Revista de la UAG*, en julio y noviembre de 1988 con "Apuntes para un análisis de la obra de María Luisa Ocampo" y poesía. En 1989 el H. Ayuntamiento Municipal le edita una plaquette de cuentos titulada *Bajo el polvo de arroz*. Y la Universidad Autónoma de Guerrero publica una novela corta: *Linderos*, leída a invitación del INBA en el Museo Carrillo Gil, de la ciudad de México. En la revista *Litoral Sur* del Instituto Guerrerense de la Cultura, colabora con un ensayo titulado "De la queja doliente al conocimiento del propio rostro", en 1992. El 27 de octubre de 1999 recibió el Premio Estatal al Mérito de la Mujer: Antonia Nava de Catalán.

Sus publicaciones son: *Linderos* (1987, con una segunda edición en 2001), *Bajo el polvo de arroz* (1989), *Con fugitivo paso* (1997), *Adiós y nunca* (2003), *Al abrigo del viento* (2008).

### Felipe Fierro Santiago

Nació el 5 de febrero de 1962 en Atoyac, Guerrero, en la comunidad de Plan del Carrizo. Es egresado de la Universidad Autónoma de Guerrero. Profesor de Física, Química y Matemáticas, trabaja además en el periodismo. Es editor del *Semanario Atl*, que tiene circulación en la Costa Grande. Ha publicado reportajes y crónicas en *Controversias*, *El Sol de Acapulco*, *Diario 17*, *El Semanario Opción*, y en las revistas *La Costa*, *Voz de Costa Grande* y *Opina Hoy*. Publicó en 1998 una selección de crónicas y vivencias titulada *Tierra mojada*.

### Iris García Cuevas

Acapulco, Guerrero (1977). Es licenciada en Comunicación y Relaciones Públicas por la Universidad Americana de Acapulco. Cursó el diplomado en Dirección de Escena de la Universidad Autónoma de Guerrero, así como el de Periodismo Cultural y el de Creación Literaria ofrecidos por la Sociedad General de Escritores Mexicanos y el Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla. Ha asistido a talleres de dramaturgia con Felipe Galván, Jaime Chabaud y Estela Leñero; y de narrativa con Mónica Lavín. Estudia la maestría en Literatura Mexicana en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y es becaria del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. En 2008 obtuvo el Premio de Cuento María

Luisa Ocampo y el Premio Nacional de Literatura IMA en la categoría de novela, convocados por el IGC.

Obtuvo mención especial en el concurso de dramaturgia joven Gerardo Mancebo del Castillo (2008); mención honorífica en el Concurso Nacional de Cuento Joven Alejandro Meneses (2008); mención especial en el Concurso de Cuento Acapulco en su Tinta (2004); el Premio Tomás Urtusántegui al mejor texto inédito en el IX Festival Hispanoamericano de Pastorelas (2001), y mención honorífica en el Concurso Estatal de Cuento José Agustín (1998).

Ha ejercido el periodismo cultural desde 1997 para distintos medios impresos y electrónicos en las ciudades de Acapulco y Puebla. También ha incursionado en la actuación, la docencia y la promoción cultural.

### José Gómez Sandoval

Escritor. Nació en Tixtla el 30 de mayo de 1953. Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Impartió la materia de Literatura Mexicana en la Escuela Normal Superior, y Teoría Literaria en la UAG. Ha colaborado en los periódicos *Pueblo*, *Alternativa* y *El Sol de Chilpancingo*, editado algunos números de la revista de la UAG y conducido programas radiofónicos de las estaciones XELI y XELA. Ha dictado conferencias y auxilia en la corrección de estilo.

En 1990, en el Teatro María Luisa Ocampo, se estrenó *La reunión o Entonces Elvis cantaba tan bonito*, de la que es autor. En Iguala obtuvo el primer lugar en un concurso de cuento; y en 1975, la beca Salvador Novo,



que se otorga a cuentistas. En 1987 ganó el Concurso Nacional de Cuento, donde estuvieron como jurado Edmundo Valadés, Federico Patán y Bernardo Solís.

En la revista de la UAG preparó breves antologías de poesía nueva en Guerrero, y de nueva narrativa de Guerrero. Ha publicado: *¡Y atrasito de la raya porque empiezo a trabajar!* (1987), *Los marcianos llegaron ya* (1987), *Los ángeles del cuerpo* (1989), *Yo vengo de una tierra cubierta de montañas. Poesía guerrerense, de Altamirano a Villela* (1997) y *Ríos interiores. Poesía guerrerense contemporánea* (1999).

Se incluyen poemas suyos en *Poesía joven de México* (1986) y en *Nueva antología de poetas guerrerenses siglo XX* (1986).

### **Miguel Ángel Gutiérrez Ávila**

Nacido en 1955, fue un antropólogo cuyo trabajo se centró en el estado de Guerrero. En 1988, desarrolló un enfoque en su trabajo en la Costa Chica de Guerrero, donde “el corrido es un poeta”. Su obra comprende: *Corrido y violencia entre los fromestizos de la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca*. Ciudad de México: Universidad Autónoma de Guerrero, 1988. *Nabor Ojeda Caballero, el batallador del sur*. México: Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México: Confederación Nacional Campesina, 1991. *Derecho consuetudinario y Derecho positivo entre los mixtecos, amuzgos y fromestizos de la Costa Chica de Guerrero*. México: Universidad Autónoma de Guerrero: La Comisión Nacional de Derechos Humanos, de 1997.

Fue investigador de la Universidad Autónoma de Guerrero, especialista en cuestiones afroamericanas.

### **María de los Ángeles Manzano Añorve**

Licenciada en Sociología, periodista, promotora cultural y feminista. Nació en Acapulco el 2 de septiembre de 1957. Estudió la licenciatura en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, donde se tituló con la tesis “De la hacienda a los ejidos de Cuajinicuilapa, Guerrero, 1940-1990”; y la maestría y el doctorado en Literatura en el Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del estado de Morelos.

Incursionó en el teatro de títeres y ha sido investigadora en el Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, en Jiquilpan, Michoacán, así como catedrática de Sociología en la Escuela de Enfermería en el mismo lugar; impartió cátedra de Métodos y Técnicas de la Investigación Social en la Preparatoria núm. 30 de Cuajinicuilapa (1982), además de Historia en la Escuela de Enfermería núm. 1 (UAG, Chilpancingo, 1985), Investigación y Montaje de Títeres Guiñol (ISSSTE, 1987-1988) y Teatro de Grupo en Lima, Perú (1989). En 1990 recorrió varios estados de la República haciendo representaciones de teatro guiñol.

También fue reportera cultural y jefa de redacción e información de *Tiempo Libre Acapulco*. Coordinó el suplemento cultural y de expresión femenina del *Diario 17*, fundó la revista *Costa Suriana* y ha dirigido desde 1996 la revista cultural *Amate*, hoy *Hojas de Amate*.

Fue directora del Instituto Guerrerense de la Cultura (IGC) de 1996 a 1997. Es miembro activo de la

Red Nacional de Mujeres Periodistas y del Centro de Información de la Mujer, A. C. (CIMAC); es catedrática de la UAG.

Con motivo del cincuenta y nueve aniversario del voto femenino en México, se le incluyó en el homenaje a las mujeres priistas. Ha publicado las obras *Ometepec, historia y cultura* (México: Neón, 1996), *Cuajinicuilapa, Guerrero: Historia oral (1900-1940)* y *Marisma* (plaquette de poesía colectiva). Uno de sus cuentos fue publicado en el libro *Poetas y narradores en la selva cafetalera*. Entre sus más recientes obras se encuentran *Reunión de nuevas voces guerrerenses, 1960-1990* y *El sentido místico-erótico en la poesía de Enriqueta Ochoa*.

### **Gustavo Martínez Castellanos**

Nació en Acapulco, Guerrero, el 24 de abril de 1964. Cursó la carrera de Maestro de Enseñanza Musical Escolar en el Conservatorio Nacional de Música. Es licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM y actualmente termina su tesis de doctorado en Literatura.

Ha sido profesor de Lengua, Literatura y Semiología en algunas universidades privadas de Acapulco. Ha ejercido el periodismo toda su vida como reportero, articulista y editorialista en diversos diarios, y ha sido jefe de información y de redacción, además de director en algunas revistas. Sus artículos se han publicado en casi todos los periódicos de Acapulco, en muchos de Guerrero, y ha participado activamente en la radio y televisión locales.

Como escritor ostenta varios premios estatales y nacionales. El Fondo Estatal para la Cultura y las Artes ha apoyado tres de sus proyectos literarios. Es autor de los libros de cuentos *Otros litorales* y *Siete modelos femeninos para William Shakespeare*, con el que obtuvo el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen en 2008.

Radica en Acapulco, en donde sostiene con recursos propios talleres de apreciación y creación literaria, y publica la revista web *Culturacapulco*.

### **Ernesto Mastache Manzanárez**

Escritor originario de Acapulco, Guerrero.

### **Baloy Mayo**

Nació en Copala, Guerrero (1948). Es escritor de ensayos sobre temas políticos, históricos y culturales; en 1980 publicó *La guerrilla de Genaro y Lucio*. Redactó, junto con otros escritores, el *Diccionario Enciclopédico del Estado de Guerrero*, y ha sido colaborador de *El Universal*, *La Jornada Semanal* y *El Sol de Acapulco*. Es miembro de Escritores Guerrerenses, A. C.

### **Antolín Orozco Luviano**

Nació en Tlalchapa, Guerrero, en 1952, población que se localiza en la Región de la Tierra Caliente. Cursó la licenciatura en Periodismo en la Escuela Carlos Septién García. Participó en la fundación de los periódicos *Ahora*, *Tiempo del Sur* y *El Sur* en el estado de Guerrero, y fue jefe de información de la revista *Despegue*, además de corrector de estilo en la editorial Novaro y en el diario

*La Crónica de Hoy*. Colaboró y fue director editorial de la revista *Voces de Tierra Caliente*. Trabajó en las oficinas de comunicación social en el Departamento del Distrito Federal y en la Secretaría de Economía.

Publicó *Palabras que germinan*, así como poemas y cuentos en los libros *Con las alas abiertas* y *Una agreste fragancia*, de la Colección Arroyo Grande, y en la antología *Narrativa en miscelánea*, editada por la UNAM. Ha participado en encuentros de poetas regionales, nacionales e internacionales.

Desde 2003 ha sido promotor cultural en la Región de Tierra Caliente, participando en la organización y promoción de encuentros de poetas, músicos y pintores, así como en eventos culturales diversos como recitales poéticos, presentaciones de libros, exposiciones de pintura y talleres de lectura y creación literaria. Es miembro del Movimiento Cultural de Tierra Caliente y de la agrupación Pro Instituto de Cultura de Tierra Caliente A. C.

Asistió al encuentro Son Raíz 2009, celebrado en Arcelia, Guerrero, y por encargo de Conaculta, a través del Instituto Guerrerense de Cultura (IGC), investigó y escribió cuatro historias de músicos tradicionales de Tierra Caliente: *El don de la música de J. Natividad Leandro Chávez "El Palillo"*; *Cástulo Benítez de la Paz. Una canción interminable*; *Don Zacarías Salmerón, su vida es un pókar de ases*; *Andrés Jaimes Sánchez, entre remolinos de alborada y el canto del Balsas*.

Además, es coordinador editorial en Ediciones Oro.

### **Édgar Pérez Pineda**

Acapulco, 1977. Estudió literatura y periodismo. Es catedrático de Comunicación, autor de la novela *Vida mía* (Tintanueva, 2010) y coautor de la *Antología de cuento dañado. Fantasiofrenia II y III*, además de beneficiario del Programa Estatal de Estímulo a la Creación 2012 y Premio Liliana Huicochea y José Agustín de Cuento 2003.

### **Roberto Ramírez Bravo**

Nació en Ometepec, Guerrero, el 13 de mayo de 1964. Dedicado al periodismo, ha publicado tres libros: *El viaje* (UAM-Iztapalapa, 1987); *Sólo es real la niebla* (Sagitario, 1989) y *Hace tanto tiempo que salimos de casa* (Praxis, 2005), todos de relatos. Actualmente radica en el puerto de Acapulco, México, donde además del periodismo ejerce la docencia en las universidades Loyola del Pacífico y Autónoma de Guerrero.

### **René Rueda**

Nació en 1984. Narrador y ensayista, cursó estudios de Letras Hispánicas en la UAM-Iztapalapa. Obtuvo el premio estatal de cuento María Luisa Ocampo 2005. Fue beneficiario del FOECA Guerrero para escribir novela en 2008, y para escribir cuento en 2011. Colabora en las revistas *El Giroscopio*, *Zarabanda*, y en el semanario *La Trinchera*.

### **Muriel Salinas**

Escritora originaria de Taxco, Guerrero. Ha publicado en la revista *Amate*. Recibió mención honorífica en el

Concurso Estatal de Cuento convocado por el Instituto Guerrerense de la Cultura en 1997. Fue becaria del FOECA en Guerrero en 1998 y 1999. Publicó *El espejo de una mujer rota*.

### Judith Solís Téllez

Nació en Atoyac, Guerrero, en 1965. Doctora en Antropología por la UAM-Iztapalapa y Profesora-Investigadora de la UAFYL de la Universidad Autónoma de Guerrero. Ha sido becaria del Centro Mexicano de Escritores (1988-1989), del FONCA (2000-2001) y del FOECA (2004 y 2007). Ha colaborado con cuentos, reseñas de libros y crónicas en periódicos del estado de Guerrero, en el semanario *Punto de México* y en *Tierra Adentro y Amate*. Ha publicado *Arboleando* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2001), *La zoología poética de Jorge Luis Borges* (Conaculta/IGC, 2005) y *Preparatorianos. Memorias de la Preparatoria 22 de Atoyac de Álvarez, Guerrero, y Atoyaquenses. Crónicas y narraciones*.

### Federico Vite

Nació en Acapulco, Guerrero, en 1975. Ha publicado *Apportez moi Octavio Paz* (Novela/París: Moisson Rouge, 2011); *De oscuro latir* (Cuentos/Universidad de Guanajuato, 2008); *Fisuras en el continente literario* (Novela/Fondo Editorial Tierra Adentro, 2006. Reedición en 2008); y *Entonces las bestias* (Cuentos/Instituto Cultural de Aguascalientes, 2003).

Ha sido merecedor de las becas del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (2010-2011), del Fondo de Estímulos a la Creación Artística de Guerrero (2009-

2010), del Centro de las Artes San Agustín (Oaxaca, 2007) y de la Fundación para las Letras Mexicanas (2004-2005 y 2003-2004).

Cuentos suyos aparecen en *El abismo* (SM Ediciones, 2012), *Sólo cuento. Volumen III, Los mejores cuentos de Hispanoamérica* (UNAM, 2011) y *Novísimos narradores de la literatura mexicana* (Conaculta, 2003). Algunos de sus poemas se han publicado en *Antología de poesía contemporánea, México y Colombia* (Bogotá, 2011), *La luz que va dando nombre* (Puebla, 2007), *Un orbe más ancho, 40 poetas jóvenes* (UNAM/Punto de Partida, 2005) y *Antología iberoamericana de poesía. Estudios poéticos* (España, 2004).

### Gregorio Urieta Rodríguez

Nació en Ciudad Altamirano, Guerrero, en 1957. Estudió la licenciatura en Sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Ha ocupado cargos como funcionario público en el gobierno federal y estatal en diversas áreas, especialmente en comunicación y cultura.

Ha sido corresponsal de periódicos y revistas de circulación estatal y regional; promotor de diversos eventos culturales como exposiciones pictóricas, edición de folletería sobre historia, cuento y poesía, pintura y música de artistas de la región de Tierra Caliente, así como fundador del movimiento cultural de este último lugar; además, organizador de varios concursos de cuento corto, e iniciador y fundador de El Paredón de las Musas, grupo cultural de creación literaria y poética.

Recibió Mención Honorífica en el Concurso Estatal de Cuento y Poesía María Luisa Ocampo 1997 con el cuento "Chana", y fue primer lugar en cuento en los Jugos Florales Altamiranistas en Pungarabato en 1993, y segundo lugar en el Concurso de Cuento Juan Rulfo, organizado por el Club Rotario de Pungarabato, entre otros reconocimientos.

Actualmente es corresponsal del periódico *El Sur* y comentarista en *El Despertar del Sur*, de Tierra Caliente, así como presidente de la Agrupación Pro Instituto de Cultura de Tierra Caliente, A. C.

### **Elino Villanueva González**

Nació en 1965. Es originario de Tianquizolco, municipio de Cuetzala del Progreso, Guerrero.

Licenciado en Lengua y Literatura y maestro en Historia Regional por la Universidad Autónoma de Baja California Sur, ha dedicado la mayor parte de su vida al ejercicio periodístico como corresponsal del diario *El Universal* y la agencia *Notimex* en ambas entidades. Trabajó como reportero en varios periódicos y en radio y televisión, especialmente como cronista con su personaje "El Croniquero". Ha sido profesor de Periodismo, Redacción y Medios Impresos en la UABCS y en la Universidad Internacional de La Paz.

Es autor del libro *El ciclón Liza*, basado en testimonios y documentación sobre la tragedia del 30 de septiembre de 1976 en la capital sudcaliforniana. También en Baja California Sur fundó y dirigió la revista cultural y turística *Entre Mares* y la revista infantil *Plebes*.

En el 2005 obtuvo el Premio Estatal Fiestas de Fundación Ciudad de La Paz en el género de cuento, con el libro *La isla de la sal*, convocado por el Instituto Sudcaliforniano de Cultura y Conaculta. En el 2006 obtuvo el Premio Nacional de Cuento de Humor Negro convocado por la Casa de la Cultura de Morelia y el Gobierno del estado de Michoacán. En el 2007 recibió el Premio de Periodismo Parlamentario en el Congreso del Estado de Guerrero en el género de crónica. En el 2008 obtuvo el Premio Nacional de Cuentos Campiranos, convocado por la Universidad Autónoma Chapingo en Texcoco, Estado de México.

Actualmente forma parte del equipo de redacción de *El Sol de Chilpancingo*, donde tiene a su cargo la sección policiaca. En las unidades académicas de Filosofía y Letras y de Comunicación y Mercadotecnia de la Universidad Autónoma de Guerrero imparte clases de Gramática, Comunicación, Periodismo, Historia de la Lengua Española, Historia de la Literatura Universal, Literatura Hispanoamericana y Taller de Tesis.

### **Luis Zapata Quiroz**

Nació en Chilpancingo, Guerrero, en 1951. Es traductor, narrador y dramaturgo. Estudió la licenciatura en Letras Francesas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

En 1976 obtuvo el primer lugar en el Concurso de Cuento Quetzalcóatl por *Hasta en la mejores familias*; y en 1977, con *Deuxieme Pont (Segundo puente)*. Fue becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de 1991 a 1992.

Ha colaborado en *El Nuevo Mal del Siglo* (codirector), *Punto de Partida* y en el periódico *Alianza Francesa*. Parte de su obra ha sido traducida y publicada en Estados Unidos. Ha traducido *Renart el zorro* en colaboración con Angélica Martín del Campo (Premio Editores, 1979); *Vanidades* de Heifner en colaboración con C. Téllez (1980); *Bom-crioulo* de Adolfo Caminha (traducción y prólogo. Posada, 1989) y *Tristán e Isolda* de Béruol y Thomas (CNA [Cien del Mundo], 1990).

Su obra es variada, por lo que incursiona en casi todos los géneros, desde la autobiografía con *De cuerpo entero: Las cálidas tardes del cine Guerrero* (UNAM/Corunda, 1990); con el cuento "De amor es mi negra pena, panfleto y pantomima" (1983) y "Ese amor que hasta ayer nos quemaba" (Posada, 1987); en el teatro con obras como *De pétalos perennes* (estrenada en 1983), *La fuerza del amor* (estrenada en 1989), *La generosidad de los extraños* (en colaboración con José Joaquín Blanco, 1990) y *Plastic surgery* (en coautoría con M. de la Garza, estrenada en 1990); hasta en la novela, el género más prolífico de Luis Zapata, con títulos como *Hasta en las mejores familias* (1975), *El vampiro de la colonia Roma* (Grijalbo, 1979) —la más polémica de sus novelas—, *De pétalos perennes* (Katún, 1981) —adaptada al cine con el nombre de *Confidencias*, y que también se estrenó en teatro—, *En jirones* (Posada, 1985), *La hermana secreta de Angélica María* (Cal y Arena, 1989) y *¿Por qué mejor no nos vamos?* (Cal y Arena, 1992).

## CONCLUSIONES

VARIAS DE LAS PREGUNTAS que se formularon al principio de esta antología han quedado resueltas, otras no. La pretensión de este trabajo no es que quedara concluido, sino que fuera una motivación para desarrollar problemáticas que permanecen abiertas. Uno de los cuestionamientos tenía que ver con la existencia o no de una poética guerrerense, éste es un tema con una respuesta a medias. En obras que analicé con anterioridad, pertenecientes a épocas pasadas, se observa una literatura con rasgos comunes, como la presencia constante de la geografía rural, la descripción minuciosa de personajes, un lenguaje adecuado al tiempo y al lugar en los que se escriben, entre otros elementos. La literatura actual refleja aspectos que nos preocupan, el medio geográfico ya no ocupa un lugar importante en las narraciones. Preocupa y nos ocupa la psicología de los

personajes, el medio violento en el que se desenvuelven. Se debe agregar que el cómo se cuenta no tiene un lugar privilegiado. Ciertamente se utilizan técnicas modernas en el narrar, pero la importancia la tiene el tema. Todo ello es parte de la poética.

Concluyo resaltando que este libro es sólo una reunión de autores que nacieron alrededor de los años cincuenta del siglo pasado. Entre los parámetros que definieron la inclusión de los autores en esta obra se encuentran: que hayan vivido en Guerrero y que su obra haya sido publicada. Los textos aquí presentes fueron seleccionados considerando que son valiosos y que, como en una mayoría de antologías sucede, fueran aquellos que más tocaron mi sensibilidad. Algunos textos narrativos no están incluidos debido a que no tuve el tiempo ni la posibilidad de encontrarlos.

La historia de la literatura guerrerense está por escribirse. Este libro es un granito de arena que bien sirve como muestra para un trabajo mucho más amplio que los estudiosos de la literatura deben emprender.

## BIBLIOHEMEROGRAFÍA

- Acosta, Andrés. "Desarrollo sustentable". *Blanco Móvil. Escritores Mexicanos del Pacífico*, núm. 109. Octubre-diciembre de 2008, pp. 5-9.
- Aguilar, Jorge Salvador. "Sor Virtudes". *Amate. Arte, Cultura y Sociedad de Guerrero*, núm. 7. Marzo-abril de 1997, p. 39.
- Alanís, Isaías. *Con rumbo desconocido. Historia de Chanes, Chanecas y Tonos. El arcón de las mentiras*. México: Comisión Estatal para la Defensa de los Derechos Humanos del Estado de Guerrero, 2010.
- Aréstegui Manzano, Emiliano. "Retazos de un pueblo". *Cultura de Veracruz, Revista de Literatura Contemporánea*, núm. 43. Mayo de 2009, pp. 33-34.
- Blancas Blancas, Noé. "Tiempo de secas". *Amate. Arte, Cultura y Sociedad de Guerrero*, núm. 12. Mayo-junio de 1998, pp. 6-7.

- Blancas, Fortunato. "Del modo que por tu causa quedo". *Zona Cero*, núm. 8, año 2. Diciembre de 2007.
- Catalán Alarcón, Ismael. "El detenido". *Amate. Arte, Cultura y Sociedad de Guerrero*, núm. 9. Octubre-diciembre de 1997, pp. 30-31.
- Cortés Tapia, Óscar. "Como silencio", en *Voces como silencio*. México: Cuadernos de la Raíz, 1995, pp. 40-41.
- Cuenca Figueroa, Zenaida. "Infancia en la sierra", en *Palabras que cobran vida*. Atenea Acevedo (coord.). México: Instituto de Liderazgo Simone de Beauvoir, 2007.
- Damián Jaimes, Offir. "Una perra brava". *Hojas de Amate. Arte y Cultura de Guerrero*, núm. 5. Diciembre de 2001, pp. 13 y 16.
- Dimayuga, José. "Bonita en la bahía". *Blanco Móvil*. Octubre-diciembre de 2008, pp. 17, 20-21.
- Don Juan, Orquídea. "Javiercito", en *Premio Estatal de Literatura Ignacio Manuel Altamirano 2007*. México: Conaculta/UAG/Cámara de Diputados LIX Legislatura, 2008, p. 21.
- Enríquez Cabrera, Victoria. *Adiós y nunca*. México: Editorial Garrobo, 2003.
- . *Al abrigo del viento*. México: Editorial Garrobo, 2008.
- . "Lo que trajo el silencio". *Amate. Arte, Cultura y Sociedad de Guerrero*, núm. 13. Julio-agosto de 1998.
- Fierro Santiago, Felipe. "La vereda", en *Poetas y narradores en la selva cafetalera*. Isaías Alanís (comp.). México: Fábrica de Letras, 2000, pp. 112-117.
- García Cuevas, Iris. "Gatos pardos". *Blanco Móvil*. Octubre-diciembre de 2008, pp. 29-31.
- . *Alias*. México: Ediciones Cuadrivio, 2009, pp. 7-12.
- Gómez Sandoval, José. "Santa Gilberta", en *Los ángeles*

- del cuerpo*. México: Colección de Textos Literarios. Serie Nuestra Palabra. IPN, 1988.
- . "Dos y el silencio", en *Los ángeles del cuerpo*. México: Colección de Textos Literarios. Serie Nuestra Palabra. IPN, 1988, pp. 35-36.
- Gutiérrez Ávila, Miguel Ángel. "El alma que venía a dejarle un real a su mujer". *Amate. Arte, Cultura y Sociedad de Guerrero*, núm. 14. Septiembre-octubre de 1998, pp. 38-41.
- Manzano Añorve, María de los Ángeles Silvina. "La tigre". *Amate. Arte y Cultura de Guerrero*, núm. 9. Enero-febrero de 1997, pp. 18-19.
- . *Poetas y narradores en la selva cafetalera*. Isaías Alanís (comp.). Guerrero: Fábrica de Letras, 2000, pp. 10,13-14.
- . "Mi madre es otra mujer", en *Palabras que cobran vida*. Atenea Acevedo (coord.). México: Instituto de Liderazgo Simone de Beauvoir, 2007, p. 18.
- Martínez Castellanos, Gustavo. "Abisinia". *Hojas de Amate. Arte y Cultura de Guerrero*, núm. 10. Mayo-junio de 2004, Segunda época, p. 11.
- . "Amanda", en *Siete modelos femeninos para William Shakespeare*. México: Editorial Praxis, 2011, pp. 85-92.
- Mastache Manzanares, Ernesto. "El Corredor". *Amate. Arte, Cultura y Sociedad de Guerrero*, núm. 12. Mayo-junio de 1998, pp. 35-37.
- Mayo, Baloy. "Insolación". *Hojas de Amate. Arte y Cultura de Guerrero*, núm. 4. Noviembre-diciembre de 2001, pp. 16-18.
- Orozco Luviano, Antolín. "Relevos", en *Palabras que germinan. Poesía y narrativa*. México: Ediciones del Lirio, 2006.



- Pérez Pineda, Édgar. *Vida mía*. México: Editorial Tinta Nueva.
- Ramírez Bravo, Roberto. "El viaje". "¿Quién mató al Pachacuás?", en *Sólo es real la niebla*. México: Editorial Sagitario, 1999, pp. 66 y 83.
- . "Hace tanto tiempo que salimos de casa", en *Hace tanto tiempo que salimos de casa*. México: Praxis, 2005.
- . "Soldado", en *Agua desbocada. Antología de escritos atoyaquenses*. Cardona Galindo (comp.). México: H. Ayuntamiento Municipal de Atoyac de Álvarez, 2007.
- . *Las pausas concretas*. México: Editorial Praxis, 2009.
- Rueda, René. "El dolor de un santo", en *Palabras peregrinas. Cuentos y poemas triunfadores del certamen María Luisa Ocampo 2005*. Colección María Luisa Ocampo. México: Conaculta, 2006, pp. 9-11.
- Salinas, Muriel. "Nostalgia". *Amate. Arte, Cultura y Sociedad de Guerrero*, núm. 10. Enero-febrero de 1998, pp. 34-35.
- . "Alferecía". *Amate. Arte, Cultura y Sociedad de Guerrero*, núm. 13. Julio-agosto de 1998.
- . "Profundo terciopelo", en *Poetas y narradores en la selva cafetalera*. Isaías Alanís (comp.). Guerrero: Fábrica de Letras, 2000.
- . "La llamada". *Hojas de Amate. Arte y Cultura de Guerrero*, núm. 6. Enero-febrero de 2002, pp. 32 y 34.
- . "Paula", en *Palabras que cobran vida*. Atenea Acevedo (coord.). México: Instituto de Liderazgo Simone de Beauvoir, 2007, p. 91.
- Solís Téllez, Judith. "Los regalos", en *Poetas y narradores en la selva cafetalera*. Isaías Alanís (comp.). Guerrero: Fábrica de Letras, 2000.

- . "Caballos desbocados", en *Arboleando*. México: Fondo Editorial Tierra Adentro-Conaculta, 2001, pp. 72-77.
- Urieta Rodríguez, Gregorio. *Cuentos y poemas triunfadores del Certamen María Luisa Ocampo 1997*. México: 1997.
- Villanueva, Elino. "Raíces", en *La isla de la sal*. México: Gobierno del Estado de Baja California Sur/Instituto Sudcaliforniano de Cultura, 2006, pp. 88-89, 94-95, 97.
- Vite, Federico. "Cielo sobre Berlín". *Blanco Móvil. Escritores Mexicanos del Pacífico*, núm. 109. Octubre-diciembre de 2008, pp. 77-80.
- Zapata, Luis. "Todo tipo de médicos". *Amate. Arte, Cultura y Sociedad de Guerrero*, núm. 7. Marzo-abril de 1997.
- . "Melodrama". *Amate*, núm. 10. Enero-febrero de 1998.

*Reunión de narrativa guerrerense*, se terminó de imprimir el 7 de septiembre de 2012, en los talleres de Ediciones Verbolibre, S.A. de C.V., 1o. de mayo núm. 161-A, Col. Santa Anita, Deleg. Iztacalco, México, D.F., C.P. 08300. Tel.: 3182-0035. <edicionesverbolibre@gmail.com>. La edición consta de 1 000 ejemplares.

*Lourdes Vázquez*

*La mujer, el pan y el pordiosero*

Predominan en esta colección de cuentos la estética de los afectos y el cuestionamiento del cuerpo solitario, vertientes que conducen al encuentro, o al desencuentro, con el Otro.

*Saúl Ibargoyen*

*El Torturador*

En una nación latinoamericana, mezcla de México y Uruguay, se asienta este relato que hace amargas e irónicas descripciones sociopolíticas de los años setenta y ochenta del siglo pasado, una crítica a todo autoritarismo y discriminación.

*Varios autores*

*Cromofilia*

Los escritos aquí reunidos aspiran a soñar las inmensidades que a veces caben en un simple destello: las de la generación 44 de estudiantes de la Escuela de la Sociedad General de Escritores de México.

*Luis Arturo Ramos*

*La casa del ahorcado*

El autor nos presenta una saga llena de ironía y de humor sobre el auge y la caída de la familia Montalvo-Zamarripa, un relato que está planteado en tres partes diferentes y a la vez enlazadas las unas con las otras.

La narrativa guerrerense constituye un género literario que necesita difundirse más. Escritores de distintas regiones pueblan este libro y representan un mosaico cultural amplio que incluye puntos de vista de un Guerrero cuya identidad está presente en cada uno de los fragmentos seleccionados; asimismo, éstos dan cuenta de temáticas que atañen a problemas universales. *Reunión de narrativa guerrerense* es una obra que invita a los lectores a conocer el estado con una mirada creativa, portadora de personajes diversos, ubicados en espacios urbanos y rurales que, sin duda, reviven recuerdos en quienes conocen Guerrero, y enseñan un lugar de tradiciones, impregnado de nostalgia, complejo y multicolor, a quienes lo ven por primera vez. Las narraciones son frescas y emotivas, y muestran diferencias temáticas y estructurales que dan indicios de variadas poéticas comprendidas durante medio siglo.

ISBN: 978-607-9124-86-1



9 786079 124861



EDICIONES  
EON

